

**EDUCACION PARA
GLOBALIZAR LA ESPERANZA
Y LA SOLIDARIDAD**

Por: Antonio Pérez Esclarín

PRESENTACIÓN

Este pretende ser un libro síntesis. Por eso, retoma -y trata de profundizar- temas y preocupaciones ya abordadas en otros libros anteriores (**¿Es posible educar hoy en Venezuela?, Más y mejor educación para todos, Educar en el tercer milenio**), e incluso incorpora alguna de las parábolas de mis libros de valores (**Educar valores y el valor de educar, Nuevas Parábolas para educar valores**).

Tal vez algunos lectores encuentren en el libro un estilo *demasiado oral*. De hecho, en él organizo y ahondo las temáticas que, en los últimos años, he venido abordando en una serie de conferencias, talleres y charlas que, he dado a lo largo y ancho del país y también en otros países latinoamericanos, tratando de buscar y proponer una educación que responda a las ansias de vida y libertad de nuestros pueblos empobrecidos y humillados.

Este libro viene a ser, en definitiva, fruto de muchos años de búsqueda, reflexiones y propuestas emprendidas en el Centro de Formación P. Joaquín de Fe y Alegría, con un grupo de compañeros que han hecho de la educación su vida y su pasión. No es un libro sobre Fe y Alegría, pero hubiera sido imposible sin Fe y Alegría, un vasto movimiento de educación popular y de promoción social, que viene trabajando con dedicación por gestar una propuesta educativa que pueda iluminar los caminos de la educación necesaria en América Latina. En cierta forma, y aunque no se mencione en el libro, Fe y Alegría es quien otorga sustentación y credibilidad a todo lo que aquí se expone. No son, en consecuencia, planteamientos teóricos elaborados desde un cubículo. El libro recoge las búsquedas y experiencias de miles de educadores que hemos asumido la Educación Popular Liberadora como un medio fundamental para construir personas auténticas y ciudadanos responsables y solidarios. Asumimos la educación como una propuesta de liberación, personal y colectiva, y por ello no aceptamos la globalización excluyente y nos atrevemos a proponer, mediante la educación, la construcción de una globalización que recobre la esperanza y siembre el servicio y la solidaridad.

Sólo superaremos la profunda crisis de civilización que hoy padecemos y enrumbaremos el mundo por sendas de bienestar, justicia y convivencia, si la educación recobra su esencia humanizadora y se orienta a promover genuinas personas, capaces de vivir, de defender la vida y de dar vida. De ahí la necesidad y urgencia de asumir la educación como el proyecto esencial de la sociedad.

Los sucesos trágicos del pasado 11 de septiembre nos han demostrado que la sobrevivencia pasa por la convivencia. O nos salvamos todos o no hay salvación posible para la humanidad. El desinterés y el individualismo llevan al suicidio colectivo. Recordemos el poema de Bertolt Brecht:

*Primero se llevaron a los negros,
pero a mí no me importó porque yo no era
Enseguida se llevaron a los judíos,
pero a mí no me importó porque tampoco era.
Después detuvieron a los curas,
pero como yo no soy religioso, tampoco me importó
Luego apresaron a unos comunistas,
pero como tampoco soy comunista, tampoco me importó.
Ahora me llevan a mí, pero ya es tarde.*

PRIMERA PARTE

CRISIS DE CIVILIZACIÓN Y CRISIS DE EDUCACIÓN

I.1.-El llamado a la ilusión

Por estar muy convencido de que tanto la humanidad como la educación atraviesan una profunda crisis de orientación y de sentido, quiero comenzar mis reflexiones sobre la Educación Necesaria para globalizar la esperanza y la solidaridad, con un ferviente llamado al coraje, la ilusión y la creatividad. Sobre todo en estos tiempos en que se está poniendo de moda el desencanto y la desesperanza; en que el pragmatismo más ramplón está acabando con los ideales y los sueños, y el egoísmo e individualismo están siendo considerados como valores esenciales. Tiempos de globalización neoliberal en que el éxito de la macroeconomía se traduce, de hecho, en la generalización de la macropobreza, y miles de millones de personas, los excluidos del festín, ven cómo se aleja la posibilidad de una existencia digna. De pobres y marginados pasaron a excluidos, a desechables, a poblaciones sobrantes. Al no tener trabajo, no cuentan ni siquiera con el privilegio de ser explotados: simplemente no son, su delito es existir.

Tiempos en que se pretende reducir la vida, la tarea y apasionante aventura de la vida, a una mezcla de teleconsumo: televisión y compras. El mundo es un gran mercado y todo, hasta lo más sagrado, se convierte en mercancía. En la actual vorágine del cambio continuo y de una productividad abocada no a satisfacer las necesidades esenciales de las mayorías, sino los caprichos de la minoría que puede pagarlos, el mercado crea permanentemente nuevos productos y la publicidad se encarga de seducirnos para convencernos de que los necesitamos. Los espacios públicos (edificios, calles, estadios, salas de conciertos, autobuses, el metro, los periódicos, revistas, la televisión...), son acaparados cada vez más por la publicidad, que doblega voluntades y espíritus bajo la férrea tiranía de las marcas. Ellas prometen y ofrecen (Klein, 2001) todo lo que extrañamos y nos falta: autorrealización, prestigio, amistad, libertad, seguridad, felicidad...Las marcas confieren calidad, pertenencia al grupo de selectos; son valores signo para expresar las diferencias sociales. Las cosas son deseadas y buscadas no por sí mismas, sino por sus apariencias; ellas nos permiten alardear, ostentar, demostrar que pertenecemos al grupo de los exclusivos, del *beautiful people*, nos confieren personalidad ante los demás. De ahí que la publicidad más que productos, vende estilos de vida, emociones, sueños... Para ello, todos los medios

son lícitos: el engaño, el exhibicionismo, la violencia, las fantasías eróticas, la degradación y uso del cuerpo... Y también, en consecuencia, son lícitos los medios –robo, asalto, mentira, venta del propio cuerpo...- para conseguir esos productos que, según nos predicán con insistencia, nos abren las puertas a la felicidad y bienestar, nos van a permitir ser alguien en la vida. De ahí que el consumismo nos consume y todos terminamos comprando ya no lo que necesitamos, sino lo que el mercado necesita que compremos. Anestesiados por los bienes de consumo, por las falsas ilusiones del tener, gastamos el dinero que no tenemos adquiriendo los objetos que no necesitamos. El consumismo agita el deseo de renovación, poetiza el producto, idealiza la marca, sacraliza lo nuevo. Es como las drogas –no en vano hoy se habla de compradores compulsivos, de adicción a las compras-: confiere una sensación de plenitud irreal y pasajera, crea dependencia: cuanto más tiene uno, más necesita tener. El hambre de poseer y de tener es tan grande que no deja disfrutar de lo poseído. “Use y bote”, parece ser el lema que va penetrando las mentes y adueñándose de los corazones. La moda, caduca y pasajera, es de una tiranía avasallante. “*No tengo que ponerme*”, se quejan y lloran los y las adolescentes ante un armario reventando de ropa. Se prueban una y otra blusa, falda o pantalón, los desechan, no les convencen. El espejo reproduce su rostro de angustia y desencanto. Tienen muchos vestidos camisas, pantalones, pero ninguno es adecuado. Fue adecuado cuando lo compró, hace una semana, “*ya me vieron con él*”, “*ya no se lleva..*”

Todos necesitamos llenarnos de cosas, de crecer hacia fuera, para tapar el cada vez mayor enanismo de nuestra vida interior y de nuestra creciente soledad. Nos convertimos en pura fachada: dentro sólo existe el vacío. A la cruda y espantosa miseria de las mayorías que no tienen ni para comer, habría que añadir la creciente miseria espiritual de los satisfechos. Aumentan los miserables y entre los ricos, se generalizan los pobres de espíritu: Hay personas tan pobres, tan pobres, tan pobres..., que lo único que tienen es dinero. Millones mueren de mengua, otros de aburrimiento y anomia... Muchos se deshumanizan al tener que vivir en condiciones inhumanas, otros se deshumanizan al volverse insensibles ante el dolor de sus semejantes. Muchos matan para tener, otros matan –o mandan matar- para defender lo que tienen y para impedir que los demás tengan. Los miserables asaltan con cuchillos o pistolas, los poderosos aniquilan con bombas inteligentes. La selva humana resulta muchísimo más cruel que la selva de los animales: estos nunca acaparan o amontonan, ni privan a los demás si están hartos...

Por todas partes impera el desorden y la violencia. Mueren los ríos y los árboles, cada vez se siente más débil y lejano el canto de los pájaros, la contaminación nos tapa las estrellas. Llenos de ruidos, somos incapaces de escuchar los lamentos de la tierra herida y los gritos de nuestra creciente soledad.

Gastamos cada año ochocientos mil millones de dólares en armas para aniquilarnos y destruirnos, y no somos capaces de reunir trece mil millones de dólares que, según datos de la UNESCO, serían suficientes para acabar con la miseria en el mundo. Mientras mil doscientos millones de personas malviven en el mundo con menos de un dólar diario, un grupito de exclusivos supermillonarios aumentan sus fortunas en quinientos dólares cada segundo.

Hemos viajado al espacio exterior a conquistar la luna, pero no hemos viajado a nuestro interior a conquistarnos a nosotros mismos. Vivimos estresados, agitados, angustiados, corriendo cada vez más rápido, sin preguntarnos a dónde vamos. Corremos porque todo el mundo corre, para no perder el autobús, para no perder la hora, para no perder el empleo, para no perder el capítulo de la telenovela...¿Pero no estaremos así perdiendo la vida?

Nos comunicamos por internet, chateamos con desconocidos en el otro extremo del planeta, pero somos incapaces de hablar con nuestros vecinos. Se nos ha vuelto imprescindible el teléfono celular o móvil, pero cada día nos comunicamos menos con nuestros hijos. Lo lejano se acerca, lo cercano se aleja. ¿No se han fijado que la revolución de las comunicaciones es para entrar en contacto o conversar con los que están lejos, y que cada día nos comunicamos menos y más superficialmente con los que tenemos a nuestro lado? Intoxicados de una información que se nos ofrece inabarcable y fragmentada, que cambia antes de que seamos capaces de procesarla y convertirla en conocimiento –las últimas noticias son siempre las únicas noticias-, somos unos pobres y desorientados náufragos, más que seguros navegantes en el agitado océano de internet. Todo el mundo tiene el derecho de escuchar y mirar, pero muy pocos el de informar, opinar, crear, decir y contradecir.

En un mundo de supuestos especialistas y expertos, cada día se aleja más y más de nosotros la verdadera sabiduría, que no consiste en conocer los hechos, sino en ver a través de ellos, más allá de las apariencias y de las explicaciones que corren por la calle. Por ello, hacemos nuestra la inquietud y doliente queja del poeta Elliot: *“¿A dónde fue la sabiduría que perdimos con el conocimiento, a dónde fue el conocimiento que perdimos con la información?”*

Es el mundo patas arriba, en expresión afortunada de Eduardo Galeano (1998): los carros manejan a las personas, las computadoras programan nuestras vidas, todo sube de precio menos la vida humana que cada vez vale menos, las cadenas de oro y los zapatos y ropas de marca tasan el valor de las personas, y el televisor es con mucho el personaje más importante de la casa, y el que termina educando a nuestros hijos (se calcula que, en América Latina, los niños de los barrios pasan el doble de horas frente al televisor que en la escuela). ¿Qué se puede esperar de una generación que crece pegada al televisor y que día a día va aprendiendo que la violencia, la seducción, el chantaje o la mentira son medios eficaces para resolver los problemas? La televisión es la ventana por la que los niños de los barrios y caseríos se asoman al mundo y les enseña a mirarlo con los ojos de los que los desprecian. La adicción a la televisión crea incomunicación. Las peleas por el control se resuelven comprando más televisores, de modo que, en el propio hogar, cada uno se va aislando más y más de los demás. La sociedad del espectáculo genera conductas pasivas, aislamiento y soledad. No es extraño entonces encontrarnos con este texto trágico de **La oración de un niño**, que suena en nuestros oídos como una sonora bofetada porque nos asoma al sin sentido que estamos viviendo y proponiendo:

Señor, esta noche quiero pedirte algo especial: conviértete en televisor. Quisiera ocupar su lugar para vivir como él en mi casa: tendría un cuarto especial para mí, y toda la familia se reuniría a mi alrededor horas y horas. Siempre me estarían todos escuchando sin ser interrumpido ni cuestionado, y me tomarían en serio. Cuando me enfermara, llamarían enseguida al médico y estarían todos preocupados y nerviosos hasta que volviera a funcionar perfectamente. Mi papá se sentaría a mi lado cuando vuelve cansado del trabajo, mi mamá buscaría mi compañía cuando se queda en la casa sola y aburrida, mis hermanos se pelearían por estar conmigo. ¡Cómo me gustaría poder disfrutar de la sensación de que lo dejan todo por pasar algunos momentos a mi lado!

Por todo esto, Señor, conviértete en un televisor, yo te lo ruego.

Es en este contexto, y como les prometí al comienzo, mi ardiente llamado a la ilusión y el coraje (Pérez Esclarín, 1998, 147):

No había fiesta en el llano que no fuera alumbrada por los dedos mágicos del arpista Figueredo. Sus manos acariciaban las cuerdas y brotaba incontenible el

ancho río de su música prodigiosa. Se la pasaba de pueblo en pueblo, sembrando la alegría, poniendo a galopar los pies y los corazones de las gentes en la fiesta inacabable del joropo. El, sus mulas y su arpa. Por los infinitos caminos del llano. En una mula él, en la otra el arpa. Cubierta con un plástico negro para soportar los interminables chaparrones del invierno llanero en que, como describió magistralmente el poeta Lazo Martí, “el llano es una ola que ha caído, el cielo es una ola que no cae”. Llueve y llueve, todo está ya inundado, las vacas se mueven penosamente con el agua al pecho, y sigue negro el cielo, preñado de una lluvia inacabable. Con el arpa también cubierta con el plástico negro en verano, para soportar el fuego de ese sol infinito que raja hasta las piedras.

Una tarde, el arpista Figueredo tenía que cruzar un morichal espeso y allí lo estaban esperando los cuatrerros. Lo asaltaron, lo golpearon salvajemente hasta dejarlo por muerto, y se llevaron las mulas, se llevaron el arpa...

A la mañana siguiente, pasaron por allí unos arrieros y encontraron al maestro Figueredo cubierto de moretones y de sangre. Estaba inconsciente, en muy mal estado, pero todavía vivo. Los arrieros le curaron las heridas y cuando lograron que volviera en sí, empezaron a preguntarle con insistencia, “¿pero qué pasó, maestro?, ¿qué pasó?”. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, el maestro Figueredo logró balbucear desde sus labios entumecidos y rotos: “Me robaron las mulas”.

Volvió a hundirse en un silencio que dolía, y tras una larga pausa y ante la insistencia de los arrieros que seguían preguntando, logró empujar hacia sus labios una nueva queja: “Me robaron el arpa...”

*Al rato, y cuando parecía que era imposible que pudiera decir algo más, el maestro Figueredo se echó a reír. Era una risa profunda y fresca, que no pegaba en ese rostro que era una estampa del dolor y de la cruz. Y en medio de la risa, se le oyó decir: **¡Pero no me robaron la música!***

No permitamos que nos roben la música, la esperanza, los sueños, la ilusión. Ante la creciente inseguridad, ponemos alarmas para que no nos roben el carro, enrejamos puertas y ventanas para que no se nos lleven el televisor, el equipo de sonido, la licuadora..., pero no nos protegemos de los que nos roban la ilusión. Hay especialistas en robar ilusiones. Son sembradores de desesperanza y pesimismo. Están allí a nuestro lado, tal vez son nuestros compañeros y amigos.

Siempre sólo ven las dificultades, hablan y enfrían el entusiasmo. Y es mucho más grave que nos roben la ilusión a que nos roben la tarjeta de crédito. Si no tenemos esperanza e ilusión, estamos muertos como educadores. Educar no puede ser meramente un modo de ganarse la vida, sino que tiene que ser un modo de dar vida, de ganar a la vida a los demás, de provocar las ganas de vivir con autenticidad y libertad. Por ello, es imposible educar sin esperanza y nadie puede ser educador sin vocación de servicio. El verdadero maestro asume la aventura inacabable, apasionante y, con frecuencia, dolorosa, de permanecer fiel a la tarea de implantar una sociedad justa y tolerante. Educar es apostar por el futuro, por la esperanza.

En el mundo del conformismo y la opulencia han surgido voces, como la de Fukuyama, que proclaman con un cinismo sorprendente que hemos llegado al final de la historia, y que debemos proclamar la muerte de las utopías. Según ellos, estamos viviendo en el mejor de los mundos posibles y, en consecuencia, no tiene ningún sentido intentar cambiarlo. Por ello, debemos renunciar a todo tipo de acción y reflexión que signifique pensar en transformaciones profundas en las sociedades. Esto ha traído consigo la renuncia a toda construcción colectiva y el reacomodo individual a las posibilidades que se dan a nivel personal. Que cada uno cuide de sí mismo y trate de vivir lo mejor que pueda. Para triunfar en la carrera de la competitividad, hay que dejar de pensar en los demás. Cantidad de sueños y esperanzas se han transformado en un conjunto de lógicas pragmáticas y de sobrevivencia inmediata. Muchos que ayer soñaban con transformar el mundo, hoy sólo buscan acomodarse en él lo mejor posible. Son tiempos de rendición y de claudicación masiva. Algunos pocos siguen proclamando la necesidad de cambios profundos y vocean una supuesta revolución que sólo les beneficia a ellos. Más que cambiar las cosas, son ellos y sus vidas lo que está cambiando.

Hoy más que nunca, y precisamente porque miles de millones de personas en el mundo son sacados o excluidos de la posibilidad de una vida digna, la ilusión, la esperanza y la utopía, como dice Frei Beto, “no sólo tienen sentido, sino que se tornan necesarias y urgentes. Pero no se encontrarán en ningún estante de supermercado. Surgirán en la medida en que los empobrecidos se vuelvan artífices de cambios hacia un futuro mejor...”. La esperanza, como lo expresaba Ernst Bloch, es la más humana de todas las emociones, niega la angustia, está orientada hacia la luz y la vida; es un afecto militante, un afecto práctico, que se opone con fuerza al pragmatismo, que es una deserción mediocre y cobarde en la tarea de construir el mundo.

Los genuinos educadores, militantes de la esperanza, no podemos aceptar como *fin de la historia*, esta mezcla de mercado con democracia electorera, que excluye a las mayorías y siembra la muerte y destrucción en el planeta. No aceptamos una concepción de desarrollo que agiganta las desigualdades sociales entre países y entre los ciudadanos de cada país: los 225 personajes más ricos en el mundo acumulan una riqueza equivalente a la que tienen los 2.5000 millones de habitantes más pobres, es decir, el 47 % de la población mundial. Los tres personajes más acaudalados del planeta tienen activos que superan el PIB combinado de los 48 países más pobres. Algunos países de América Latina como Brasil, Honduras, Chile, Colombia, México, Perú, Ecuador, batieron el récord mundial de las desigualdades sociales: En México, 24 familias tienen ingresos superiores a 24 millones de mexicanos; en Brasil, el 10% de la población acapara el 60% del ingreso nacional.

No podemos aceptar un desarrollo que se equipara a consumir y amontonar cosas, olvidando el desarrollo integral de las personas, de todas las personas, y es tan desalmado que, mediante el cobro de una deuda ya pagada y repagada, sigue exprimiendo las economías de los países pobres e imposibilita su desarrollo social y humano. Lo que debería dedicarse a políticas sociales, a salud, vivienda, educación..., se va en el servicio del pago de la deuda. En 1990, la deuda de América Latina era de 443.000 millones de dólares. Hacia 1999, superaba los 700.000 millones. Sin embargo, sólo por concepto del servicio de la deuda, la región pagó entre 1982 y 1996, alrededor de 706.000 millones de dólares, es decir una cifra superior a la deuda acumulada. ¡Es el Norte el que debe pagar la enorme deuda histórica con el Sur acumulada a través de siglos de colonialismo y de relaciones internacionales desiguales!

¡Cómo sumarse al coro de los que vocean con entusiasmo el *fin de la historia* cuando las políticas de “flexibilización” y reforma liberal, aplicadas tan entusiastamente (Tamayo, 2000) “por los gobiernos para atraer la inversión extranjera, han contribuido a degradar y superexplotar la fuerza de trabajo, volviendo a situaciones de esclavitud que reinaban en el siglo XIX! Particularmente graves son las condiciones de trabajo que impone el capital transnacional en países del Sureste asiático y de Centroamérica y el Caribe en las sweatshops (fábricas de sudor) o empresas maquiladoras y en las zonas francas, mayoritariamente atendidas por mujeres”. Las mujeres, que son la fuerza laboral más explotada, deben con frecuencia someterse a pruebas de embarazo, trabajan jornadas de 14 horas o más, son vigiladas permanentemente y no se les

permite ni ir al baño a no ser en unos pocos minutos previamente reglamentados; no pueden asociarse a ningún tipo de organización que defienda sus derechos, y la mayoría recibe un salario inferior a dos dólares diarios. Una obrera en Haití cose a la semana 18.000 camisetas con la imagen de la princesa Pocahontas, que la casa Disney venderá a 20 dólares cada una, y le pagará a la obrera como sueldo semanal el valor de tan sólo una de las 18.000 camisetas que cosió. En 1997, Michael Jordan ganó por su publicidad de los zapatos Nike, más que los 30.000 obreros indonesios de dicha industria, que devengaban un salario diario de 1,20 dólares. ¿Es este el *fin de la historia que queremos?*

¡Cómo aceptar un mundo tan insensible que, a pesar de que produce 10% más de los alimentos que necesitamos para vivir toda la humanidad, permite que cada año mueran de hambre 15 millones de niños! ¡Un mundo al que ya no le conmueve el espectáculo inhumano de millones de niños de la calle, sin hogar, sin familia, sin cariño, sin escuela, sin comida, sin salud, sin mañana, amenazados por todas las formas posibles de violencia, que duermen sobre periódicos en las entradas de los edificios y mendigan en los semáforos, que sólo en la cuadrilla o la banda encuentran seguridad y sentido a su precaria existencia! ¡Un mundo que (Tamayo, 2000) “criminaliza las luchas y movimientos sociales, que persigue, encarcela, amenaza y asesina a dirigentes campesinos e indígenas que luchan por sus tierras, a defensores de derechos humanos y periodistas, a dirigentes sindicales! Grupos paramilitares financiados por latifundistas cometen crímenes y masacres que quedan en la impunidad actuando, muchas veces, con la complicidad de autoridades estatales. En las ciudades, los grupos de “limpieza social”, se encargan de eliminar a los que el sistema considera “desechables”: niños de la calle, mendigos, homosexuales, prostitutas...”. En un mundo que invita a todos al festín del consumo y del tener, pero cierra las puertas a las mayorías que no pueden pagar la entrada, aumenta de un modo vertiginoso la violencia. Violencia del exhibicionismo de los que tienen y derrochan, violencia de los que buscan tener a cualquier precio (asalto, robo, prostitución, tráfico de drogas, de niños, de órganos...), violencia de los aparatos represivos, que en vano intentarán poner orden en un mundo desordenado. Las cárceles inhumanas e inmundas, donde se cultiva con tenacidad el odio y la violencia, verdaderas escuelas de delincuencia, se llenan y rellenan de pobres (raramente un delincuente de cuello blanco y corbata va a la cárcel), y la seguridad es un privilegio del que cada vez pueden disfrutar menos personas. En muchas ciudades y barriadas, seguir con vida es tan sólo cuestión de suerte. Los periódicos presentan cada lunes el balance de víctimas por la delincuencia como un abultadísimo parte de guerra.

En algún sitio leí la historia de aquel cura que se quejaba de que muchos se confesaban de haber tenido malos sueños, pero nadie se confesaba del pecado mucho más grave de no soñar. No permitamos que nos roben el derecho a soñar, que es el más importante de todos. Sin él, no tienen sentido los demás. Como ha escrito Eduardo Galeano, el derecho de soñar no figura entre los 30 derechos humanos que las Naciones Unidas proclamaron a fines de 1948. Pero si no fuera por él, y por las aguas que da de beber, los demás derechos morirían de sed. Sería terrible si no pudiéramos imaginar un mundo, un país, una educación distintos, soñar con ellos como proyectos y entregarnos con esperanza y alegría a su construcción. Opongamos nuestra capacidad de soñar al antisueño de los pragmáticos. Repitamos con Facundo Cabral: “Si dejamos morir nuestros sueños seremos pobres, si los cuidamos y ponemos en práctica, seremos ricos”.

Todas las grandes conquistas de la humanidad comenzaron como un sueño de alguien o de algunos, y el compromiso tenaz y valiente de hacerlo posible. Por ello, fueron capaces de arrastrar el entusiasmo y las voluntades de muchos y el sueño se hizo realidad. Porque alguien soñó que era posible la independencia, hoy somos soberanos y libres. Porque alguien soñó que todos éramos iguales, un día se abolió la esclavitud.

Aceptar el sueño de un mundo mejor y adherirse a él, es aceptar participar en el proceso de su creación. Perder la capacidad de soñar y de sorprenderse es perder el derecho a actuar como ciudadanos, como autores y actores de los cambios necesarios a nivel político, económico, social y cultural. Por eso, los genuinos educadores defendemos con tesón y con pasión el valor de la esperanza, que se arraiga en la fe en el hombre y la mujer como sujetos de la historia –y para los que tratamos de seguir a Jesús- en la fe en un Dios que nos hizo creadores, que dejó en nuestras manos la responsabilidad de seguir recreando y perfeccionando el mundo y nos mostró el camino para construir la sociedad del amor y vivir la vida en plenitud. Por ello, frente al *Pienso luego existo* cartesiano, o el *Conquistado, luego soy* de Hernán Cortés, el conquistador y destructor de México, que expresan la dinámica de la modernidad; o el *Compro, luego existo*, que parece ser cada vez más fundamento de la postmodernidad; los educadores genuinos levantamos, como nos lo propone González Lucini (1996), el *Sueño, luego existo*, de la esperanza comprometida. Ser humano significa tener esperanza que es el nervio de la felicidad.

I.2.-Importancia de la educación y crisis del sistema educativo

La educación está adquiriendo una importancia cada vez mayor pues se considera el elemento clave no sólo para aumentar la productividad y generar riqueza, sino para obtener un auténtico desarrollo humano. De hecho, el desarrollo humano debe ser el fundamento central y propósito último del desarrollo de la sociedad. A parte de que es absurdo un supuesto desarrollo económico que excluye a las mayorías, no es tampoco sustentable. El desarrollo de toda sociedad implica no sólo que todos los ciudadanos puedan vivir con dignidad, sino también que todos puedan participar y producir. Como lo expresa con claridad la Propuesta del Proyecto Regional de Educación para América Latina y El Caribe (2001-2015): *“El cumplimiento de los derechos humanos de todos, mujeres y hombres, es el paso más importante para generar el crecimiento económico y el establecimiento de instituciones y leyes transparentes, responsables y efectivas. Sólo cuando la comunidad sienta que tiene un interés comprometido y participación en las decisiones, se entregará por entero al desarrollo. Los derechos humanos y el desarrollo humano se proponen una visión común: velar por la libertad, el bienestar y la dignidad de todos en todas partes”* .

Por ello, hoy todo el mundo insiste, sobre todo a partir de La Declaración de Educación para Todos de Jomtien (1990) y los Acuerdos del Foro Mundial de Educación para Todos de Dakar (2000), en la necesidad e importancia de una educación de calidad por considerar que es la clave fundamental para abatir la pobreza, aumentar la productividad y formar personas autónomas y ciudadanos honestos y responsables. En la actual sociedad del conocimiento y en este nuestro siglo del saber, la carrera económica, cultural y geopolítica, pasa a ser una carrera entre sistemas educativos. La fortaleza de un país radica en el grado de educación de sus habitantes. La educación es la suprema contribución al futuro del mundo actual, puesto que tiene que contribuir a prevenir la violencia, la intolerancia, la pobreza, el egoísmo y la ignorancia. Una población bien educada e informada es crucial si se quiere tener democracias prósperas y comunidades fuertes. La educación es el pasaporte a un mañana mejor.

A tono con las declaraciones y acuerdos citados, el documento reciente de la Cumbre Latinoamericana de Educación Básica emitido en Miami, Florida, el 8 de marzo de 2001, expresa con claridad:

Una población bien educada es elemento clave para el desarrollo y el crecimiento económico. La educación es crucial para el desarrollo. Ningún país ha obtenido un progreso económico significativo sin expandir la cobertura y mejorar la calidad de la educación...Algunos estudios muestran que hasta un 40% de la diferencia en el crecimiento entre los países del Este de Asia y América Latina puede atribuirse a la educación, especialmente a la educación básica de alta calidad...Una educación de calidad es decisiva en la reducción de la pobreza y la promoción de la equidad (p.5).

Pero si bien todo el mundo reconoce la importancia de la educación, por todas partes se insiste en que está en crisis y hay un consenso cada vez más generalizado de que los resultados educativos no responden a las expectativas y exigencias. No creo que, en estos momentos haya algún país en el mundo que se encuentre satisfecho con su sistema educativo. Por todas partes se acusa a la educación de poca pertinencia y relevancia, metodologías inadecuadas, rutinización y burocracia, desfase con las nuevas tecnologías, incapacidad para transmitir valores...

En cuanto a América Latina, la situación de la educación es realmente lamentable. Son elocuentes los siguientes datos y números tomados de varias fuentes, en especial, del documento titulado “Los aspectos pendientes de la situación educativa” que presenta la Propuesta de Proyecto Regional de Educación para América Latina y El Caribe (2001-2015):

- En un mundo intercomunicado por el internet, redes satelitales y superautopistas de la información, todavía existen en América Latina 40 millones de personas consideradas analfabetas absolutas, y alrededor de 110 millones de adultos y jóvenes que no completaron su educación primaria, por lo que podrían ser considerados analfabetos funcionales.
- A pesar de los numerosos y fervientes llamados que se hicieron por la universalización de la educación básica para el año 2.000, cerca del 7% de la población escolar de la región no asiste a la escuela y un porcentaje alto de los niños con discapacidad no tiene acceso a la educación. Las tasas de repetición de América Latina y El Caribe son las más elevadas del mundo, y son especialmente preocupantes en primer grado, tan esencial para determinar el éxito o el fracaso posterior de los alumnos..

- El resultado de las altas tasas de repetición y deserción se expresa en que, en la mayor parte de los países de América Latina, escasamente el 40% de los niños y niñas logran culminar su educación primaria, y sólo el 8 % de los alumnos el nivel secundario. Esto significa que de 100 estudiantes que ingresan al primer año de primaria, sólo 8 de ellos logran culminar su bachillerato. En países como República Dominicana y El Salvador, un cuarto o más de alumnos que se matricula en el primer grado, ni siquiera llega a segundo grado. En contraste, casi todos los alumnos que ingresan a la escuela básica en los países del Este de Asia, Egipto y China logran culminar su primaria.

- Aunque la mayoría de los países de la región ha llevado a cabo importantes reformas tendientes a mejorar la calidad, equidad y eficiencia de la educación, no siempre han generado mejoras substanciales en los aprendizajes de los estudiantes. Implantadas casi siempre, de un modo apresurado e inapropiado, impuestas desde arriba sin la debida participación y consulta de los maestros, las reformas, en general, no están transformando las prácticas ni la vida cotidiana de las escuelas. A pesar del esfuerzo económico que han supuesto, las reformas no están contribuyendo eficazmente a revitalizar las prácticas pedagógicas, ni a cambiar las rutinas burocráticas o los intereses creados. Más bien, con frecuencia sólo están sirviendo para confundir y desalentar a los maestros.

- Persisten problemas importantes de equidad en la distribución de la oferta educativa. La proporción de población atendida en el nivel de educación inicial, tan importante para la formación de la inteligencia, la personalidad y la adecuada socialización del niño y de la niña, sigue siendo muy baja y se localiza mayormente en zonas urbanas y entre las familias más privilegiadas, lo que ha limitado el éxito en la educación básica y ha aumentado la inequidad. Escasamente una cuarta parte de niños y niñas entre 0 y 4 años está matriculada en algún servicio o centro pre-escolar. En general, persisten diferencias en el acceso a la educación de calidad, especialmente entre niñas de escasos recursos, en áreas rurales y entre poblaciones indígenas.

- En muchas ocasiones los alumnos y alumnas experimentan dificultades de aprendizaje y participación debido a la falta de consideración en la planificación escolar de sus distintas capacidades, motivaciones e intereses y de su procedencia social y cultural. La escuela está muy lejos de la vida de los alumnos pobres. Las barreras del lenguaje y de la cultura resultan con frecuencia infranqueables. Por otra parte, los docentes carecen de una preparación adecuada

para trabajar en realidades de extrema pobreza, y los programas no tienen en cuenta la cultura, la situación, la historia del alumno de barrio o campesino.

- El tiempo efectivo dedicado al aprendizaje continúa siendo insuficiente, aunque en algunos países se ha aumentado el calendario y la duración de la jornada escolar. Lo anterior se agrava por el ausentismo de profesores y estudiantes y por los métodos tradicionales de enseñanza que inciden en forma negativa en el uso eficiente del tiempo dedicado al aprendizaje. Los niños japoneses van a clase 220 días al año, jornada completa, frente a los 180 días de media jornada en numerosos países latinoamericanos.

- Sigue pendiente la formación científica y tecnológica de calidad para todos, y la región de América Latina y El Caribe se encuentra retrasada respecto a la introducción de nuevas tecnologías de información y comunicación.

- Como consecuencia de todo esto, si bien en todos los países de América Latina ha habido avances significativos en la expansión de la cobertura, la calidad de la educación que reciben los alumnos resulta muy deficiente e inadecuada. Según datos que se expusieron en la **Cumbre Latinoamericana de Educación Básica**, celebrada en Miami el 7 y 8 de marzo de 2001, sólo un país de América Latina – Chile- participó en una prueba mundial de aptitudes en matemática y ciencias para octavo grado en 1999, y obtuvo el 35 lugar entre 38 países, ubicándose muy por debajo de sus competidores asiáticos como Tailandia y Malasia. Sólo dos países de América Latina escogieron participar en la misma prueba mundial en 1996. Uno de ellos, Colombia, obtuvo el lugar 40 entre 41 países examinados, ubicándose por debajo de todos los países participantes de Asia, Europa del Este y el Medio Oriente. El otro país, México, se negó a divulgar sus puntajes.

- En la única prueba de rendimiento aplicada a nivel regional (por la UNESCO en 1998), un país, Cuba, superó por un gran margen al resto de la región en las pruebas de rendimiento de matemáticas y lenguaje de tercer y cuarto grados. Incluso el cuarto inferior de los alumnos cubanos superó el promedio regional. Chile y Colombia, que obtuvieron bajos puntajes en las pruebas a nivel mundial, obtuvieron puntajes promedio en esta prueba, lo que sugiere que la mayor parte de la región también exhibiría un rendimiento deficiente en las pruebas a nivel mundial. Dos países, Perú y Costa Rica, se rehusaron a divulgar sus resultados en la prueba regional.

- En cuanto a Venezuela (Fe y Alegría 2000, 26) los diferentes diagnósticos realizados a nivel nacional nos evidencian una baja calidad de la educación. En primer lugar, hay *un muy grave déficit de cobertura*: 41% de los niños entre 4 y 6 años no tienen pre-escolar, 25% de niños entre 13 y 15 años y casi la mitad de jóvenes entre 16 y 17 años están fuera del sistema escolar. Si bien se proclama la intención de llevar todas las escuelas a jornada completa, se ignora que, para hacer esto posible, tendríamos que estar inaugurando cuatro escuelas nuevas diarias durante diez años.

- Por otra parte, la efectividad del sistema escolar venezolano es muy baja: sólo 37 de cada cien alumnos que empiezan el primer grado culminan el sexto; 30 de cada 100 repiten en los tres primeros grados. Dos de cada tres niños no terminan la escolaridad básica de nueve grados, y el 13% de los niños entre 4 y 15 años están fuera de la escuela.

- Junto a esto, la calidad de los que logran egresar es muy baja: Desde hace años, se viene hablando de bachilleres e incluso egresados universitarios que son unos verdaderos “analfabetas funcionales”. Esta afirmación, que algunos considerarán exagerada y calumniosa, viene a ser confirmada por algunas investigaciones: El ex ministro de educación, Dr. Antonio Luis Cárdenas, realizó en Mérida, cuando estaba encargado de la educación del Estado, una investigación sobre los concursos para optar a cargo docente en las escuelas del Ejecutivo, realizados por un grupo de licenciados en educación, y determinó que “de cincuenta concursantes, todos graduados, veintiuno, es decir, el 42%, fueron reprobados en una sencilla prueba de comprensión lectora, redacción y ortografía, y algunos de esos reprobados pueden calificarse como analfabetas funcionales, a pesar de ser licenciados universitarios ¡y en educación!”.

Muy parecidos son los resultados de una investigación dirigida por la Profesora Lourdes Sánchez, de la Universidad Central de Venezuela, en la que revela que “20 de cada cien maestros de la Escuela Básica venezolana son analfabetas funcionales, y la mayoría restante de la muestra analizada no fue capaz de comprender un artículo de opinión de mediana dificultad, y presentó graves problemas de coherencia, sintaxis, vocabulario y ortografía”.

No es de extrañar, por consiguiente, que los alumnos de Venezuela de cuarto grado ocuparan el último lugar entre 32 países en una investigación realizada por la Asociación Internacional para la Evaluación del Progreso Escolar, en la que se examinaron las habilidades lectoras. En dicha investigación, los alumnos de

noveno grado de Venezuela, quedaron entre los cuatro últimos, seguidos tan sólo por los de Nigeria, Zimbawe y Bostwana, países pobrísimos africanos, que a casi todos nos costaría ubicarlos en el mapa.

En 1995, el Plan de Acción del Ministerio de Educación, tras enfatizar los resultados deficientes con que los alumnos egresaban de su educación primaria, expresaba lo siguiente: “...en su inmensa mayoría están mal capacitados en cuanto a habilidades intelectuales se refiere,..está establecido que las habilidades en cuanto a la lectura y el dominio de operaciones lógico-matemáticas básicas son el fundamento de un desarrollo intelectual posterior consistente. Y en este terreno, desde hace una década al menos, se sabe que el fracaso escolar tiene magnitudes de catástrofe”. Acompañaba estas afirmaciones con datos contundentes arrojados por la investigación del CENAMEC sobre conocimientos matemáticos de los alumnos que finalizaban la educación básica: la media no llegaba a cinco puntos en una escala de cero a cincuenta, lo que equivale a dos puntos en la escala de cero a veinte. El Plan de Acción continuaba señalando textualmente: “...el sistema escolar no está logrando la conformación en la personalidad de sus egresados de los valores y actitudes que la Constitución Nacional y la Ley Orgánica de Educación establecen entre los grandes fines de la Educación. Esos valores tales como la honestidad, el respeto a los demás, la solidaridad, el aprecio por el trabajo perseverante, el espíritu crítico, la creatividad, no están siendo estimulados y reforzados por un sistema escolar que se miente a sí mismo y al país en relación con sus logros puesto que, segregando a las mayorías, ni siquiera es capaz de formar bien a los que en él continúan. La moral que se está aprendiendo es la del mínimo esfuerzo, la del más o menos, la moral de la mediocridad”.

Este planteamiento del problema, punto de arranque del Plan del Ministerio de Educación, se corroboró más adelante con el Sistema Nacional de Medición y Evaluación de los Aprendizajes (SINEA, 1998). A través de una evaluación realizada a nivel nacional, se logró determinar que la mayoría de los alumnos de tercero, sexto y noveno grado no logran adquirir las competencias mínimas de la etapa en lenguaje y matemática, lo que significa que la Educación Básica está fracasando en su tarea de garantizar a todos los alumnos la formación básica esencial, requisito imprescindible para seguir aprendiendo y para desarrollar sus talentos y potencialidades.

I.3.- Las dificultades de educar hoy

Como dijimos más arriba, nadie pone en duda la importancia de la educación, a la que se le considera el vehículo esencial del que depende el ser humano, y la propia humanidad. La educación puede formar personas egoístas o solidarias, convertir a los alumnos en asesinos o en santos, enseñar a ver a los otros como rivales y enemigos, o como compañeros y hermanos. De ahí la nobleza de la educación, pues es o puede llegar a ser la tarea humanizadora por excelencia, el medio privilegiado para que cada persona se plantee y alcance una vida en plenitud. Pero educar está resultando también, y cada vez más, una tarea muy difícil, incluso heroica. Y esto por tres razones fundamentales, que vamos a desarrollar brevemente a continuación.

I.3.1.- Es muy difícil educar en una cultura que promueve el relativismo ético.

Se ha convertido en un lugar común la afirmación de que vivimos en un cambio de época, más que en una época de cambios. Es verdad que siempre ha habido cambios. Lo diferente y novedoso es la velocidad y profundidad con que hoy se producen, que no nos deja siquiera el tiempo de asumir nuestras propias perplejidades. Como decía aquel famoso y muy citado grafitti del mayo francés: “Cuando me había aprendido las respuestas, me cambiaron las preguntas”. El mundo cambia cada día a una velocidad de vértigo, pero escuelas, liceos, colegios y universidades se resisten al cambio o asumen meramente cambios superficiales, de mero maquillaje y forma. Cambian las palabras, se asume el discurso del cambio, pero lo esencial sigue igual. Un cambio de época implicaría gestar una educación radicalmente distinta. Y esto es muy difícil. La mayoría de los educadores nos formamos en una escuela tradicional, transmisiva, memorística, autoritaria, en la que los valores eran universales, únicos e indiscutibles, y el saber se equiparaba a la acumulación de datos. Todos nacimos y empezamos a crecer en un mundo de certezas y valores absolutos y los cambios se producían a un ritmo lento, que posibilitaba asumirlos con naturalidad. Fuimos capaces de pasar sin mayores dificultades de la plumilla, al bolígrafo, a la máquina de escribir mecánica, eléctrica, con corrector incorporado, hasta que con la computadora y luego las redes telemáticas empezó a acelerarse cada vez más la velocidad de los cambios y comenzó nuestro desconcierto.

En el mundo en que nacimos y empezamos a crecer era relativamente fácil educar. En primer lugar, había consenso entre lo que se consideraba bueno y malo y -lo que es más importante-, la búsqueda y vivencia del bien parecía ser tarea de todos. De ahí que, en general, había una gran coherencia entre lo que se practicaba y enseñaba en la casa (todo el mundo, por ejemplo, consideraba el robar algo malo y por eso podían decir con sinceridad y orgullo “somos pobres pero honrados”); lo que se vivía en la calle (cualquier persona se consideraba con autoridad para llamar la atención y denunciar las conductas irregulares); lo que se enseñaba en las escuelas y lo que se predicaba en las iglesias. En cierto sentido, toda la sociedad asumía su papel de educadora. Hoy, esto ya no es así: los padres parecen haber renunciado a su papel de primeros y fundamentales educadores y le reclaman a los maestros que desempeñen el papel que ellos no supieron cumplir. Renunciaron al autoritarismo, pero no han sabido reconstruir un principio de autoridad que sirva de referencia para la construcción de la identidad personal y social de niños y de jóvenes.

Las iglesias cada vez influyen menos en la sociedad, especialmente entre los jóvenes, que crecen en un ambiente de total relativismo ético, donde se impone el pragmatismo del TODO VALE y del SOLO VALE (todo vale si me produce bienestar, placer, beneficio económico; sólo vale lo que me produce bienestar, placer o beneficio). Todo vale: el valor y el antivalor se confunden. Cada uno decide lo que es bueno o malo. El fin justifica los medios. La eficacia en la productividad y la ganancia se convierten en el criterio definitivo de bondad. Bueno es lo que me gusta o me produce ganancia. Lo que es eficaz es necesario; lo que se puede hacer, se debe hacer. Los jóvenes flotan en una sociedad dominada por el vacío de ideales y de metas. La televisión, con su enorme fuerza seductora, les propone como modelos ídolos del deporte, de la música, de las telenovelas, meros productos de la publicidad, creaciones efímeras del mercado, que por lo general, suelen ser personas inmaduras, vanas y superficiales, agobiadas por una fama repentina que no saben cómo manejar.

Ante esta avalancha deseducadora, las escuelas se sienten solas y desorientadas, impotentes para promover unos determinados valores que la sociedad no está dispuesta a practicar y que, incluso considera inapropiados para triunfar en la vida. A los maestros se les pide mucho y se les da muy poco. Se les pide que sean padres, pedagogos, psicólogos, orientadores..., pero se les trata como profesionales de segunda o tercera categoría. Con frecuencia, reciben alumnos socializados negativamente, acostumbrados a considerar la mentira, el robo, la

agresión y la violencia como medios lícitos y eficaces para resolver los problemas y triunfar en la vida. De ahí que, cada vez más, los educadores deben enfrentar desde el desinterés y la apatía de sus alumnos, hasta la hostilidad descarnada y la violencia más atroz, en unas aulas que se van convirtiendo en espacios ingobernables. Ante esta realidad, muchos educadores han tirado la toalla, tratan de reducir su papel al de meros instructores de unos conocimientos que muy poco importan o interesan a los alumnos, y se van convenciendo de que educar se está convirtiendo en una tarea imposible...

Es muy poco lo que pueden hacer los maestros, a pesar de sus esfuerzos y buena voluntad, si las familias y en general toda la sociedad no asume su papel de educadora. Las escuelas no pueden crear lo que no existe fuera. Las escuelas no pueden hacerlo todo: necesitan ayuda. De ahí que la educación debe constituirse en la principal preocupación y primera ocupación de toda la sociedad. Hay que superar la retórica de la necesidad de educar en valores, y plantearnos como sociedad cómo en verdad queremos ser y queremos que sean nuestros hijos.

Si realmente estamos convencidos de que la educación es el pasaporte al mañana, la condición de cultura, libertad, dignidad, clave de la democracia política, del crecimiento económico y de la equidad social, debería ocupar el primer lugar entre las preocupaciones públicas y entre los esfuerzos nacionales (Gómez Buendía 1998). Si es un derecho, es también un deber de todos. De ahí la necesidad de asumir la educación como tarea de todos, como proyecto nacional, objeto de consensos sociales, amplios y duraderos. El Estado debería liderizar la puesta en marcha de un verdadero proyecto educativo, en coherencia con el proyecto de país que queremos, capaz de movilizar las energías creadoras y el entusiasmo de toda la sociedad. Si realmente estamos convencidos de la importancia de la educación, de que es el arma fundamental del progreso, deberíamos asumir una economía de guerra en pro de la educación. Guerra frontal contra la ignorancia, contra la pobreza, contra la ineficiencia, contra la retórica, contra la mediocridad. Hay que convertir las proclamas y buenas intenciones, en políticas. Hay que superar la mentalidad gremialista y politiquera, la mentalidad divisionista y parceladora, y convocar a las mentes más preclaras y a los que han demostrado con hechos que, desde hace tiempo, les viene preocupando la educación y tienen algo concreto que aportar. No puede ser que los cargos en educación se sigan otorgando como pagos por favores y fidelidades políticas. Eso equivale a seguir apostando a la derrota.

El problema educativo es tan serio y tan grave, que no podemos darnos el lujo de prescindir de nadie. Todos somos necesarios para resolverlo. En vez de dividir y restar, hay que sumar. Y si es tarea de todos, todos debemos involucrarnos como educadores y educandos, plantearnos cuáles son los valores que creemos esenciales y que por ello estamos empeñados en vivir, cultivar al máximo nuestras potencialidades, asumir nuestras responsabilidades, estructurar nuestra convivencia. Estado, sociedad y familias deben asumir su responsabilidad educativa y dar muestras evidentes de que se esfuerzan por vivir los valores que quieren que los educadores cultiven en las escuelas.

I.3.2.- Es muy difícil educar en un mundo que le teme al futuro

En segundo lugar, cada día está resultando más y más difícil educar porque, hasta hace poco, todos estábamos convencidos de que la humanidad, guiada por la ciencia y el progreso, avanzaba inexorablemente y con pasos firmes hacia un futuro que se vislumbraba como cada vez mejor. Por ello, eran posibles la esperanza, los sueños e incluso las utopías. La educación era el medio para progresar, para la movilidad social, para tener acceso a la modernidad, para construir tanto individual como colectivamente ese futuro mejor. Hoy miramos al futuro con incertidumbre y miedo. No nos atrevemos a imaginar lo que será de nosotros, de nuestros hijos, de nuestros países, del mundo, en unos pocos años. Nos asomamos con temor y temblor al horizonte insospechado que nos presenta la revolución de la informática, las nuevas biotecnologías, la clonación, el genoma humano, la posible proliferación de armas químicas o nucleares y su uso indiscriminado por grupos terroristas o fundamentalistas, las nuevas enfermedades (sida, vacas locas, estrés, anomia...), que se añaden a las antiguas no resueltas, la acumulación de los desechos tóxicos, el recalentamiento del planeta y el efecto invernadero y en general, el deterioro ecológico que hace real el peligro de la desaparición de la especie humana o incluso la vida sobre el planeta. Este temor al futuro, esta incertidumbre frente al mañana, se traduce en una vivencia light del presente, que lleva al abandono de todo idealismo, a la vivencia de un pragmatismo inmediateista, y a desechar todo lo que implica esfuerzo, planificación, compromiso, disciplina. Si no sabemos a dónde vamos, ¿de qué sirve ir juntos?

La crisis más grave es la carencia de un horizonte utópico que motive y justifique un compromiso solidario para tratar de cambiar el mundo. De ahí que la política se ve con desdén y escepticismo, o como un medio de ascender y medrar en la sociedad.

Sin futuro y sin esperanzas (García Roca 1994, 12), sólo queda el sueño fugaz del consumo, el disfrute momentáneo, el gozo, que lleva a revalorizar el cuerpo como fuente de bienestar, de placer, de ser. Uno es el cuerpo. La vida se limita a aparentar belleza, juventud; a cuidar, vivir y disfrutar el cuerpo. La misma música, que es el lenguaje por excelencia de los jóvenes y su experiencia más vital y profunda, es vivida como aventura corporal, como espectáculo total. En palabras de García Roca, “el joven canta y escucha la música como aventura corporal, que afecta tanto al espíritu como a los sentidos...La música es un ejercicio de comunicación: cuando hay música, las palabras resultan inútiles, la expresión corporal es a la vez vehículo y contenido. Su alto volumen no niega la comunicación, sino que declara a la música misma como mensaje...Incluso el mundo de la música tiene ya un carácter de identificación (los jóvenes se agrupan en torno a gustos, grupos musicales...). La música es una representación integral, inseparable del gesto y del movimiento, que va asociada a una serie de rituales corporales con vestidos y peluquería adecuadas”.

Los valores movilizados de la modernidad (libertad, justicia, verdad...) son sustituidos por el consumismo, la ostentación, el individualismo. Los jóvenes (Gervilla, 1993) ya no sueñan con cambiar el mundo: lo único que buscan es integrarse lo más cómoda y placenteramente posible en él. Por ello, no creen en la política ni en las acciones colectivas. Que cada uno viva su presente del mejor modo que pueda, sin normas, sin compromisos, sin planes ni proyectos. La vida hay que vivirla, no cambiarla.

En este contexto, ciertamente, hoy resulta muy difícil educar, pues la educación implica una siembra a largo plazo, apuesta por la lenta germinación de las semillas, exige coraje, esfuerzo, vencimiento, tesón, esperanza para asumir responsablemente las riendas de la propia vida y así, con los demás, ir construyendo el futuro. Construirse como persona, exige renunciaciones, sacrificios, paciencia y esperanza.. Sin esfuerzo y vencimiento, la libertad se vacía de significado y de sentido. La genuina convivencia exige salir de uno mismo, preocuparse por el prójimo. Si aceptamos que “todo vale”, le estamos dando carta blanca al tirano, al poderoso; estamos promoviendo la ley del más fuerte .

La educación debe cambiar, pero su función no es adaptarse al cambio, sino orientar los cambios. Si bien debe recuperar el presente, no puede olvidar que el ser humano es historia y es proyecto. Educar es ayudar a las personas a analizar críticamente los valores que se proponen y a elegir libre y responsablemente.

I.3.3-Es difícil educar en un mundo intoxicado de información.

Por si fuera poco y en tercer lugar, hoy está resultando cada vez más difícil educar porque, en la llamada sociedad del conocimiento, entró en crisis el modelo informativo, transmisivo, instructivo, y las escuelas y centros educativos, más allá de la retórica del “Aprender a aprender”, no han sido capaces de sustituirlo por otro. Hoy resulta imposible y hasta ridícula la aspiración enciclopédica de la escuela como transmisora del saber. Como ya apuntamos más arriba, la información se presenta como una avalancha inabarcable, incierta, y los conocimientos, como los yogures, nos llegan con fecha de vencimiento. De ahí que la mayor parte de los contenidos que trata de enseñar la escuela, resultan obsoletos. Al parecer, cada diez años se renueva el conocimiento en su mayor parte. Según este dato, más de la mitad de los saberes que debería adquirir un niño que esté naciendo en estos momentos, no se han producido todavía. En la actualidad, la World Wide Web se amplía diariamente en siete millones de páginas electrónicas. Según los entendidos (Gómez Buendía, 1998), si la vida del Homo Sapiens hubiera durado una hora sobre la tierra, el 95% de su saber provendría de los últimos 20 segundos. En los últimos cuatro segundos (siglo XX), se han producido 9 décimas de ese saber, y en el último segundo –25 años-, hemos aprendido tres veces más que durante el medio millón de años anteriores. Cada trabajador europeo produce ahora 20 veces más que hace un siglo, 200 veces más que hace tres siglos, mil veces más que en tiempos de Cristo.

La explosión de los medios de comunicación, en especial la televisión, transforma a la sociedad contemporánea y plantea al sistema educativo problemas que no sabe cómo resolver. Neil Postman llega a afirmar que la infancia, entendida como la edad de la inocencia, territorio vedado a los secretos del mundo adulto, ha desaparecido en nuestro entorno. Hoy los niños crecen viendo lo que antes “eran cosas de grandes”: cuerpos desnudos, escenas de sexo explícito, violencia, muerte..., y les cuesta diferenciar lo que es real de lo que es mera ficción. ¿Cómo educar a unos jóvenes nacidos en una sociedad mediática y sometidos, por consiguiente, a una constante avalancha de informaciones múltiples que, además, perciben de un modo pasivo, sin el menor esfuerzo? Al lado de lo que dice el maestro o el texto escolar, está la enorme cantidad de información de la que disponen la mayoría de los alumnos. Los conocimientos impartidos en la escuela (Lesourne, 1993, 208), “que a menudo sólo tienen el respaldo de la palabra y lo escrito, le parecen al niño y al joven, (habituados a la

imagen y al entretenimiento), pobres, tristes, arcaicos..., frente a la combinación de colores, movimientos y sonidos que han despertado su emoción y llenado su imaginación”.

Hay un profundo desencuentro entre la enseñanza formal, atrapada en pedagogías tradicionales que tanto aburren a los alumnos, y el aprendizaje informal cotidiano que se realiza de un modo divertido en la televisión, los juegos electrónicos interactivos, el internet y las redes satelitales. Los alumnos que viven bien afincados en pleno siglo XXI deben aprender cosas del siglo XIX que les enseñan maestros y profesores del siglo XX. Ya no llegan a las escuelas alumnos ignorantes que hay que instruir, pues con frecuencia llegan con información más variada y rica en muchos temas que la que poseen sus maestros que, en general, se resisten a asumir las posibilidades educativas de las nuevas tecnologías, que tanto entusiasman a sus alumnos

Ante esta realidad y como ya apuntábamos antes, si bien proclamamos la necesidad de “enseñar a aprender”, pareciera que no estamos muy convencidos de ello o que no sabemos cómo hacerlo porque, de hecho, las escuelas, y mucho más los liceos, que se han convertido en meros desaguaderos a unas universidades cada vez más mediocres, siguen por lo general haciendo lo de siempre: llenar las cabezas de los alumnos con contenidos irrelevantes e informaciones fragmentadas, que deben memorizar para repetir en los exámenes. La yuxtaposición de unas materias que nada tienen que ver con otras, el corre-corre de los profesores que van de un liceo a otro y no logran identificarse con el centro educativo ni llegan a conocer realmente a sus alumnos, el enfoque abstracto de lo que se enseña que muy poco tiene que ver con los intereses de los niños y jóvenes, la cultura desmenuzada en migajas y datos intrascendentes que los alumnos deben caletrearse ..., es una fuente extraordinaria de desencanto, desinterés, fastidio y agresividad. Nos quejamos de que los jóvenes son desinteresados y violentos, ¿pero cómo no serlo ante las prácticas educativas que deben sufrir sobre todo en los liceos y en las universidades?

Es urgente, por todo esto, que las escuelas (Lesourne 1993, 209), repiensen su papel y se centren realmente en lo que sólo puede lograrse mediante el esfuerzo y el ejercicio: herramientas de pensamiento que posibiliten la comprensión de todos los mensajes, la integración racional de los conocimientos y la síntesis crítica de los que pueden ser adquiridos por otras vías. Por ello, si bien deben ser modernas tanto por los temas que abordan, las formas pedagógicas que adoptan,

las costumbres que toleran, los materiales que usan, no pueden, sin embargo, volcarse a las ideas de moda, arrojarse en brazos de todas las seducciones que se proponen. Hoy más que nunca, se necesitan educadores que sean verdaderos profesionales que ayuden a los alumnos a adquirir los lenguajes necesarios, las estructuras mentales, las referencias históricas y geográficas, los códigos morales que les posibiliten un crecimiento autónomo. Educadores capaces de integrar ciencia y humanismo, cultura histórica y cultura tecnológica, que promuevan la reflexión ética sobre los avances tecnológicos e impulsen el equilibrio entre la moral de la solidaridad y la moral de la competencia.

SEGUNDA PARTE

LA EDUCACIÓN POPULAR LIBERADORA

II.1.-¿Qué entendemos por Educación Popular?

Hablar de Educación Popular tiene una enorme resonancia en el corazón de América Latina y supone entroncarse con una serie de movimientos educativos con claras intenciones de transformación social. Pero dado que la palabra popular es de una enorme ambigüedad pues se utiliza con muy variados significados, es imprescindible comenzar aclarando qué estamos entendiendo cuando, en adelante, hablemos de Educación Popular.

Sin pretender ser exhaustivos y limitándonos tan sólo a los usos más frecuentes, la palabra popular se puede utilizar como sinónimo de totalidad. El pueblo somos todos. Según esta concepción, toda educación sería popular. Algunos definen la Educación Popular por oposición a la privada o “de pago”. La Educación Popular se identifica entonces con la oficial o gratuita. En este sentido habría que entender los fervientes llamados a defender la Educación Popular ante las tendencias privatizadoras. Otros muchos entienden la Educación Popular como la que se imparte a los pobres: los habitantes de los barrios, los campesinos, los indígenas, todos los que se encuentran marginados o excluidos del poder político, económico o social. Según esta concepción, bastaría con fundar escuelas o centros educativos en zonas marginales para ya, sin más, pertenecer a la Educación Popular. Hay también un uso de lo popular como algo de segunda categoría, baja calidad, precios inferiores, accesible a las mayorías (mercado popular, comedor popular, entrada popular, carro popular...), en contraposición a lo elitesco, lo costoso, lo exclusivo...

Hay quienes siguen todavía identificando la Educación Popular con prácticas educativas no formales, de capacitación o formación, que se dan en contextos fuera del sistema educativo formal y se relacionan fundamentalmente con adultos. Y no faltan los que consideran que hoy, tras el derrumbe del Muro de Berlín que simbolizó la caída estrepitosa de los socialismos reales, y el triunfo hegemónico del neoliberalismo, no tiene sentido seguir hablando de Educación Popular, término que debe ser definitivamente borrado de las agendas educativas. Para los que vocean el fin de las utopías y de la historia, es inconcebible una educación que no renuncia a la esperanza, a los sueños y a las transformaciones sociales profundas.

Frente a estas concepciones, nosotros definimos la Educación Popular, no tanto por sus destinatarios o modalidades, sino por su intencionalidad transformadora, y la entendemos como un movimiento alternativo, enfrentado a las prácticas educativas tradicionales, que intenta promover una sociedad más democrática y más justa. La Educación Popular es aquella que acompaña a los educandos a construir su identidad en el proceso de irse convirtiendo en sujetos de un proyecto histórico alternativo que garantice la participación y vida digna a todos. Es una concepción “Educativa Humanizadora”, cuyo centro es la persona y no el mercado, el dinero, el prestigio o el poder. No se trata meramente de trabajar “por el pueblo”, sino “con y para el pueblo”, reafirmando y asumiendo sus valores y su vocación de sujetos y constructores de la historia. La Educación Popular surge de la vida del mismo pueblo, de sus saberes, valores y experiencias, de su capacidad de lucha, celebración y resistencia. Se orienta, en definitiva, a formar personas solidarias y ciudadanos responsables, capaces de imaginar un modelo de sociedad distinto, y de comprometerse en su construcción. Es una educación que defiende la vocación histórica de cada hombre y de cada mujer como artífices de futuro, el valor humano y cristiano de la utopía, que impulsa a superar el egoísmo y salir de la mediocridad, y a comprometerse en la búsqueda de formas de vida cada vez más humanas. La utopía no es una ilusión vacía, el sueño de lo irreal; es la exploración de nuevas posibilidades y realizaciones humanas para superar la actual crisis de civilización y transformar el mundo deshumanizado. La Educación Popular combate con fuerza “la dictadura del pensamiento único”, que renuncia a todo tipo de reflexión y acción que signifique pensar en transformaciones profundas en las sociedades; el pragmatismo sin alma; el egoísmo consumista como propuesta de realización personal; el populismo de los que hablan en nombre del pueblo, pero impiden su crecimiento y maduración política.

II.2.- La Educación Popular como Educación Liberadora

Comprenderemos mejor el significado de la Educación Popular si analizamos brevemente su historia en la América Latina de las últimas décadas.

Podríamos afirmar que la Educación Popular nace en la década de los 60 y se enraiza en las propuestas de la Educación Liberadora de Paulo Freire. Frente a la educación bancaria, acrítica, domesticadora, educación para la sumisión, el pedagogo brasileño propone una práctica educativa problematizadora o concientizadora, que ayude al educando a superar la dominación que sufre y lo

haga sujeto de su historia. En la educación tradicional el educador es el que sabe y por ello deposita su saber en las mentes de los educandos. No hay comunicación, sino meros comunicados del educador que el educando deberá repetir lo más fielmente posible. Frente a esto, la Educación Liberadora opta por una pedagogía del diálogo, que nace de una matriz crítica y genera criticidad. El diálogo se nutre del amor, de la humildad, de la esperanza, de la fe, de la confianza entre educador y educando, pues es imposible dialogar si uno cree que tiene toda la verdad. Ya no se trata de depositar conocimientos en los educandos, sino de dialogar con ellos y “pronunciar juntos el mundo”. En definitiva, La Educación Liberadora se orienta a desarrollar, mediante procesos dialógicos, comunicativos y de negociación cultural, la capacidad de leer la realidad, decir la propia palabra y escribir la historia de la liberación personal y comunitaria.

La propuesta de la Educación Liberadora cobró un gran impulso en toda América Latina, cuando la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, reunida en Medellín, Colombia (1968), en línea con el espíritu renovador de la Iglesia Católica iniciado con el Concilio Vaticano Segundo (1962-1965), asumió las ideas de Paulo Freire, las hizo suyas y promovió muy ampliamente.

En su reunión de Medellín, los obispos latinoamericanos se esforzaron por leer la realidad del continente a la luz de la fe y concluyeron que “el Episcopado Latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria. El particular mandato del Señor de evangelizar a los pobres, debe llevarnos a una distribución de los esfuerzos y del personal apostólico que dé preferencia efectiva a los sectores más pobres y necesitados y a los segregados por cualquier causa, alentando y acelerando las iniciativas y estudios que con ese fin ya se hacen. Los obispos queremos acercarnos cada vez con más sencillez y sincera fraternidad a los pobres, haciendo posible y acogedor su acceso a nosotros” (Medellín XIV, 141).

Los obispos comprendieron que la opción por los pobres, para ser eficaz, tenía que incluir la opción por los medios que les permitieran salir de su pobreza. Y aquí fue donde descubrieron el potencial liberador de las ideas educativas que promovía Paulo Freire, y que los obispos latinoamericanos harían suyas. Según el documento final de Medellín, la ignorancia es una servidumbre inhumana y una de las causas principales que mantienen a la gente en la miseria. Había, en consecuencia, que promover con urgencia una educación que ayudara a liberar a

las personas del fanatismo, el fatalismo y la pasividad que les mantenían hundidos en su penosa situación. Una educación para la liberación y no para la sumisión. Por ello, la tarea educativa no podía consistir en incorporar a las personas a las estructuras culturales y sociales existentes, sino, más bien, tender a que ellas, como autores de su propio desarrollo, fueran capaces de crear unas relaciones y una sociedad más humanas: “Nuestra reflexión sobre este panorama, nos conduce a proponer una visión de la educación, más conforme con el desarrollo integral que propugnamos para nuestro Continente; la llamaríamos la educación liberadora; esto es, la que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo. La educación es efectivamente el medio clave para liberar a los pueblos de toda servidumbre y para hacerlos ascender de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas, teniendo en cuenta que el hombre es responsable y el artífice principal de su éxito o fracaso. Para ello, la educación en todos sus niveles debe llegar a ser creadora, pues ha de anticipar el nuevo tipo de sociedad que buscamos en América Latina”. (Medellín, IV, 8).

A partir de Medellín, la Educación Liberadora se ligó muy fuertemente a los grupos cristianos comprometidos, que se esforzaron por llevar la educación a aquellos grupos marginados donde no llegaba el Estado. Fueron numerosas las Congregaciones Religiosas y grupos de cristianos comprometidos que se fueron a los barrios y caseríos a vivir junto al pueblo su compromiso cristiano de servicio a los más necesitados. Las ideas de la Educación Liberadora se propagaron con fuerza. Eran los años en que, para combatir los anhelos de transformaciones sociales profundas que habían germinado muy fuertes con el triunfo de la revolución cubana, los Estados Unidos promovieron la Alianza para el Progreso, como un medio asistencialista para aminorar un poco la enorme pobreza y su potencial revolucionario. Eran también los tiempos de profundos debates ideológicos, en que se enfrentaba la teoría del desarrollo que definía a los países latinoamericanos como países en vías de desarrollo, con la teoría de la dependencia, que defendía que como países dependientes, nunca lograrían los latinoamericanos un adecuado desarrollo, a no ser que emprendieran una profunda y revolucionaria transformación de sus sistemas políticos, económicos y sociales.

Con el triunfo en 1970 en Chile de la Unidad Popular que llevó a la presidencia a Salvador Allende mediante el voto electoral, se abrieron grandes esperanzas de cambiar la sociedad con métodos no violentos, y la Educación Liberadora cobró

un auge inusitado. En ese tiempo, brotó con fuerza la teología de la liberación y empezaron a proliferar por el continente los grupos de sacerdotes y cristianos que optaban abiertamente por el socialismo. Como respuesta, se radicalizaron las políticas de Seguridad Nacional, ya iniciadas en la década anterior, y el continente latinoamericano se fue llenando de dictaduras que impusieron mediante una feroz represión un proyecto político y económico en contra de los intereses populares.

En 1979, se realizó la Tercera Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Puebla de los Angeles (México). A pesar de que las políticas represivas se habían adueñado de la mayor parte del continente latinoamericano y los regímenes autoritarios miraban con sospecha la Educación Liberadora, el Documento de Puebla mantuvo e incluso impulsó con más fuerza las ideas propuestas por Medellín: “Volvemos a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los más pobres...Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral” (Puebla, 1135).

En el mismo año de Puebla (1979), triunfó en Nicaragua la revolución sandinista, en la que abiertamente participaron grupos de cristianos comprometidos con el cambio social. Nicaragua emprendió una amplia campaña de alfabetización, coordinada por el P. Fernando Cardenal, Ministro de Educación, que asumió plenamente las ideas de la Educación Liberadora. Pronto, sin embargo, comenzarían las políticas desestabilizadoras apoyadas por Estados Unidos que volcó todo su poderío en ayudar a “La Contra”.

En 1980, fue asesinado en El Salvador Monseñor Arnulfo Romero, por denunciar con valor las políticas represivas y de exterminio de los derechos de los más pobres. Si bien fue el más connotado de los asesinados no fue, ni mucho menos el único: numerosos sacerdotes, religiosas, agentes de pastoral, cristianos comprometidos fueron torturados y eliminados por tomar en serio su fe y por haber optado por una educación que le devolviera a los pobres y oprimidos su dignidad.

Ante la creciente represión que imperaba prácticamente en casi toda Latinoamérica, la Educación Liberadora se encontró con los grupos de resistencia, se comprometió con las víctimas de la represión (organizadas o no),

se hizo popular. A partir de 1981, se fue imponiendo el nombre de Educación Popular, sobre el de Liberadora. Dado que el marxismo contaba con una teoría que explicaba la pobreza, la dependencia y la dominación, la Educación Popular se acercó al marxismo, pero lo hizo desde la corriente althusseriana, que consideraba la educación como aparato ideológico del Estado opresor, al servicio de las clases dominantes. En consecuencia, por esos años hubo un desencuentro entre la educación formal y la Educación Popular que se expresaba fundamentalmente en experiencias sociales de alfabetización, programas comunitarios de salud, cooperativas, grupos culturales...

En este período, la Educación Popular se politizó e ideologizó mucho, se pretendió utilizar la educación para un determinado proyecto político, se puso énfasis en la conciencia de clase y en la toma del poder, el catecismo de los manuales sustituyó la reflexión y el análisis, se fue abandonando la dimensión pedagógica o se creyó que la pedagogía se limitaba meramente a la utilización de técnicas participativas.

Ante la constatación de la ausencia de resultados políticos y sociales, algunos educadores populares iniciaron ya hacia 1985 un serio cuestionamiento y autocritica que iba a originar una seria crisis en la Educación Popular, crisis que se profundizó y amplió con la caída del Muro de Berlín, el colapso de los socialismos reales y el triunfo hegemónico del neoliberalismo. Se empezaron a reconocer los errores de una excesiva ideologización que, en nombre de los relatos y propuestas liberadoras, era incapaz de descubrir y enfrentar prácticas de dominación y sumisión en las relaciones cotidianas. Se descubrió la incoherencia de confundir proclamas y deseos con prácticas, de sustituir la pedagogía por la ideología. Por ello, poco a poco fue ganando terreno el llamado a refundar, refundamentar o reconceptualizar la Educación Popular y a iniciar procesos de deconstrucción de teorías y prácticas para detectar y superar los elementos que amparan desigualdades y actitudes de dominación. La Educación Popular dejó de considerar que tenía el monopolio de la verdad, fue abandonando la línea dogmática y manualista, se dejó cuestionar y enriquecer con los aportes de distintas ciencias sociales (la sociología, la psicología, la antropología...), entró en diálogo con las corrientes de la pedagogía crítica, fue retomando su esencia como una práctica liberadora y humanizadora y, al volver los ojos a la pedagogía, se fue acercando al mundo de la escuela.

Si miramos hoy la realidad de nuestros países con los ojos de los pobres y excluidos, vemos que las opciones fundamentales y los elementos constitutivos

de la Educación Popular Liberadora siguen más vigentes que nunca. La pobreza y la exclusión se han extendido y profundizado en nuestros países y en el mundo, y con ello, la necesidad de construir una sociedad sin desechables, en la que no sobre nadie, y todos podamos vivir con dignidad. Por otra parte, nunca como hoy, en la llamada sociedad del conocimiento, se le ha dado tanta importancia a la educación, que se considera el elemento clave para incrementar la productividad, abatir la pobreza y lograr un desarrollo sustentable. De ahí la importancia de volver a asumir en serio, pero desideologizados, los principios esenciales de la Educación Popular Liberadora, que no sólo nos van a exigir optar por los pobres, marginados y excluidos, por los perdedores en esta carrera implacable de la competitividad, por los que sufren cualquier tipo de discriminación; sino que nos va a exigir también la gestación de una propuesta educativa que los haga sujetos autónomos, personas solidarias y ciudadanos responsables

II.3.- La Educación Popular Liberadora como propuesta ética, política y pedagógica.

La Educación Popular Liberadora implica una opción ética, política y pedagógica para transformar la actual sociedad. El punto de partida es el convencimiento de que la actual sociedad necesita ser transformada. De ahí que la Educación Popular Liberadora plantea una opción ética: si no estamos convencidos de la necesidad de transformar la sociedad y de cimentarla sobre valores radicalmente distintos, como la defensa de la vida, la cooperación y la solidaridad, no podremos hacer Educación Popular Liberadora.

La transformación de la sociedad y la opción ética es con y desde los pobres y excluidos. Por ello, la pedagogía se dirige a dotarlos de un pensamiento y un conocimiento crítico alternativo, que les confiera el poder para ser sujetos de esa transformación que reordene la sociedad con miras al bien común universal, y a la satisfacción de las necesidades vitales de todos los seres humanos en un mundo donde quepamos y participemos todos.

La raíz fundamental de la propuesta política y pedagógica está en la ética. Si reconocemos y aceptamos que todos los hombres y mujeres somos únicos e irrepetibles, esencialmente iguales, portadores de valores, con una misión a realizar en la vida, debemos oponernos a todas las formas de dominación y discriminación, y rechazar una sociedad que excluye y niega la vida a las mayorías. Por eso, optamos por esas mayorías, cada vez más despojadas de vida

y de dignidad, y con ellas, como protagonistas y sujetos históricos, nos comprometemos a transformar la sociedad, a ir transformando nuestras prácticas y relaciones cotidianas, y a irnos transformando nosotros, pues somos muy conscientes de que sólo en la medida en que nos esforcemos por ser hombres y mujeres nuevos, por encarnar en nuestras vidas y prácticas los valores que proclamamos, estaremos contribuyendo a gestar la nueva sociedad. Sociedad que hoy visualizamos como profundamente democrática y participativa, de verdaderos ciudadanos con voz y con poder. Por ello, no nos satisfacen las actuales democracias *light*, de meros electores y clientes, penetradas por un pragmatismo cortoplacista, que ha renunciado a la dimensión utópica y ya ni se plantea transformaciones importantes. Sociedad que rechaza el autoritarismo y combate la pobreza, la miseria y la ignorancia como atentados contra la humanidad, y como impedimentos esenciales para el ejercicio de la ciudadanía y para un desarrollo sustentable. En palabras de Tedesco (1995, 73), “ningún sistema basado en la exclusión y el autoritarismo puede ser sustentable en el largo plazo. Es por eso por lo que la demanda de calidad para todos, basada en el supuesto según el cual todos los seres humanos son capaces de aprender, constituye la alternativa socialmente más legítima. Esta exigencia de democratización en el acceso al dominio de las competencias socialmente más significativas tiene, además de un componente ético, un evidente fundamento sociopolítico”.

La genuina democracia (Sánchez 1985), supone una confianza radical en los seres humanos, y se afianza en el sentido de la igualdad personal y colectiva. Ni dictaduras, ni populismos, ni democracias *light* creen en el ser humano, en su capacidad de construir el mundo. Pero la igualdad debe traducirse en participación real y efectiva. La igualdad es un punto de partida y de llegada: porque afirmamos la igualdad esencial de todos los seres humanos, trabajamos por una sociedad sin excluidos, que permita a todos y cada uno aportar desde sus diferencias. La opción por los pobres y excluidos se traduce en una lucha tenaz y perseverante contra la pobreza y la exclusión y contra las causas históricas y estructurales que las causan y mantienen.

En consecuencia, la Educación Popular Liberadora opta por una pedagogía y una metodología coherentes con la opción ética y política. Pedagogía para la transformación y no para la adaptación, que parte del saber y la cultura de los educandos y se orienta a empoderarlos, es decir, capacitarlos de voz y de poder, para hacerlos sujetos de la transformación de sus condiciones de vida. La miseria y la exclusión están ligadas, en definitiva, a la falta de voz y de poder de los

grupos populares. Un pueblo ignorante o superficialmente educado será siempre víctima de liderazgos enfermizos, y vivirá en la espera de mesianismos salvadores y bajo la amenaza de fanatismos que proliferarán en mil formas de intolerancia. La pedagogía popular, como con tanta insistencia lo repetía Paulo Freire, se sustenta en un aprendizaje dialógico (“nadie ignora todo, nadie sabe todo”), que permite a los sujetos descubrirse a sí mismos y tomar conciencia del mundo que les rodea. De ahí que el acto de educar no puede reducirse a un proceso meramente técnico y transmisivo (depositar en el educando los nuevos conocimientos), sino que debe concebirse como un ejercicio de ética democrática, que a través del diálogo nos construye como personas y como ciudadanos.

El diálogo de saberes o, mejor, diálogo cultural, se constituye en el método de la Educación Popular Liberadora. Pero el diálogo requiere de una serie de condiciones: **fe** en el otro, a quien se considera portador de saber y capaz de aprender y de enseñar; **esperanza** de que es posible cambiar y mejorar la realidad; y **amor**, para involucrarse en una relación afectiva con el otro pues (Cendales, 2000), “el diálogo es algo más que intercambio de saberes...El diálogo no es sólo sobre algo, sino fundamentalmente con alguien; por esto, no puede reducirse a una actividad racional. En el diálogo, las razones están cargadas de emociones y las emociones cargadas de razones...Es por lo anterior que el término ‘diálogo de saberes’ resulta insuficiente y algunos prefieren hablar de diálogo cultural o negociación cultural”.

El diálogo va más allá de la mera conversación y supone un proceso de investigación. No es posible entrar en un verdadero diálogo sin investigar. La investigación empieza con la selección del tema de aprendizaje, que debe ser cercano al mundo de los educandos, y continúa como investigación de su mentalidad, para explicitar sus saberes e intereses, lo que va a posibilitar entrar en un proceso de negociación, para precisar hasta dónde pueden avanzar, y ayudarles a pasar de un estadio a otro posible, dentro de lo que Vygotski ha llamado “zona del desarrollo próximo”. Es evidente que si proponemos aprendizajes distantes del mundo cultural y de los saberes previos de los educandos, va a ser imposible que los comprendan y asimilen.

Este diálogo de saberes o diálogo cultural, método de la Educación Popular Liberadora, se ha ido enriqueciendo en los últimos años con los aportes de diferentes ciencias sociales: la psicología, por ejemplo, ha contribuido a hacernos comprender que el conocimiento no se transmite, sino que se construye; la

sociología nos ha enseñado que los saberes sólo son verdaderos cuando inciden en la vida cotidiana, y que las creencias, conocimientos y valores se construyen en el contexto cultural y social de cada uno; la antropología nos dice que no hay culturas inferiores, sino diferentes, y que el hecho educativo es siempre una relación entre diferentes; y las teorías de la comunicación nos demuestran que todos interpretamos la nueva información a partir de lo que somos y sabemos .

El diálogo se opone por igual a todo tipo de autoritarismo de los que, por creerse poseedores de la verdad, acaparan la palabra y la transmiten e imponen para que sea repetida; y a las diferentes formas de populismo y mesianismo que, hablando supuestamente en nombre del pueblo, le impiden expresar su propia voz y desarrollarse como sujetos autónomos. Tampoco podemos olvidar que el diálogo educativo, tanto en contextos formales como no formales, se da siempre en una relación de desigualdad, debido al poder evidente del educador; y que, por ser intercambio y confrontación de saberes distintos, es siempre generador de conflictos. El reto consiste en utilizar el poder y asumir el conflicto como medios y oportunidades para que los educandos, mediante procesos de empoderamiento y negociación, crezcan en autonomía y sean capaces de desarrollarse como sujetos sociales. Por último, si bien la improvisación e intuición son elementos importantes en el diálogo, no podemos olvidar que la improvisación es sólo posible si se ha realizado una planificación rigurosa. Sólo si uno domina el tema, podrá improvisar. De ahí la importancia de que el educador se prepare bien para que conozca en profundidad el tema que propone.

II.4.- Opción por una globalización de la esperanza y de la solidaridad

Los educadores populares no podemos olvidar que vivimos bajo el signo de la globalización. La globalización es una metáfora que expresa la ruptura de lo local y la mundialización de todas las esferas de la actividad humana. El mundo es uno y unificador. Todos estamos embarcados en la misma nave, que podemos enrumbar por caminos de convivencia y vida o permitir que avance vertiginosamente hacia una catástrofe colectiva. Hoy todos somos corresponsables e interdependientes, y es imposible el aislamiento. Todo lo que sucede en cualquier rincón del planeta de algún modo nos atañe. Nos hemos convertido en ciudadanos del mundo sin dejar de ser hijos de la aldea. El mismo día se ven las mismas noticias y los mismos videoclips en todos los rincones del mundo, se exhiben los mismos ídolos del deporte, la música o la moda, se consumen las mismas hamburguesas y refrescos, se nos induce a comprar un

tipo de jeans o a distinguirnos con determinada tarjeta de crédito. Cada vez se parecen más los aeropuertos, las grandes avenidas, los megacentros comerciales, que ofrecen idénticos productos en cualquier ciudad del mundo. Uno tiene la impresión de que ya los ha visto antes, de que ya ha estado allí, aunque sea la primera vez que los visita. El mundo se ha **cocalizado**, se ha **macdonalizado**, se ha convertido, en breve, en una aldea global donde todos nos conocemos, pensamos de un modo semejante y aspiramos a lo mismo.

Como ha planteado el P. General de los Jesuitas, Peter Hans Kolvenbach (1998), “la globalización como tal no implica una connotación negativa; más bien ofrece inmensas posibilidades para el desarrollo de la humanidad. Pero cuando no se respetan los valores más fundamentales de la persona humana –como ocurre en el campo económico con la absolutización del libre mercado-, la globalización resulta verdaderamente nefasta”.

Si la leemos con los ojos de los pobres y excluidos, vemos que, de hecho, la globalización trae consigo la precarización del trabajo, el aumento del desempleo y, en consecuencia, una vertiginosa multiplicación de la pobreza y de la desigualdad entre naciones y entre las personas dentro de cada país. América Latina tiene el deshonroso privilegio de ser el continente de mayor inequidad, es decir, donde el presupuesto está peor repartido y son mayores las diferencias entre la minoría de privilegiados y las mayorías empobrecidas. Esto está ocasionando, entre otras cosas, la generalización de todo tipo de violencia y el surgimiento de las economías ilegales, como el secuestro, el sicariato, el tráfico de personas y de órganos, y el narcotráfico, que es la segunda transnacional (después del negocio de las armas), que genera 500 millardos de dólares al año, y el 97% de esa cantidad se queda irrigando el sistema financiero de los países del Norte.

Con la actual globalización neoliberal, los éxitos de los ajustes macroeconómicos se traducen de hecho, en crecientes desajustes en los presupuestos más micros de las mayorías. El mundo de comienzos del siglo XXI funciona para unos pocos y contra muchos. Con la globalización de la economía hay unos ganadores, los ricos, y unos perdedores, los pobres. Y eso lo dice la ONU. Esto ocurre a nivel mundial, entre países y a nivel de personas dentro de cada país. Coexisten lo postmoderno con lo premoderno y feudal, el refinamiento intelectual con la ignorancia, las universidades de excelencia con el analfabetismo, el derroche con el hambre, las fortunas incontables con la miseria más atroz. Vivimos en la misma ciudad y en el mismo país, pero a siglos de distancia.

Para captar la ilusión que se esconde tras la globalización, el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 1997, utilizaba esta metáfora: la globalización es una marea de riquezas que supuestamente levanta a todos los barcos; los trasatlánticos y yates poderosos navegan bien, los barcos pequeños hacen agua, las canoas y barquitos se hunden. Y es que, si bien la globalización es **inclusiva**, como mercado y como ideología, es decir, el consumo, la información, el modo de pensar y de desear, los productos para el ocio y la diversión..., se expanden sin fronteras por todos los rincones del mundo y penetran por igual mentes y corazones de ricos y pobres, poderosos y miserables; es **excluyente**, de todos aquellos, que son la mayoría, que no tienen capacidad de adquirir esos bienes que la publicidad vocea, ofrece a manos llenas y asocia a la idea de plenitud y felicidad.

Junto a todo esto, los educadores populares vemos con preocupación cómo la globalización neoliberal se está apropiando del desarrollo tecnológico, con lo que se está agrandando el abismo o la frontera digital entre los que tienen el capital constante, de las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento, y los que se ven privados de ellas.

Pero también creemos y afirmamos que es posible cambiarle el rostro a la actual globalización. Nuestra fe y nuestra esperanza comprometidas nos ayudan también a ver la globalización como un fenómeno humano, atrayente, que nos ofrece inmensas posibilidades. La globalización ha creado condiciones para universalizar el paradigma de los derechos humanos, la interculturalidad, la preocupación ambiental, el diálogo ecuménico, de género, la búsqueda de la equidad y de la justicia, el sentimiento de corresponsabilidad y de solidaridad. Por primera vez en la historia, el desarrollo científico y tecnológico nos puede permitir crear condiciones de vida digna para todos. La globalización ha posibilitado la construcción de redes de la sociedad civil, nos ha permitido ir articulando protestas y propuestas. En definitiva, la globalización nos ha brindado la posibilidad de sabernos y sentirnos una humanidad viviendo y conviviendo en una casa común, el planeta tierra.

Por todo ello, los educadores populares estamos empeñados en asumir la globalización como oportunidad y como responsabilidad, y queremos comprometernos, en tiempos en que se globaliza la desesperanza y el egoísmo, a trabajar por una globalización de la esperanza y de la solidaridad. Una globalización al servicio del hombre, que tenga en el centro de sus

preocupaciones y opciones a la persona humana, su dignidad y su realización, y no el mercado y sus intereses. Muy conscientes de la vocación histórica de cada ser humano, que es en definitiva el que crea y recrea el mundo, afirmamos que una mundialización que no está al servicio de toda persona y de todas las personas, de todos los pueblos, sólo será una nueva forma de servidumbre y deshumanización. Por ello, hacemos nuestras las palabras e inquietudes de su Santidad Juan Pablo II, en su mensaje por la Jornada de la Paz en 1998: “El desafío consiste en asegurar una mundialización de la solidaridad, una mundialización sin marginación. Este es un deber evidente de justicia, que conlleva notables implicaciones morales en la organización de la vida económica, social, cultural y política de las naciones”.

III.-TERCERA PARTE

EDUCACIÓN PARA GLOBALIZAR LA ESPERANZA Y LA SOLIDARIDAD

RETOS DE LA EDUCACIÓN POPULAR LIBERADORA

La opción por una Educación Popular Liberadora, capaz de contribuir a globalizar la esperanza y la solidaridad, nos plantea una serie de retos. Entre ellos, señalaremos los siguientes:

III.1.-Reto de la inclusión y de la atención privilegiada de los más débiles.

Si hoy el conocimiento constituye un capital clave para insertarse productivamente en la sociedad y desarrollar a plenitud todos los talentos personales, hay que garantizar a todos, especialmente a los más débiles y pobres, que no tienen medios para obtenerla por sí mismos, una educación de calidad. Educación que permita a todos, sin excepción, el desarrollo de todas sus cualidades y capacidades creativas, de modo que cada uno pueda responsabilizarse de sí mismo y realizar su misión en la vida.

En general, la exclusión escolar reproduce y consolida la exclusión social. Son precisamente los alumnos que más necesitan de la escuela los que no ingresan en ella, o los que la escuela abandona antes de tiempo, de modo que salen sin haber adquirido las competencias mínimas esenciales para un desarrollo autónomo. Las escuelas de los pobres suelen ser unas pobres escuelas que contribuyen a reproducir la pobreza. Si a todos nos parecería inconcebible que los hospitales y clínicas mandaran a su casa a los enfermos más graves o que requieren cuidados especiales, todos aceptamos sin problema que las escuelas y colegios expulsen a los alumnos más necesitados y problemáticos y se queden con los mejores.

Son muchos los mecanismos, claros o velados, que utilizan las escuelas para excluir a los más débiles y quedarse con los mejores. No olvidemos que vivimos en un mundo regido por las leyes del mercado y de la competitividad, y cada vez es más evidente que la educación, en lugar de ser un medio para democratizar la sociedad y compensar las desigualdades, lo es para agigantar las diferencias: buena educación para los que tienen posibilidades económicas y capacidad para exigir, y pobre o pésima educación para los más pobres. Los alumnos de familias pudientes, crecen en un ambiente cultural propicio, entran desde muy temprano

en contacto con los medios tecnológicos y culturales, asisten a un preescolar bastante bueno, van después a un colegio privado, bien dotado de recursos pedagógicos, que, por lo general, funciona bien y en el que raramente se pierde un día de clases, del que salen capacitados para acaparar los puestos en las universidades...A diferencia de esto, los alumnos de las familias pobres nacen y crecen en un medio de total precariedad, nunca han visto en su casa una computadora ni libros, no suelen ir al preescolar, son inscritos en escuelas públicas destartaladas, sin la menor dotación y que suspenden clases por cualquier motivo, sus útiles escolares se reducen a un lápiz y un cuaderno arrugado en el que copian y acumulan todo su saber...Los pocos que logran en estas circunstancias concluir su bachillerato ven como tarea imposible su ingreso en la universidad.

III.1.1.- La discriminación positiva

Si queremos evitar que la educación de los pobres reproduzca y perpetúe la pobreza, debemos garantizarles una escuela que evite su fracaso, una escuela que no los bote ni excluya, una escuela que los prepare para desenvolverse eficazmente en el mundo del trabajo y de la vida, de modo que después la sociedad no los excluya, ni ellos se transformen en excluidores. Incluir es invitar al otro a construir un mundo mejor.

No va a ser tarea fácil evitar el fracaso de los más débiles en un mundo que está organizado para reproducirlo. De hecho, la educación reproduce las desigualdades mientras legitima las instituciones que la recrean. ¿Cómo hacer para que los centros educativos dejen de ser mecanismos para la selección y la exclusión, y se conviertan en instituciones para la inclusión y la coherencia social? ¿Cómo leer el fracaso desde la escuela y la sociedad y no desde los alumnos? ¿Cómo dejar de preguntarnos por qué fracasan en la escuela la mayoría de los alumnos pobres, y preguntarnos más bien por qué fracasa la escuela con los alumnos pobres? Detrás de cada alumno que fracasa, se oculta el fracaso del sistema educativo, el fracaso de la escuela, el fracaso del maestro y la familia. Posiblemente, el alumno fracasa porque no somos capaces de brindarle lo que necesita.

De ahí la necesidad de practicar la **discriminación positiva**, es decir, privilegiar y atender mejor a los que tienen más carencias, para así compensar en lo posible las desigualdades y evitar agrandar las diferencias. Tratar a todo el mundo por

igual en un mundo desigual, es favorecer más a los que más tienen, a costa de los que tienen menos.

No puede ser que abandonen la escuela precisamente los que más necesitan de ella. En este sentido, Estado y Sociedad deben aunar esfuerzos para que, en los centros educativos que atienden a los alumnos más necesitados, se les garantice a todos la misma calidad educativa, o incluso mayor, que la que obtienen los alumnos de familias pudientes. Esto implica jornadas más extensas y más intensas, y compensar las ausencias y desventajas sociales proporcionándoles buenas bibliotecas, comedores escolares, salas de computación, laboratorios, canchas deportivas, lugares para estudiar e investigar con comodidad, actividades extraescolares atractivas, y también de los mejores maestros, motivados y bien formados, capaces de impulsar una pedagogía que reconozca los saberes y valores del alumno popular y promueva su motivación y autoestima.

La propuesta de una verdadera **discriminación positiva**, nos debe llevar a revisar la inversión en educación, de forma que garanticemos la equidad. No puede ser que las universidades, a las que acuden esencialmente alumnos de familias con recursos, se lleven la principal tajada del presupuesto educativo, a costa del preescolar y la educación básica, tan esenciales para garantizar a todos su desarrollo integral. Si bien hay países como Canadá, Suecia e Italia, entre otros, que prácticamente ya han nivelado la inversión del Estado por alumno de básica con la inversión por alumno de educación superior, Venezuela (Carvajal, 1999) es el país del mundo que, en proporción, otorga menos recursos a la educación preescolar, básica y media. Aparece, sin embargo, entre los cinco primeros países del planeta que, en proporción, otorga más recursos estatales a la educación superior. “Así, mientras Venezuela le dedicó el 44 por ciento de la inversión educativa del Estado a la educación preescolar, básica y media, entre 1990 y 1995 (incluyéndole a ese porcentaje los montos relativos a la beca alimentaria que estuvo vigente durante esos años y que fue eliminada en 1999), casi todos los países del mundo le dedicaron a esos niveles porcentajes muy superiores de su inversión educativa. Cuba, por ejemplo, le dedicó el 58 por ciento; Chile un 70 por ciento; Colombia un 72 por ciento; Alemania un 73 por ciento; España un 75 por ciento; Japón un 78 por ciento.”

“Es falaz, prosigue Carvajal, el argumento que reza: ‘El costo de la educación superior en todos los países del mundo es superior al de la educación básica’. Es falaz porque, por ejemplo en 1995, Venezuela le dedicó el 43,6 por ciento de su

presupuesto educativo a la educación superior, mientras que Cuba le dedicó un 15,2 por ciento. Y para hacer ahora una comparación global, tomando el año de 1991 como referencia, el promedio de inversión en educación superior de los países desarrollados alcanzó al 22 por ciento de sus presupuestos educativos, exactamente igual que el promedio que le destinaron los países latinoamericanos, mientras que en ese año Venezuela le dedicó el 36 por ciento”.

“El mencionado argumento ha servido de coartada, concluye Carvajal, para encubrir la negativa real de la educación superior venezolana a evaluarse y a ser más eficiente. Si se comparan los costos unitarios por estudiante según los niveles del sistema escolar, se apreciará nuevamente que las diferencias entre los niveles son mayores en Venezuela que en otras sociedades pues, para 1992, por cada dólar que invirtió el Estado venezolano en un niño de educación básica, invirtió ocho dólares en un adulto de educación superior, mientras que la relación promedio de los países latinoamericanos fue de uno a seis y la relación promedio e los países desarrollados fue de uno a dos y medio”.

La discriminación positiva para incluir a los excluidos y superar el fracaso escolar implica atender preferencialmente también a los niños y jóvenes que nunca fueron a la escuela o la abandonaron antes de tiempo. Su paso por el sistema educativo sólo sirvió para marcarles el alma con la conciencia de perdedores. De allí la necesidad de abordar e implantar múltiples programas educativos, formales y no formales, que los aparten de ese mundo al filo de la delincuencia, levanten su autoestima y los capaciten laboral, humana y políticamente para que no sólo sean buenos trabajadores, sino también buenos ciudadanos y agentes democratizadores. Programas que no repitan las prácticas que originaron su abandono temprano, sino que se estructuren sobre procesos pedagógicos verdaderamente dialógicos y participativos, que respondan a las motivaciones, intereses y necesidades de los educandos. Los programas orientados a ofrecer “una segunda oportunidad”, no pueden ser unos pobres programas, impartidos por cualquiera, sino que deben ser unos excelentes programas facilitados por los mejores educadores.

La Educación Popular Liberadora nos exige hoy también que amplíemos el concepto de exclusión, para no entenderlo como una categoría meramente económica, sino que abarque a todos los que son víctimas de algún tipo de discriminación (género, raza, discapacidad, cultura, religión..), de modo de contribuir a su empoderamiento para que puedan ejercer su derecho a la igualdad, desde la aceptación de sus diferencias.

III.1.2.-Las expectativas positivas de los maestros

Si está bien comprobado que el fracaso sólo desaparece recuperando la confianza en uno mismo, hay que añadir que tal confianza sólo brota de la constatación de la propia valía, de la comprobación de los éxitos. Si uno se enfrenta a las dificultades con la ayuda necesaria, se hace capaz. Por ello es tan importante que los maestros crean en sus alumnos, estén bien convencidos de que son capaces, y estén dispuestos a valorar todos los tipos de talento (deportivos, manuales, expresivos, prácticos, lúdicos...), no meramente los académicos, y ayudar a cada alumno a descubrirlos y potenciarlos. Sólo sobre lo bueno descubierto, sobre los éxitos y el convencimiento del propio valor, se puede levantar la autoestima. Como decía Freinet, “cada persona debe estar en algún momento a la cabeza del pelotón”. Si un alumno se siente valorado y reconocido por lo que hace bien y siente que puede compartirlo con los demás, crecerá seguro de sí mismo y podrá ser guiado con eficacia a otro tipo de aprendizajes. Cada alumno es único e irreplicable, cada persona tiene su misión que cumplir en la vida, y la educación debe ayudarle a descubrirla y realizarla.

En los últimos años se viene hablando con insistencia en pedagogía, del Efecto Pigmalión . Según la mitología, Pigmalión, rey legendario de Chipre, esculpió en marfil una estatua de mujer tan hermosa que se enamoró perdidamente de ella y anheló ardientemente que tuviera vida. La diosa Venus atendió los deseos y súplicas del rey enamorado, y convirtió la estatua en una bellísima mujer de carne y hueso. Pigmalión la llamó Galatea, se casaron y fueron muy felices.

El Efecto Pigmalión, teoría de la “profecía que se cumple a sí misma” viene a significar que las expectativas, positivas o negativas, influyen mucho en las personas con las que nos relacionamos. Los profesores y maestros tienen expectativas ya preconcebidas según la raza, el sexo, la familia, el aspecto, las etiquetas de sus alumnos, que van a condicionar fuertemente su rendimiento. De ahí la importancia de que los educadores tengan expectativas positivas respecto a sí mismos y respecto a sus alumnos, sobre todo, los que aparecen como más débiles. Si una maestra o un maestro tiene una autoestima positiva, valora su trabajo, y se encuentra a gusto consigo mismo, la comunica a sus alumnos. Por el contrario, si vive amargado, sin entusiasmo ni ilusión, cubre toda la acción educativa con un manto de desmotivación y pesimismo y frena el aprendizaje de sus alumnos. Si la maestra o el maestro está convencido de que tiene en su salón un grupo de triunfadores, tratará a cada uno como a un triunfador, le

comunicará su fe y su entusiasmo y hará de todos y de cada uno de ellos unos triunfadores. Si por el contrario, está convencido de que son incapaces, los tratará como incapaces y los volverá incapaces. De ahí la importancia de asumir la pedagogía del éxito que se afina en la convicción de que cada alumno es valioso y se orienta a descubrir las cualidades y talentos particulares de cada uno para, sobre ellos, enrumbar todo el proceso de aprendizaje. Recordemos a este respecto, **la parábola del niño y del caballo:**

En cierta ocasión, entró un niño en el taller de un escultor. Y con la curiosidad y avidez de todos los niños, estuvo por un largo rato disfrutando de todas las cosas maravillosas que había en ese taller: martillos, formones, espátulas, troncos de madera, bolas de arcilla, lijas, bocetos, esculturas a las que sólo faltaba un ligero toque de barniz, otras ya listas y expuestas en una vitrina... Pero lo que más impresionó al niño fue ver una enorme piedra en el centro del taller: una piedra dura, tosca, desigual. Todavía conservaba las marcas de los fogonazos de las cargas de dinamita con que la habían arrancado de la montaña, y eran bien visibles las magulladuras de las cadenas con que la habían traído atenazada en una gandola desde la lejana sierra hasta el centro del taller. El niño estuvo acariciando largamente la piedra con sus ojos y se fue.

Volvió el niño a los pocos meses y descubrió asombrado que, en lugar de la enorme piedra que él tanto había admirado, había un hermosísimo caballo que parecía quererse liberar de la fijeza de la estatua y ponerse a galopar por la sabana.

Entonces, el niño se dirigió al escultor y le preguntó: ¿Cómo sabías tú que, dentro de esa piedra se escondía ese caballo?

Educación viene de la palabra latina, *educere*, que significa, *sacar de adentro*. Es educador aquel que ve en cada uno de sus alumnos no la piedra dura y tosca que vemos los demás, sino ve una obra de arte en potencia, que está en espera del toque mágico del artista-maestro para poder aflorar. ¿Cómo cambia la relación educativa si cada día el maestro se dispone a enfrentar a treinta, o cuarenta obras de arte!. Todos distintos, pero todos igualmente maravillosos, dotados de unas potencialidades y unos valores increíbles que él tiene el deber de ayudarles a descubrir y potenciar.

Una pedagogía orientada a garantizar el éxito de los alumnos más débiles asume con radicalidad los desafíos de la diversidad cultural. Es evidente que una de las

razones importantes del fracaso de los alumnos de los grupos sociales más desfavorecidos, es la enorme distancia que existe entre su cultura habitual, familiar y social, y la cultura académica de la escuela. El lenguaje es la expresión viva de la cultura, y el lenguaje académico y elaborado de la escuela resulta con frecuencia una barrera infranqueable para el niño popular que llega con un lenguaje restringido, pobre, directo y muy concreto. De ahí la necesidad de que los maestros y maestras atiendan la diversidad cultural, valorando y asumiendo el lenguaje y la cultura del alumno popular.

Como plantea Beatriz García (2001), “una escuela que atienda la diversidad cultural es una escuela que construye identidad. Construir identidad en los alumnos pasa por revalorar los espacios culturales locales, mediante el conocimiento de su historia y geografía, de su problemática y funcionamiento. Valorar al pobre y su cultura supone aprender a mirar a los niños de los barrios y de los sectores marginales con ojos nuevos, no del que juzga, sino del que comprende; ojos que no sólo ven carencias, sino también bondades y que son capaces de aprender de tales bondades”.

II.1.3.- Escuelas organizadas para provocar la felicidad, la creatividad y el trabajo cooperativo de los alumnos.

Junto a lo que acabamos de decir, y en concordancia con ello, si queremos evitar el fracaso de los alumnos, es fundamental que las escuelas se conciban y estructuren como lugares para provocar la felicidad, la creatividad y el trabajo cooperativo de los alumnos, garantizando que todos adquieran las competencias y valores esenciales para poderse desenvolver con éxito en la actual sociedad. En momentos en que impera cada vez con más fuerza en nuestros barrios la cultura de la muerte, y el niño y el joven popular experimentan la vida como inseguridad, amenaza, ofensa y gritos, es urgente que las escuelas sean lugares de vida, bellas y atractivas en lo físico y en la dinámica, donde los alumnos, sobre todo los más débiles y necesitados, se sientan importantes, tomados en cuenta, respetados, queridos...El objetivo principal de las planificaciones deberá ser tener a los alumnos motivados y felices. Esto implica partir de las cosas que conocen e interesan a los alumnos, evitando así su aburrimiento y la sensación de estar sumergidos en un mundo lejano y absurdo. Gran parte del fracaso en la escuela de los niños populares se debe a que no encuentran en ella referencias válidas en las que insertar sus saberes, valores y experiencias. La escuela tradicional les parece demasiado aburrida, fastidiosa, alejada de su mundo. Hay

que volver al saber con sabor, concebir la enseñanza como una aventura entretenida y apasionante, como una forma de promover el crecimiento y bienestar. De ahí la necesidad de asumir la pedagogía de la afectividad, la ternura y la alegría, que busca estimular a los alumnos para que perciban el aprendizaje como un proceso interesante y con sentido.

En educación es imposible ser efectivos, si no somos afectivos. El principio pedagógico esencial, base y condición de todos los demás, es querer a los alumnos. De nada sirve que un docente se haya graduado con las mejores calificaciones en las universidades más prestigiosas del mundo y que tenga un currículo abultadísimo, si no entiende y asume su profesión como un acto de amor. Amar a todos los alumnos, en especial a los más débiles y llenos de carencias. Amar al alumno no es mimarlo o sobreprotegerlo, actitud que impide su crecimiento, sino que supone creer en él, conocerlo y valorarlo por lo que es, alegrarse de sus logros y éxitos aunque sean parciales, y estar siempre dispuesto a tenderle la mano para que pueda avanzar hasta el límite de sus posibilidades. Pero no basta con querer a los alumnos. El genuino educador quiere además, la materia que enseña (por eso siempre está buscando, investigando y actualizándose, no por deber, si no por gusto y por necesidad); y quiere también su profesión, le gusta enseñar, es educador por vocación.

Asumir la pedagogía de la afectividad, la ternura y la alegría que busca y procura que los alumnos se sientan felices, va a suponer, entre otras cosas, revisar los reglamentos y la disciplina, para ver si realmente están al servicio del alumno y de su crecimiento, y no al revés: el alumno al servicio del reglamento y de las normas. Es preferible unas pocas normas consensuadas que un minucioso reglamento que asfixia la vida y crea un ambiente represivo. En Educación Popular Liberadora hay que evitar los maestros dictadores en el doble sentido: como dictadores de materia y como tiranos represores.

Hablando de disciplina, es urgente (Carbó, J. 1999, 82) que “los maestros y profesores aprendamos a asumir los conflictos como oportunidades educativas. Los educadores deberíamos ser especialistas en conflictos y aprender a querer los problemas, no a temerlos. Los problemas de disciplina son buenos indicadores de que la clase está viva. Pero los conflictos deben trabajarse pactando y no ganando. ¡Cuánto avanzaríamos en la creación de un clima motivador si alumnos y profesores o maestros se percibieran como colaboradores y no como enemigos! Si nos esforzamos por entender lo que nos quieren decir

los alumnos cuando provocan conflictos, estaremos más próximos a resolverlos que si nos limitamos a reprimirlos”.

No olvidemos nunca que todos los maestros y profesores tienen poder, pero no todos poseen autoridad. Tienen poder para mandar callar al alumno, para sacarlo del salón y mandarlo a la dirección, para bajarle puntos o ponerle una mala nota. Poder dado por la institución, pero la autoridad sólo se la pueden dar los alumnos. “Y sólo la darán si ven coherencia en el educador, si se sienten queridos, si sienten que, en definitiva, se trata de su propio bien. La disciplina que ayuda, gusta y es aceptada. La que reprime resulta odiosa”. Por lo general, los maestros y maestras que quieren a sus alumnos y son queridos por ellos, no suelen tener graves problemas de disciplina y, si los tienen, son capaces de resolverlos sin graves inconvenientes. ¿Y no es verdad que los castigos con frecuencia son muy poco educativos y suelen ser más bien una forma velada de violencia y de venganza? Por ello, como nos aconseja Carbó, “no castigemos nunca a no ser que estemos convencidos de que el castigo es absolutamente imprescindible y, en este caso, preguntemos siempre a la persona sancionada si acepta el castigo, si le parece justo y si cree que le ayudará a corregir el problema”.

III.1.4.- La necesaria revisión de la concepción y el modo de evaluar.

En educación, a pesar de que se afirme lo contrario, se evalúa muy poco. Lo que se hace con frecuencia, y bastante mal por cierto, es examinar, medir y clasificar a los alumnos para determinar quiénes triunfaron y se quedan y quiénes fracasaron y deben irse.

En consecuencia, si queremos evitar el fracaso de los alumnos, debemos revisar nuestras supuestas evaluaciones, que suelen ser los mecanismos más eficaces de la exclusión escolar. La evaluación tradicional, que suele ser la que todavía reina en todo el sistema educativo, es el medio principal con que el docente expresa su poder de dominación.

Si pretendemos una educación para que los alumnos tengan éxito (Pérez Esclarín, 1999, 78), la evaluación debería guiarse por ese criterio y estar orientada a promover al máximo el desarrollo integral de todos y de cada uno de los alumnos, arrojando información y luz sobre sus fortalezas, debilidades, y modos de aprender, de modo que se le pueda ofrecer la ayuda que necesita en el momento en que la necesita.. En este sentido, la evaluación debe promover la

reflexión y comprensión del proceso y la valoración de los esfuerzos, intereses, aspiraciones de todos los que participan en la acción educativa, sin compararlos entre sí. Si tomamos en serio eso de que cada alumno es distinto, ¿por qué seguimos empeñados en medirlos como si fueran iguales?.

Para subrayar la pérdida de sentido en la práctica generalizada de la evaluación, me suele gustar repetir que el docente es el único profesional que, con frecuencia, se enorgullece de sus fracasos. De hecho, no conozco ningún médico que vaya alardeando por allí que, de cincuenta enfermos que atendió, sólo le sobrevivieron cuatro o cinco, y que incluso está pensando ofrecer paquete completo: hospitalización y servicios funerarios de una vez. Como tampoco conozco ningún ingeniero que se ufane de que la mayoría de los edificios que construye terminan pronto por caerse. Pero sí conozco profesores que exhiben sin pudor su bien ganada fama de “raspadores” y se les oye alardear sin pena, e incluso con apreciable gozo, con frases como esta: “De cuarenta y cinco alumnos, sólo me pasaron tres. Son unos brutos, no saben ni entienden nada”.

Esta actitud aberrante apunta a una de las desviaciones más notorias y evidentes de la evaluación pues olvida que el éxito del que enseña sólo puede determinarse a partir del éxito del que aprende. El profesor que suspende mucho es al mismo tiempo juez y acusado. Es necesario repensar el fracaso escolar en una actitud de profunda autocrítica. El fracaso de los alumnos evidencia el fracaso del profesor, el fracaso de la enseñanza, fracaso que no se oculta culpando a los alumnos de brutos y desinteresados; a los padres de irresponsables y desligados de la educación de sus hijos; a la televisión por acaparar el interés de los niños y jóvenes y quitarles el tiempo para estudiar; a lo mal preparados que le llegaron los alumnos, lo que implica echar la culpa de su fracaso a sus propios compañeros...

Un buen maestro se responsabiliza de los resultados de su enseñanza y nunca culpa a los demás de su propio fracaso. Si los alumnos no aprendieron lo que debían haber aprendido, habrá que analizar el contexto y el proceso para ver qué está funcionando mal: el método, la motivación, los conocimientos previos necesarios, los materiales, la secuencia de la enseñanza, las estrategias..., de modo de introducir las modificaciones necesarias para que los alumnos tengan éxito.

La desviación de esta práctica tan aberrante como generalizada, comenzó a originarse al reducir y confundir la evaluación con la mera asignación de

calificaciones o notas. Por eso, a pesar de que se ha avanzado mucho en el discurso sobre las características de la auténtica evaluación –que si formativa, integral, iluminativa...-, se suele reducir por lo general a poner una prueba para calificarla con una nota que es lo que de veras interesa a todo el mundo: los alumnos, sus familias, la sociedad, el sistema educativo. La nota ofrecida sin más no tiene ningún valor ni educativo ni pedagógico, y si es negativa, puede servir para desalentar, desmotivar y crear ansiedades y complejos.

Este tipo de evaluación es siempre meramente unidireccional (del maestro o profesor al alumno), se lleva a cabo sin la participación del evaluando, y tiene como finalidad aplazarlo o aprobarlo. Su función social es seleccionar a los mejores y excluir a los demás. El propio sistema educativo presiona al profesorado para que califique y seleccione, más que para que eduque. De carácter eminentemente parcial y subjetiva, pues cada docente evalúa según lo que él sabe y considera importante, la evaluación se convierte en un instrumento de control, e incluso de sanción del alumno, y sirve para reforzar la distancia entre este y el profesor, y de los alumnos entre sí, que quedan clasificados como muy buenos, buenos, regulares y malos. Por ser la nota lo que de veras interesa, los alumnos no vacilan en utilizar todos los medios a su alcance (copiar, memorizar, adular, mentir, robar...), con tal de salir airosos en la prueba. Lo importante no es aprender, formarse, ir superando las dificultades, sino pasar, e incluso abundan en el mercado ofertas de cursos para preparar a los alumnos a pasar determinados exámenes, sin hablar de las mafias que se dedican a vender exámenes, trabajos de ascenso y hasta tesis de grado.

La nota sirve para la administración burocrática del saber, pero no representa, ni mucho menos, el saber. Porque, por ejemplo, ¿qué significa que un alumno pasó inglés, matemáticas, historia con 15 puntos, si unos días después no tiene ni idea de lo que le preguntaron entonces? ¿Acaso no resulta trágico e inhumano excluir y botar a alumnos porque no fueron capaces de responder en un examen una serie de datos triviales e intrascendentes, importantes tan sólo para el profesor de la materia y durante el tiempo del examen y que hasta los alumnos que sacaron 20 habrán olvidado unas semanas después? ¿No es realmente absurdo que perdamos tanto tiempo y energías exigiendo conceptos memorizados sin entender, conocimientos irrelevantes, y no estemos orientando la enseñanza y, en consecuencia, las evaluaciones a ver si en realidad los alumnos están aprendiendo a aprender, es decir, si saben buscar la información que necesitan, y son capaces de analizarla y procesarla para convertirla en verdadero conocimiento?

Los educadores populares debemos esforzarnos seriamente por superar este tipo de evaluación, que resulta tan deseducativa y avanzar hacia una práctica de evaluación que ayude tanto al docente como al alumno a aprender de un modo más significativo. Docentes y alumnos deben aprender de la evaluación: los primeros para reorientar sus estrategias y conocer mejor a cada alumno y su modo de aprender, de modo que puedan ayudarlo con eficacia; los segundos para reorientar sus aprendizajes y hacer conscientes sus errores para así poderlos superar. Evaluar, en definitiva, implica investigar, reflexionar y valorar la actuación de todos los que intervienen en el hecho educativo, para mejorarlo.

La genuina evaluación es aprendizaje y todo aprendizaje que no conlleve autoevaluación de la actividad del enseñar y del aprender, no forma. Es por ello urgente devolverle a la evaluación su función formadora, acabando con la clasificación de los alumnos y procurando que todos alcancen los saberes necesarios, sin importar que unos lo hagan antes que otros. De ahí que la evaluación debe ser un proceso motivador, permanente y sistemático, que implica comprobar aciertos y reconocer esfuerzos, asumir el error como una extraordinaria oportunidad de aprendizaje, superar la práctica habitual de llenar a los alumnos con conocimientos sin sentido para centrarse en lo fundamental, y atender y respetar las diferencias individuales y los estilos de aprender de cada uno.

De ahí que sólo el docente que somete a una autoevaluación permanente lo que hace, y está abierto a ser evaluado por los demás y por los resultados de las evaluaciones de sus alumnos, podrá proponer evaluaciones adecuadas. Evaluaciones de los procesos y también de los resultados, de conocimientos, habilidades, actitudes y valores que le clarifiquen al docente, a los alumnos, representantes y sociedad en general, qué sabe cada uno, qué sabe hacer y cómo es, en el horizonte de irle ayudando y guiando hacia lo que debe saber, saber hacer y ser.

III.2.-Reto de una educación pública de calidad.

En coherencia con todo lo que acabamos de decir, frente a las tendencias privatizadoras de la educación y los intentos de algunos por acabar con la cultura de los derechos universales a bienes y servicios esenciales, entre ellos el de salud y educación, es deber del Estado y de la Sociedad garantizar a todos estos

derechos, como condición para que puedan ejercer una ciudadanía participativa y responsable. Toda privatización supone cierta exclusividad y, en consecuencia, exclusión de algunos o de muchos. Lo privado, al no ser público, “priva” a algunos del beneficio. Por ello, la Educación Popular Liberadora defiende la educación pública de calidad, pues entiende lo público como bien común, lo accesible a todos en términos equitativos. Las plazas y parques públicos están abiertos a todo el mundo y todos pueden disfrutar de ellos por igual, sin importar su raza, religión, o condición social, mientras que los clubes privados son tan sólo exclusivos de algunos. A diferencia de lo privado que implica una apropiación excluyente y se opone a lo que es de uso común, público es lo que es de todos, lo que está abierto a todos, lo que mira al bien común, lo que garantiza la equidad.

Independientemente de que la educación sea provista por el Estado o por particulares, constituye un “servicio público”, que hay que brindar a todos. Defender lo público supone, en consecuencia, superar esa concepción tan equivocada y tan generalizada que equipara lo público con lo estatal, e implica, por consiguiente, combatir con decisión esa cultura que privatiza lo público en su propio beneficio (personal o de grupo, el partido o el gremio), e impide que todos puedan disfrutar de bienes y servicios de verdadera calidad. Se trata de que todos tengan acceso a una buena educación, que garantice su éxito y equidad. Y esto no es posible cuando se degrada o colapsa la escuela pública, que sólo es capaz de brindar una educación de segunda o tercera categoría. Entonces deja de ser un bien público, pues ya no es bien, algo bueno, de calidad, sino que se transforma en un mal público.

La educación en Venezuela (Orbegozo 2000) “no es un bien público pues no todos participan de ella en términos equitativos. No todos los venezolanos tienen las mismas oportunidades de participar de la educación, ni los que participan reciben la misma calidad educativa. Y son los pobres los que son sistemáticamente, y de diversos modos, excluidos de esa participación. De hecho, la educación se está convirtiendo en un medio fundamental de reafirmar la desigualdad social existente, mediante los dobles corredores o circuitos educativos, por los que unos afirman sus privilegios sociales y otros reciben su segunda exclusión social”.

Siguiendo a Orbegozo, vamos a señalar una serie de mecanismos de privatización de la educación en Venezuela, que inciden fuertemente sobre la

equidad, pues hay ciertamente “una ausencia de educación y una apropiación privada de la educación, que se manifiesta de múltiples formas”:

Cientelismo. Es un mal por todos conocido que está enquistado, como un cáncer, en todas las esferas de la administración pública. El otorgar cargos y puestos por su afiliación ideológica-partidista, por mera fidelidad o por simple amiguismo, para tener una cuota de poder en la escuela o en esferas del Ministerio de Educación, sin tomar en consideración sus capacidades profesionales, es la forma más obscena (antiética) de apropiación privada de un bien público. Los funcionarios públicos, sean maestros o administradores, no trabajan para el gobierno (entiéndase partido de gobierno) sino para el país, y es a él al que deben responder y rendir cuentas. Sus obligaciones y derechos están expresados en la Constitución y en las leyes y no en los conciliábulos de los partidos. Con frecuencia, olvidan también que no son los dueños del presupuesto, sino meros administradores que deben ejecutar con eficiencia para garantizar el derecho de los alumnos a una educación de calidad.

Gremialismo. Al sobreponer sus intereses sobre los derechos de los alumnos, posiblemente sean los gremios educativos los que más han contribuido al colapso de la educación oficial y a la creciente privatización de la educación en Venezuela. Los educadores no pueden olvidar que sus derechos dimanan de los derechos de los alumnos, de todos los alumnos, a recibir una educación de calidad. Porque hay alumnos, existen los maestros y profesores, existen las escuelas y universidades, existe el Ministerio de Educación. Su trabajo es garantizar los derechos de los alumnos a una buena educación. Esto, que resulta tan evidente, se olvida con demasiada frecuencia. Se pisotean los derechos de los alumnos cuando se les suspenden las clases, como medida de presión de los docentes para lograr sus reclamos. Se pisotean los derechos de los alumnos, cuando se calla o se permite la ausencia de los profesores, y nadie toma medida alguna para acabar con los reposeros de oficio, los profesores piratas, los que, en vez de educar, deseducan. La burocracia oficial es un árbol enorme que es incapaz de podar o cortar sus ramas podridas. En educación, la única sanción posible es el ascenso. Resulta prácticamente imposible salir de un profesor ineficiente y los gremios, posiblemente para cubrir sus propias espaldas, se han convertido en los alcahuetes de todas las vagabunderías posibles. Y se pisotean también los derechos de los alumnos, cuando los profesores, mediante presiones gremiales y en respuesta a sus intereses particulares, se reservan para sus hijos y familiares los cupos en determinadas menciones, sobre todo en carreras universitarias, privando a los demás de su posible ingreso. De este modo,

algunas universidades supuestamente públicas, han sido privatizadas por los gremios de profesores, administrativos y obreros en su propio beneficio.

Ausencia de educación

Es creciente el número de niños y niñas venezolanos que no tienen acceso a la educación o que la abandonan sin terminar siquiera el sexto grado. Llama la atención la inhibición sistemática del Gobierno en la construcción y apertura de nuevas escuelas, a pesar de un discurso totalmente opuesto, que se llena la boca con números inflados sobre el aumento de la matrícula escolar. La ausencia de escuelas en áreas marginales es cada vez más acentuada, así como la pérdida de calidad de las existentes. Por otra parte, al no abrir escuelas para atender a la creciente población en edad escolar, propicia la apertura de escuelas privadas de pago, convirtiéndose así en un Estado Privatizador, a pesar de su discurso agresivamente populista.

La baja calidad de la educación de los que están en y terminan en la escuela.

Uno de los problemas más serios para la equidad es la baja calidad de la educación. Y por calidad estamos entendiendo la capacitación de nuestros jóvenes para promover una mayor cohesión social, un incremento sustancial del crecimiento económico solidario y una superación real de la pobreza.

El modo de toma de decisiones

La educación es un derecho de los niños, niñas y jóvenes. Y es una obligación del estado y de la sociedad. Sin embargo, en educación deciden todos menos los interesados y afectados. No tienen una palabra ni los niños y jóvenes, ni los padres, que son sus representantes y veladores primarios de sus derechos. Instancias superiores, del estado y sus autoridades genuflexas, se apropian inconsultamente de las decisiones y determinan qué es lo que conviene y no conviene, cuál es la educación pertinente para el país y la sociedad.

Visión cortoplacista en la formulación de programas y acciones

Cada administración asume que nada de lo anterior sirve, que ellos sí tienen la llave mágica para transformar la educación. Por ello, hay que recomenzar de cero, sin asumir la historia que reconozca y valore las experiencias positivas, y sin constituir plataformas de consenso social. En la actualidad, el Proyecto

Educativo Nacional pretende hacer borrón y cuenta nueva con todo el pasado, sin una propuesta conceptual definida y atrincherándose contra cualquier propuesta de apertura que parta de una verdadera consulta social. Los programas de “Escuela Bolivariana” y la Campaña Nacional de Alfabetización son una buena muestra de esto.

Preocupados más por los “insumos” que por los “productos”

Hay cierta preocupación por los maestros, por su formación, por los materiales educativos, por la alimentación de los alumnos, por la dotación de las escuelas, por la mejora de su planta física..., pero ¿quién se preocupa por los aprendizajes y crecimiento de los alumnos?; ¿quién se responsabiliza por su logro o por tantos descalabros?; ¿quién evalúa si todos esos indicadores cuantitativos se traducen de hecho en una mejor educación? Los alumnos de las escuelas bolivarianas que reciben varias comidas bien balanceadas al día, ¿están aprendiendo a leer y resolver problemas mejor que los otros?, ¿se están formando como mejores ciudadanos? Si un ingeniero quiere construir un puente para abrir paso sobre un río, no basta con que se preocupe por la calidad de las cabillas o del cemento. Debe construir el puente y garantizar que sea bueno. ¿Quién se preocupa y es responsable de la calidad de los “puentes” educativos, de que los niños aprendan?

Despreocupación por lo que ocurre en el aula

Finalmente, encontramos que hay una gran despreocupación de lo que ocurre en el aula. Este es el ámbito del maestro o profesor. ¿Nos estamos preguntando y averiguando qué pasa en el aula? Si un capitán de nuestra marina mercante recibe una carga para entregarla en Nueva York y, por errores y omisiones de sus oficiales, sólo logra llegar hasta Panamá, ¿a quién responsabilizamos del hecho? A cada maestro o profesor, al comienzo del año, se le encarga la misión de llevar a un determinado grupo de alumnos a cierta meta, pero nada sucede si no llegan a ella o sólo consiguen llegar unos pocos. La responsabilidad de esta situación siempre la tienen los alumnos. El director y el maestro o profesor se lavan las manos. No se sienten responsables de los resultados de su labor.

El problema se centra en cómo superar las visiones pequeñas, dogmáticas y maniqueas y construir un concepto de lo público compartido y solidario, de modo que garanticemos a todos los alumnos una buena educación, cimentada sobre las bases de la equidad y los valores de la genuina democracia, como son

la participación, la cooperación y la solidaridad, de modo que las escuelas, todas las escuelas, tengan por ideales el trabajo y la responsabilidad, y se conviertan en fraguas de genuinos ciudadanos. En consecuencia, los educadores populares debemos combatir las políticas educativas excluyentes y proponer y trabajar con insistencia por el pacto entre gobierno, partidos políticos, sociedad civil, iglesias, padres y comunidades, empresas, gremios y sindicatos, medios de comunicación, profesionales y trabajadores..., por una educación de calidad para todos. Educación como proyecto público, de país, como propuesta esperanzadora y movilizadora, como la primera preocupación y ocupación de la sociedad. Si la educación es un derecho, también es un deber de todos (Gómez B., 1998). La educación pública, hay que reconocerlo, no es ni ha sido en los últimos tiempos preocupación de las clases acomodadas a quienes, por tener sus hijos en colegios privadas, no les ha importado su colapso.

Defender lo público supone también trabajar con firmeza en defensa de una ética de lo público, ética del trabajo bien hecho, de modo que los servidores públicos se responsabilicen por sus actos. El servidor público (Gómez Llorente, 1998), al no tener clientes ni tener que “vender” su esfuerzo y su trabajo al que mejor le pague, debe tratar a todos por igual, con amabilidad y eficiencia. Los docentes deben asumir con dignidad y orgullo su condición de funcionarios públicos, muy conscientes de que es imposible una verdadera escuela pública sin virtud cívica, sin vocación de servicio, sin esfuerzo permanente por lograr niveles de excelencia. La escuela pública no puede ser sectaria o partidista, pues debe ser genuinamente democrática y participativa, combatir el autoritarismo de los maestros, profesores y directivos y estar dispuesta a ser evaluada permanentemente por la comunidad.

La Educación Popular Liberadora debe estar también muy atenta porque el discurso de calidad no se reduzca a un problema técnico, de especialistas y expertos. Hoy (Escudero, 1999), la concepción de calidad que predomina está atrapada en la lógica de la producción, y la rentabilidad. Se habla sin el menor pudor de recursos humanos, clientes (los padres de familia), empresas educativas, mercado de productos y servicios pedagógicos...De hecho, las propuestas humanistas de calidad que suelen proclamarse, se diluyen a la hora de la verdad, donde se imponen meramente los indicadores de rentabilidad y eficiencia. Dado que la educación no es una mercancía, no podemos permitir su secuestro por la mentalidad mercantil. Por ello, la Educación Popular Liberadora debe trabajar por una concepción de calidad en torno a metas sociales, políticas, democráticas y humanistas. Concepción de una educación atenta al desarrollo

personal de los individuos, sus capacidades de comprensión y análisis de la sociedad en la que viven, su crecimiento humano y personal en el contexto del desarrollo social y comunitario, inspirado en principios y valores como la igualdad, la equidad, la libertad, emancipación social y humana, solidaridad. Calidad en definitiva, y como lo plantea Escudero, asociada a la voluntad política de ir convirtiéndola en un servicio público universal, compensador o al menos atenuante de las desigualdades.

Queremos cerrar este apartado haciendo nuestros los planteamientos del documento “En defensa de la educación pública”, aprobado por unanimidad por la XX Asamblea General de CLACSO, reunida en Guadalajara, México, del 23 al 25 de noviembre de 2001, que expresa textualmente lo siguiente:

Una buena educación pública es la mejor inversión para el desarrollo nacional. Una buena educación básica es la puerta de entrada a la educación a lo largo de toda la vida....Una buena educación pública renovada y abierta a todos y todas, comprometida con los procesos de transformación a favor de las mayorías, es la única que puede darnos la fuerza para encaminarnos hacia un desarrollo integrador que nos entusiasme y movilice nuestras energías. Los gobiernos y las clases políticas son responsables de tomar la decisión de invertir decididamente en un sector clave para integrar y potenciar nuestras sociedades y de superar una situación de permanente emergencia...

El mundo atraviesa una revolución tecnológica que basa la producción y la calidad de vida en el conocimiento científico, la creatividad y la capacidad de reflexión y comunicación inteligente de las personas y sus organizaciones. El conocimiento y la información serán cada vez más el principal recurso productivo y el principal producto. La distribución de ese recurso, de las capacidades requeridas para pensar creativamente, inventar, participar, comunicarse, aprender y seguir aprendiendo de la propia práctica y de las experiencias de otros, determinará el grado de igualdad y democratización de las sociedades latinoamericanas y de su posición en el mundo. Ese bien público, que beneficia a quien lo recibe y a la vez a toda la sociedad, sólo lo puede garantizar una fuerte presencia de la educación pública.

El sector privado de educación juega un papel significativo y complementario. Sin embargo, ningún país desarrollado ha privatizado su educación...la educación librada al mercado genera escuelas y universidades buenas sólo para los ricos y otras, pobres, para los pobres. La educación pública es condición de

la cohesión e integración social, del pluralismo y del pensamiento democrático. Hay muchos desafíos que enfrentar: ser más eficientes y más pertinentes; poner el conocimiento científico y los sistemas de interpretar el mundo en diálogo con la sabiduría de nuestros pueblos, abrir las escuelas y las universidades a la sociedad y sus necesidades: revolucionar la pedagogía para adecuarla a las otras revoluciones que experimentamos; entrar en un círculo virtuoso con la producción y la gestión pública.

Convocamos a todas las fuerzas sociales y llamamos a los gobiernos a asumir su responsabilidad, evitando que la crisis fiscal y la prioridad por atender los reclamos del capital financiero nos lleven a una crisis de la reproducción de este bien público esencial para el desarrollo de nuestras sociedades.

III.3.-Reto de la formación de sujetos autónomos, capaces de vivir en plenitud.

En un mundo que nos propone el individualismo consumista como meta para lograr la realización plena; que canibaliza nuestras relaciones e impone el darwinismo social (la sobrevivencia de los más fuertes o mejor dotados y capacitados) y moral (los pobres son culpables de su pobreza y los que fracasan de su fracaso); que pretende degradar a los ciudadanos a meros consumidores y clientes, y quiere limitar la vida a un mero pasarlo bien; la finalidad de la educación debe ser (Pérez Gómez, 1998), la emergencia y el fortalecimiento del sujeto, lo que supone la defensa de la libertad personal y el desarrollo de la comunidad. Uno se hace sujeto en la medida en que va responsabilizándose de sus emociones y acciones, en la medida en que va tomando las riendas de la propia vida y se va liberando de las dependencias y ataduras. Como dice Alain Touraine, “sujeto es el individuo que se reconoce y obra como actor, capaz de transformar su medio ambiente material y social, los modos de decisión, las relaciones de dominación o las relaciones culturales”.

III.3.1.- Ser persona

John Powell (1996) nos cuenta la historia del asombro del columnista Sydney Harris al ver cómo un amigo suyo trataba con profunda amabilidad y cortesía al dueño de un quiosco, a pesar de que este le respondía con brusquedad y desconsideración. El amigo de Harris recogió agradecido el periódico que el

vendedor le había arrojado de mala manera y le deseó entre sonrisas sinceras un buen fin de semana.

Cuando los dos amigos reemprendieron su camino, el columnista preguntó:

-¿Te trata siempre con tanta descortesía?

-Sí, por desgracia.

-¿Y tú siempre te muestras igual de amable?

-Sí, así es.

-¿Y por qué eres tan amable con él, cuando él es tan antipático contigo?

-Porque no quiero que sea él, quien decida como debo actuar yo.

La persona plenamente humana es aquella que consigue ser **ella misma**. Cuanto más se comunica el ser humano y sale de sí, más persona se hace.

La formación de la persona debe ser el objetivo fundamental de la Educación Popular Liberadora. Necesitamos una educación que proporcione una brújula para poder orientarse en este mundo turbulento que vivimos. Una educación que, en palabras de Mounier, despierte el ser humano que todos llevamos dentro, le ayude a construir su personalidad y a encauzar su vocación en el mundo. Se trata de desarrollar la semilla de uno mismo, de promover ya no el conformismo y la obediencia, sino la libertad de pensamiento y de expresión, y la crítica sincera, constructiva y honesta. El reto de la educación no puede ser formar meramente productores eficientes y consumidores acríticos, como pretenden algunos, sino formar personas auténticas, plenas.

Educar es ayudar a conocerse, comprenderse, aceptarse y quererse para poder desarrollar a plenitud todos los talentos y realizar la misión en la vida con los demás, no contra los demás. La genuina sabiduría se resume en el principio socrático: “Conócete a ti mismo”. Hoy hay demasiada gente que sabe muchas cosas, que está superinformada, pero muy pocos se atreven a intentar conocerse a sí mismos. Y evidentemente que no es posible conocer profundamente a otro si uno no se conoce a sí mismo. Así como la acumulación de cosas no trae la

felicidad y con frecuencia la imposibilita, la acumulación de informaciones no trae la sabiduría.

Para conocerse, es esencial la capacidad de reflexión y silencio. Pero cada vez abundan más y más las personas que son incapaces de estar solas en silencio. Si se encuentran en la casa solos necesitan tener prendidos el televisor o la radio. El silencio les da miedo. Pero no miedo a que venga un ladrón y les asalte, sino miedo a encontrarse consigo mismos.

El actual mundo, lleno de ruidos, impide la reflexión, el encuentro consigo mismo. Muchos pasan por la vida huyendo de sí mismos, llevando dentro de sí a un desconocido, sin atreverse a bucear dentro de sus deseos, anhelos, temores y sueños más profundos.. El estilo de vida impuesto por la sociedad moderna aparta de lo esencial, impide a las personas descubrir y cultivar lo que son en potencia; no les deja ser ellos mismos, bloquea la expresión libre y plena de su ser. De ahí que la genuina educación debe ayudar a los alumnos a plantearse las preguntas esenciales y a responderlas con valor: ¿qué sentido tiene la existencia?, ¿quién soy yo?, ¿para qué vivo?, ¿cuál es mi misión en la vida?, ¿cómo me concibo como una persona realizada y feliz?

Hoy, desgraciadamente, se evaden estas preguntas. Si la educación también lo hace y no ayuda al alumno a planteárselas con sinceridad, posiblemente pasará toda la vida en la trivialidad, sin saber para qué vivió. Para poder realizarnos plenamente, todos necesitamos enfrentar el misterio de la existencia, que la vida se manifieste como pregunta y el ser humano como interrogado. Ya lo decía Einstein: “Podemos vivir como si no existiera el misterio o vivir como si todo fuera un misterio”.

En su obra “La dimensión perdida”, el teólogo y pensador Paul Tillich, considera que la crisis que hoy vivimos se debe esencialmente a que el hombre moderno ha perdido la dimensión de la profundidad: “Existen numerosos análisis del hombre actual y de la sociedad moderna. Pero la mayoría de ellos no pasa de ser una diagnosis de las características más notables, y sólo unos pocos consiguen encontrar una clave para la comprensión de nuestra actual situación. Aunque no es ello cosa fácil, quisiera yo intentarlo y comenzar con una afirmación que, de momento, podrá parecer ininteligible: el elemento decisivo en la actual situación del hombre occidental es la pérdida de la dimensión de profundidad...El hombre ha perdido la respuesta a la pregunta de dónde viene y a dónde va, la pregunta por lo que hace y deja de hacer de sí en el breve espacio entre el nacimiento y la

muerte. Estas preguntas no encuentran ya respuesta alguna; más aún, ni siquiera son planteadas cuando se ha perdido la dimensión de profundidad. Y esto es precisamente lo que ha acontecido en nuestra época. Nuestra generación no tiene ya coraje para plantearse tales cuestiones con seriedad”.

El conocimiento de sí mismo debe llevar implícita la propia valoración y autoestima. La autoestima (Cortés de Aragón 1999) “hace referencia al aprecio, consideración, el cariño y/o amor que cada uno tiene de sí mismo. La autoestima es lo que pensamos de nosotros, la forma en que nos evaluamos y aceptamos, los sentimientos que experimentamos al respecto, y el modo en que nos comportamos en relación con nosotros mismos como resultado de ellos”. Todos valemos no por lo que tenemos, sino por lo que somos, porque somos. Todos tenemos valores y carencias o debilidades, que debemos conocer para construir sobre ellos nuestra identidad. Las propias debilidades pueden ser nuestras fortalezas si las aceptamos y nos empeñamos en superarlas. No hay nada más formativo y que ayude a crecer que asumir el error o la deficiencia como propuesta de superación. El problema empieza cuando uno no se acepta como es y quiere aparentar lo que no es, cuando se pone una careta para ocultar su verdadera personalidad, cuando oculta sus debilidades mostrando actitudes diametralmente opuestas. Vive entonces dividido, incoherente consigo mismo. Olvida que quererse es ayudarse a ser mejor, a realizarse en plenitud y confunde el amor a sí mismo con claudicar a sus caprichos, antojos y miedos.

Si es bien cierto que sólo si uno se acepta y quiere, podrá aceptar y querer a los demás, no es menos cierto que es imposible quererse si uno no ha experimentado el amor. La autoestima parte siempre de la estima de otro. El sentirse valorado y amado ayuda a crecer y desarrollarse. Todos, en el fondo, buscamos ser amados. El cariño libera la personalidad. Esta es la lección de tantísimos cuentos donde un beso de una tierna doncella a un sapo repugnante es capaz de convertirlo en un apuesto príncipe. Este es el tema también de *La Bella y la Bestia*. Hay mucho príncipe y princesa por nuestras aulas y escuelas esperando una mano amiga, una sonrisa, una caricia.

Todo ser humano (Osoro 2001), “necesita sentirse querido, todos tenemos hambre de estímulos, de refuerzos positivos, queremos notar que somos importantes para los demás y que se valoran nuestros logros y nuestra manera de ser. Esto, que parece una obviedad, se encuentra en la práctica muy lejos de constituir un derecho del ser humano... Si durante toda su infancia un sujeto está habituado a recibir únicamente estímulos negativos (agresiones físicas y

psicológicas del tipo: ‘No hay quien pueda contigo’, ‘No sirves para nada’, ‘Eres un desastre’...) difícilmente podrá convertirse en un adulto equilibrado”.

De ahí la importancia de que los maestros quieran a sus alumnos, de modo que se sientan importantes, valorados, amados. A algunos les va a tocar incluso llenar ese vacío de amor que sus alumnos nunca encontraron en los padres y curar de este modo las profundas heridas del desamor. En palabras de Margaret Mead, “para algunos, la escuela es un segundo hogar; para otros, el único. Y para no pocos, una cárcel”.

El contar o no con un maestro que asume con entusiasmo su vocación de servicio, puede suponer la diferencia entre un delincuente y una persona ejemplar. De ahí la importancia de contar con educadores autoestimantes que, por estar seriamente comprometidos con su proceso de desarrollo, transmiten espontáneamente, casi sin darse cuenta, autoestima a sus estudiantes.

Cortés de Aragón(1999, 167) , resume bien los rasgos de un educador autoestimante. “ Es:

UNA PERSONA que se conoce a sí misma y mejora dicho conocimiento día a día porque reflexiona continuamente sobre su ‘ser’ y su ‘hacer’;

UNA PERSONA que cree en sus potencialidades, trata de desarrollarlas cada vez que tiene oportunidad de hacerlo y, para ello, se fija metas ajustadas, es decir, lo suficientemente altas como para sentirse satisfecho, pero no tan elevadas como para estar constantemente en un estado de tensión;

UNA PERSONA que tiene aprecio por sí misma y este aprecio no lo supedita a lo que piensen los demás o a su aprobación, aunque a menudo solicite retroinformación de los que le rodean;

UNA PERSONA que se acepta con sus grandezas y debilidades, no exagera las primeras ni alardea de ellas, pero tampoco se deja dominar por las segundas;

UNA PERSONA que actúa de manera autónoma o independiente siendo ella quien determina lo que va a hacer y lo que no va a hacer.

UNA PERSONA responsable y, por tanto, que se hace cargo de las consecuencias de sus actos en la medida en que estos los ha ejecutado consciente y voluntariamente, de modo que, cuando por ellos alcanza un objetivo, se gratifica sanamente y se siente satisfecha, y cuando no es así, no culpabiliza a otros sino que se dispone a reflexionar para, posteriormente, corregir sus errores”.

En la misma línea de lo que venimos planteando, Juan Ignacio Pozo y Carlos Moreno (2001, 78) resumen de este modo las competencias esenciales que los alumnos deben adquirir en su proceso educativo:

“Deberás conocerte a ti mismo, saber lo que sabes y lo que desconoces, lo que puedes y no puedes hacer, lo que quieres y lo que no, porque sólo así podrás superarte.

Deberás quererte a ti mismo, valorarte y estimarte, pero también exigirte, porque sólo así los demás te querrán, te valorarán y te estimarán, y de esta manera también podrás superarte.

Y para que los alumnos se conozcan y se quieran, quienes trabajamos con ellos debemos conocerlos y quererlos. Respetarlos ayudándoles a superarse. Si la educación tiene un sentido es porque encierra unas metas, porque no queremos que los alumnos sean como son, porque creemos que hay conocimientos, valores y competencias más deseables que otros, y por ello queremos alumnos más capaces, más buenos, más felices”.

III.3.2.- Atreverse a vivir

Paulo Coelho nos cuenta la historia de un joven que contemplaba el océano en la cubierta de un barco carguero, cuando una ola inesperada lo lanzó al mar.

Después de mucho esfuerzo, un marinero logró rescatarlo.

-Le estoy muy agradecido por haberme salvado la vida –dijo el joven.

-De nada –respondió el marinero-, *pero procure vivirla como algo que valió la pena salvar.*

No basta con enseñar a conocerse y quererse. El reto de la Educación Popular Liberadora es enseñar a vivir con autenticidad, a ser dueño y señor de la propia vida. La vida es un don, el más precioso de los dones que lo recibimos gratuitamente, pero en nuestras manos está vivirla con sentido o malgastarla vanamente. El ser humano es el único ser que puede hacerse a sí mismo, pues no tiene su destino determinado en su código genético. A veces, con muy buena voluntad pero muy equivocadamente, alabamos a las hormigas por lo trabajadoras que son, o a las abejas guerreras que están dispuestas a morir en

defensa de la colmena. Pero ni hormigas ni abejas tienen mérito alguno pues no pueden dejar de hacer lo que hacen, ya que están programadas para ello. Sólo si existe la libertad es posible el valor, la ética, la educación. A la hormiga le es imposible decir “*hoy no voy a trabajar*”, como tampoco la abeja puede elegir ser cobarde.

En nuestro mundo, cada día escasean más los sujetos autónomos, capaces de darle sentido a la vida y de vivirla a plenitud. Pocos se arriesgan a tomar la tarea de la vida en serio y a vivirla como una aventura fascinante en búsqueda de la propia realización personal. La mayoría no se atreve a vivir y es vivido por los demás (mercado, modas, costumbres, objetos, rutina, dinero, dirigentes...), sin el valor para ser sujetos de sí mismos. Gastan su existencia en las orillas de la vida, chapoteando en el barro de la trivialidad y superficialidad, incapaces de darle un sentido propio y personal a su existencia.

El conformismo, el gregarismo y la imitación se imponen a través de la publicidad, el consumo y los medios de masas. Se hace lo que hace la mayoría, lo que nos indican que hay que hacer. No hay metas, objetivos, ideales. Lo importante es pasarlo bien, hacer lo que todo el mundo hace, no salirse del rebaño. La vida es placer, y si no, no es vida. Es bueno lo que me apetece y malo lo que me disgusta. Todo se reduce a pragmatismo y frivolidad. La vida se va convirtiendo en un episodio irrelevante, que hay que llenar de bienestar y experiencias placenteras. A pesar de que cada vez hay mayor preocupación por alargar la vida y se comienza a hablar de calidad de vida, la supuesta calidad se reduce, por lo general, a llenarse de cosas y llevar una vida cómoda, sin problemas.

Algunos ni siquiera aspiran a tanto. Su ideal parece ser convertirse en minerales, sin sentimientos, aspiraciones ni deseos, duros e impenetrables como piedras. Otros se conforman con vivir como meros vegetales, plantas de decoración para embellecer salones y ser admirados. Muchos viven la vida como simples animales, tratando de responder a sus instintos. Por eso, si bien algunos se preguntan si hay vida después de la muerte, lo que realmente debería inquietarnos a todos es si hay vida en la vida, es decir, antes de la muerte.

De ahí la importancia de una Educación Popular Liberadora que nos capacite para ser autores de nuestra propia vida, para ser capaces de escribir nuestra autobiografía. En palabras de Mardones (2001, 650), “*hoy hay que construir la vida de una forma original y única. A todos se nos propone la tarea de ser uno*

mismo...Estamos condenados a la biografía, al peregrinaje de la identidad personal. Hay que construir un relato biográfico que responda al querer hacerse de uno mismo.

Tarea ardua. Porque no se nos tiene que ocultar que nuestra sociedad, que exalta la construcción individualista, es una sociedad que dicta, frecuentemente de forma impositiva, es decir, dictatorial, el camino –y hasta los pasos- por el que deben andar las personas. El individuo en la sociedad actual está también ‘condenado’ a unos ritmos de vida, unos comportamientos e incluso un estilo y una indumentaria por la red institucional, que apresa a los individuos como moscas entre las ruedas de su engranaje”.

La Educación Popular Liberadora (Peresson, 1999) debe también enseñar a amar la vida, a defenderla, a hacerla posible para los que no pueden disfrutar de ella. Hoy la vida está amenazada y negada de múltiples formas. Miles de millones de personas no pueden vivir dignamente y apenas malviven en una miseria atroz. Otros muchos mueren de hambre, de enfermedades fácilmente derrotables, o por una violencia ciega ocasionada por la intolerancia o la miseria. . Pueblos enteros sufren el acoso de una dictadura cultural que les impide ser ellos mismos, que destruye sus valores, tradiciones y formas de vida. La propia naturaleza gime de dolor ante las dentelladas de un desarrollo ciego que destruye sus entrañas y siembra la muerte por todas partes. De ahí la necesidad de una educación desde la vida y para la vida, que combata con valor todos los ídolos de la muerte: egoísmo, consumismo, codicia, violencia, guerra, opresión..., y enseñe a amar la cultura de la vida compartida. Hay que educar para la austeridad y el compartir, para la búsqueda de un desarrollo humano sostenible, que atienda las necesidades de todos y no de unos pocos, que priorice la calidad de vida sobre la cantidad de cosas, y que enseñe a respetar y amar la naturaleza. Debemos convencernos de que si queremos sobrevivir debemos convivir, y de que el ecocidio es hoy una especie de suicidio colectivo.

En este sentido, sería bueno aprender de los indígenas el respeto y amor a la naturaleza y a la tierra. Para los quechua y aymara (Amodio 1988, 35), “la tierra es algo sagrado. Es la Pachamama, la tierra, que da frutos y protege a las comunidades. La relación con ella es de individuo a individuo y no de individuo a cosa. La tierra no es una cosa, como lo es un palo o una herramienta de trabajo, y por eso es difícil entender la posibilidad de poseer la tierra...También entre los maya la tierra es algo sagrado, es la madre tierra o dios mundo; se le pide permiso cuando se abren sus carnes para sembrar y se le agradece con una ceremonia cuando se recibe la cosecha”.

En cuanto a los indígenas venezolanos, queremos compartir el testimonio de Gabriel, líder y maestro del pueblo barí, mal llamados motilones, un grupo de indígenas, pertenecientes al grupo lingüístico chibcha, que actualmente viven arrinconados en las estribaciones de la Sierra de Perijá, en el occidente del Estado Zulia:

La tierra es nuestra madre y a nadie le gusta que se metan con su madre. Sin la tierra no somos nada. La tierra es el alma de los que vivimos en la Sierra de Perijá.

La tierra para nosotros no es sólo la superficie o la plataforma donde vivimos, sino que es nuestra vida. Sabaseba la preparó para que fuera una madre generosa de cuyo vientre salen los árboles, los ríos, los animales y aun los mismos barí.

Se justifica que luchemos por nuestra tierra en una forma que no es fácil de entender para quien no la tiene ligada a su propia existencia; que tiene su tierra para mejorarla de precio y venderla o negociarla o explotarla hasta arruinarla y secarla. Nosotros somos nuestra tierra, de allí que no entendamos que se nos la quiera quitar o disminuir.

III.3.3.- La conquista de la libertad

Enseñar a vivir plenamente es, en definitiva, enseñar a ser libres. La tarea más importante de la vida debe ser la conquista de la libertad. Pero la libertad, que es autonomía responsable y superación de caprichos y ataduras, se viene confundiendo cada vez más con la capacidad de responder a las seducciones del mercado y a la satisfacción del instinto continuamente estimulado por él. Se confunde, en definitiva, con su contrario: la total dependencia, la esclavitud al mercado o los caprichos. Agobiados por la realidad, las personas necesitan perderse en la ilusión de la droga, el alcohol, el consumismo y la violencia... Cuanto más se llenan de cadenas, más libres se sienten.

Libre es la persona que logra desamarrarse de sus miedos, caprichos y ataduras, y vive comprometido en la conquista de sí mismo. Sabe que el ser humano es tarea y aventura. Por ello es capaz de vivir toda experiencia, por dura y dolorosa que sea, de un modo pleno. Es, en consecuencia, capaz de vivir con dignidad hasta su propia muerte.

Nunca ha sido fácil morir pues, ante la muerte, el ser humano experimenta casi inevitablemente un conjunto de sentimientos dominados por el desconcierto, la impotencia, la rebelión o el miedo. La cultura actual, que no enseña a vivir y propone como vida una existencia incolora y light, no sabe qué hacer con la muerte y por ello la oculta o banaliza. Pero el aceptar la muerte, el tenerla presente, podría ayudarnos sin duda alguna a vivir más plenamente. Precisamente porque somos y nos sabemos mortales, debemos vivir de un modo que merezca la pena.

Sólo si logramos ser dueños de nuestra vida y nos esforzamos por vivirla intensamente y disfrutar cada momento de los múltiples dones y regalos que ella nos posibilita (el sol, la lluvia, las flores, una sonrisa., una buena mesa, la amistad, el amor...,y también los problemas, los dolores y enfermedades, y hasta los achaques y penurias que nos van llegando con la vejez) podremos hacer de la muerte la última aventura. No olvidemos nunca que son precisamente los que no han vivido, los que más miedo tienen a morir.

Llegar a ser libre supone un lento y doloroso aprendizaje de nadar contracorriente, pues “sólo los peces muertos siguen siempre la corriente del río”, y de aprender a volar como águilas genuinas. Y aquí quiero recordar una vez más la historia de Leonardo Boff del **Aguila que se convirtió en gallina:**

Un campesino alemán agarró un pichón de águila, lo llevó a su casa, y lo crió con sus gallinas. El águila empezó a crecer como gallina, a actuar como gallina, de modo que parecía una auténtica gallina.

Un día, visitó al campesino un naturalista que se había especializado en las costumbres y hábitos de las águilas. Cuando vio al águila convertida en gallina, le dijo al campesino:

-¿Qué hace en tu corral ese águila, que nació para volar en las alturas y erguirse sobre las montañas, picoteando la tierra y escarbando basuras como una vulgar gallina?

-Ya no es águila y no sabe volar –contestó el campesino-. Nació águila, pero la crié como gallina y se transformó en gallina.

El naturalista miró fijamente al campesino y le dijo con fuerza y con pasión:

-No vuela ahora, pero ella tiene dentro del pecho y en los ojos la dirección del sol y el llamado de las alturas. Ya verás cómo ella es capaz de volar.

Una mañana, el campesino y el naturalista salieron muy temprano rumbo a la montaña. Llevaban consigo al águila convertida en gallina. Cuando llegaron a la cumbre, el sol nacía. Entonces, el naturalista agarró con firmeza al animal, dirigió sus ojos en dirección al sol, y lo lanzó a lo alto. El águila convertida en gallina empezó a agitar sus alas con dificultad, pero sintió enseguida el llamado apasionante de las alturas, despertó en su corazón su ser de águila, y se fue perdiendo en un vuelo pleno y cada vez más firme y seguro en el azul infinito del cielo.

Necesitamos una educación que despierte el águila que cada alumno lleva adentro. Una educación que le enseñe a levantarse de una vida gris y sin pasión, atrapada en el consumismo y la frivolidad, y le ayude a emprender el vuelo de su libertad, que es también el de su felicidad.

El proyecto de plenitud humana es un proyecto de felicidad. Debemos atrevernos a ser felices y a proponer la felicidad como el objetivo esencial de toda propuesta educativa. La felicidad no es una meta, sino que es el camino; es un viaje, no un destino. Debemos atrevernos a vivir cada momento en la felicidad. Recordemos una vez más aquel famoso proverbio inglés: “El objetivo de la vida es ser feliz. El lugar para ser feliz es donde usted se encuentra, y el momento para ser feliz es ahora”. No camuflamos nuestros miedos con excusas, ni pospongamos el disfrute de la libertad y de la felicidad: “cuando me gradúe”, “cuando me case”, “cuando rebaje cinco kilos”, “cuando consiga trabajo”, “cuando se casen los hijos”, “cuando compre el carro nuevo”...

Recordemos la historia de aquel cachorro que estaba afanado en agarrar su propia cola. Pasó por allí un perro viejo y sabio, y al verle tan desesperado le preguntó:

-¿Qué estás haciendo, cachorrito, que te veo tan entregado a esa especie de gimnasia tan difícil?

-Me han dicho –respondió el cachorrito-, que la felicidad está en mi cola. Si consigo atraparla, seré feliz.

El perro sabio lo miró con mansa comprensión y le dijo:

-Es cierto que la felicidad está en la cola. Eso lo descubrí yo hace ya mucho tiempo. *Por eso, yo hago lo que tengo que hacer y voy donde tengo que ir, y ella me sigue siempre.*

Posiblemente, no lograremos la felicidad si la buscamos directamente. Nos vendrá si siempre vamos donde tenemos que ir y hacemos lo que tenemos que hacer buscando en todo la excelencia. Si nos atrevemos a tomarnos en serio y a sumergirnos en lo profundo de la vida. La felicidad supone hondura espiritual, crecimiento interior, realización de todas las posibilidades de la existencia humana.

La felicidad (Cortés de Aragón 1999, 113), “tiene que ver mucho más con su búsqueda que con su obtención, o mejor, con tener siempre algo que lograr, y que nunca viene de fuera de nosotros, sino que se concibe, gesta, nace y se desarrolla en nuestro interior como un sentimiento de alegría y paz, siempre incrementable, derivado del darnos cuenta de que estamos siendo y nos estamos haciendo de manera verdadera. En el fondo, la búsqueda de la felicidad no es otra cosa que una odisea al encuentro de uno mismo”.

Educar para la libertad y la felicidad, sólo será posible si contamos con educadores que no le temen a las alturas, que han descubierto su vocación de cumbre y viven empeñados en vuelos cada vez más altos e imponentes. Educadores que asumen su misión como parteros del espíritu, personas comprometidas en el crecimiento interior de cada alumno, que se ponen junto a él con respeto, admiración y cariño, y le brindan el apoyo necesario para que pueda desarrollar todas sus posibilidades y encontrar su misión en una vida en libertad y felicidad.

Hoy hace falta mucho valor para atreverse a ser libre. Para levantarse del consumismo, la indiferencia y el egoísmo, al vuelo valiente de la austeridad, la participación y el servicio. De ahí la necesidad de una Educación Popular Liberadora que forme la voluntad y enseñe el coraje, la constancia, el vencimiento, el sacrificio, valores esenciales para perder el miedo a volar.

En un mundo que, cada vez más, nos va llenando de cadenas, la genuina libertad debe traducirse en liberación, en lucha contra todas las formas de opresión y represión. Sólo donde hay libertad hay disponibilidad para el servicio,

que ayuda a los demás a romper sus propias ataduras. Ser libre es, en definitiva, vivir para los demás, disponibilidad total..

III.4.- Reto de la convivencia y la solidaridad

Cuentan que en la carpintería hubo una vez una extraña asamblea. Fue una reunión de herramientas para arreglar sus diferencias. El martillo ejerció la presidencia, pero la asamblea le notificó que tenía que renunciar.

¿La causa?

¡Hacía demasiado ruido! Además, se pasaba todo el tiempo golpeando.

El martillo aceptó su culpa, pero pidió que también fuera expulsado el tornillo. Dijo que había que darle muchas vueltas para que sirviera de algo.

Ante el ataque, el tornillo aceptó también, pero pidió a su vez que fuera expulsada la lija. Era muy áspera en su trato y siempre tenía fricciones con los demás. La lija estuvo también de acuerdo, a condición de que fuera expulsado el metro, que siempre se la pasaba midiendo a los demás según su medida, como si fuera el único perfecto.

En eso entró el carpintero, se puso el delantal e inició su trabajo. Utilizó el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Finalmente, el pedazo tosco de madera que había agarrado el carpintero se convirtió en un bello juego de ajedrez.

Cuando la carpintería quedó nuevamente sola, la asamblea reanudó la deliberación. Entonces, tomó la palabra el serrucho y habló de este modo:

-Señores, ha quedado demostrado que todos tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades y virtudes. Eso es lo que nos hace valiosos. Así que no pensemos ya en nuestros defectos y esforcémonos por ver lo bueno que tenemos.

La asamblea encontró entonces que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba fuerza, la lija era especial para afinar y limar asperezas, y descubrieron que el metro era preciso y exacto.

Se sintieron entonces un equipo capaz de producir y hacer cosas de calidad. Se enorgullecieron de sus fortalezas y en adelante trabajaron juntos.

Este excelente relato de Klerm nos muestra la importancia de una educación que enseñe a vivir y a trabajar juntos a los que son diferentes. Enseñe a vivir con, es decir, a convivir y no a vivir contra. Educación para que todos no sólo aprendamos a tolerar las diferencias, sino que consideremos la diversidad como riqueza. Cada persona debe tratar de llegar a ser lo que debe ser, sin pretender que los demás sean como él, esforzándose por ver sus cualidades y talentos. Precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos el derecho a ser diferentes.

III.4.1.- Competencias para la convivencia

En estos días en que cada vez más vemos al otro como rival o como enemigo y se está haciendo tan difícil convivir, La Educación Popular Liberadora debe promover y garantizar las competencias esenciales para una sana convivencia y para el ejercicio de una ciudadanía responsable:

-Aprender a no agredir ni física, ni verbal, ni psicológicamente a nadie, requisito indispensable para la convivencia social. La agresión es signo de debilidad moral e intelectual, incapacidad de imaginar al otro como igual. Como ha escrito Carlos Fuentes, “todos los horrores del mundo vienen de la incapacidad para imaginar a los demás. Cortés asesinó a los aztecas a diestra y siniestra porque no fue capaz de entender su mundo, de imaginarlo. Creo que en la vida diaria, personal, debemos hacer el esfuerzo de imaginar al otro: no en términos políticos, sino humanos y psicológicos. Es un deber que tenemos todos”. Hay que aprender a resolver los conflictos mediante la negociación y el diálogo, de modo que todos salgan beneficiados de él, tratando de convertir la agresividad en fuerza positiva, fuerza para la creación y la cooperación, y no para la destrucción. Se trata de ayudar a hacerse sujeto en la construcción de vida, en la solución de los problemas.

-Aprender a comunicarse, a dialogar, a escuchar al otro como portador de verdad. El que cree que tiene toda la verdad no escucha, sino que trata de imponerla a los demás. Hoy día hablamos y hablamos, pero cada vez nos escuchamos menos. Hablamos pero no nos esforzamos por entender lo que el otro trata de decirnos, sin escuchar lo que nos quiere comunicar con su agresividad o su violencia, con su rubor tímido, con su sonrisa, con sus gritos,

con su silencio, con sus palabras mojadas de frustración y sufrimiento. Escuchar el silencio como lugar para la reflexión y el pensamiento, y como antídoto contra la inhibición provocada por el exceso de palabrería hueca y de informaciones vertiginosas y estridentes. La voz del silencio se hace educativamente necesaria en un mundo con tanto ruido banal para así poder avanzar hacia un diálogo cada vez más rico y humanizador. Escuchar el silencio como lugar fecundo y germinador de palabras verdaderas.

De ahí la importancia de que la Educación Popular Liberadora enseñe a conversar, escuchar, expresarse con libertad, aclarar, comprender al otro y lo que dice, defender con firmeza las propias convicciones sin agredir ni ofender al que le contradice. Una comunidad que aprende a conversar, aprende a convivir. Se trata de lograr que los habitantes del mundo se reconozcan lo suficientemente semejantes para poder hablarse, y lo suficientemente distintos para tener algo que decirse.

-Aprender a interactuar con los otros, a valorar y aceptar las diferencias culturales, de raza y de género, sin convertirlas en desigualdades. Aprender a tratar con cortesía, a colaborar, es decir, a trabajar juntos, a decidir en grupo, a considerar los problemas como retos a resolver y no como ocasiones para culpar a otros.

-Aprender a cuidarse, a cuidar a los otros, a cuidar el ambiente, las cosas colectivas, los bienes públicos que pertenecen a todos, combatiendo el desinterés del público por lo público. Aprender a esforzarse y a trabajar con responsabilidad y calidad, medio esencial para garantizar a todos unas condiciones de vida digna (vivienda, alimentación, educación, trabajo, recreación...), como factores esenciales para la convivencia pacífica. Si los demás no tienen condiciones adecuadas de vida y apenas sobreviven penosamente, no será posible la convivencia. Por ello, hay que combatir la hipocresía que proclama los derechos de todos e impide su realización práctica. La defensa de los derechos humanos esenciales se transforma en el deber de hacerlos posibles y reales para todos.

-Aprender a valorar la propia familia, cultura y religión, a reconocer y afincarse en las raíces culturales y sociales, y a respetar las familias, culturas y religiones diferentes dentro y fuera de cada país, combatiendo los dogmatismos, fundamentalismos e intolerancia de quienes quieren imponer una única forma de pensar, de creer y de vivir. La diversidad y el respeto a las minorías es tan importante como el gobierno de las mayorías. El fanatismo es odio a la

inteligencia, miedo a la razón. Frente al fanatismo, la tolerancia reconoce el pluralismo de la sociedad y de la vida y lo asume como proyecto de enriquecimiento personal y colectivo.

-Aprender a desarrollar la autonomía personal, la confianza, el respeto, la autoresponsabilidad y la corresponsabilidad, el compromiso personal y social, la cooperación y la solidaridad. En definitiva, y como ya dijimos más arriba, sólo será posible convivir, es decir, vivir con los demás, si hay personas dispuestas a vivir para los demás. Para ello, tenemos que atrevernos a proponer el servicio y el amor solidario como modos de vivir en plenitud. En palabras de Adela Cortina (2001, 646), “necesitamos alimento, vestido, casa y cultura, libertad de expresión y conciencia, para llevar adelante una vida digna. Pero necesitamos también, y en ocasiones todavía más, consuelo y esperanza, sentido y cariño, esos bienes de gratuidad que nunca pueden exigirse como un derecho; que los comparten quienes los regalan, no por deber, sino por abundancia del corazón”.

III.4.2.- La escuela democrática.

En América Latina regresaron las democracias, pero no los ciudadanos. Democracias de baja intensidad, sin participación. Hoy se esgrime la democracia formal como bandera definitiva, como un fin absoluto e irrenunciable, pero cada vez se entiende menos como un medio para una justicia y libertad mayores. La genuina democracia debe garantizar los derechos fundamentales de todos; implica igualdad de opciones y de oportunidades en seguridad, educación, vivienda, capacidad de pensar por sí mismo, sin ser esclavo de la autoridad ni de las propagandas. Con frecuencia se utiliza la miseria del pueblo para levantar o mantener emotivamente el poder. El pueblo y sus necesidades no importan realmente: importa el poder. El poder (Sánchez Torrado 1985, 23), “produce esclerosis y miopía. Lo que debería ser medio, se convierte en fin: mantenerse en el poder. La estrategia sustituye la utopía. Cada vez se hace más amenazadora la perversión del poder y con ella, la perversión del hombre. El poder como presencia dominante y como valor absoluto contamina la libertad e impide el recto ejercicio de la democracia”.

Es urgente, por ello, una educación que construya ciudadanos, que llene de sentido las actuales democracias electorales. Hay que avanzar, como nos lo propone Bengoa, de las democracias meramente *políticas o formales*, a *democracias distributivas o fundamentales*, capaces de garantizar el acceso a bienes y servicios en igualdad de oportunidades a toda la población, priorizando

a los más necesitados; y de ahí a democracias *sustantivas*, que garanticen formas de relación, convivencia, comunicación y autoridad, participativas, horizontales y equitativas en todos los espacios cotidianos de la pareja, familia, escuela y trabajo.

La democracia es una forma de vida y la educación debe preparar para ella mediante el ejercicio de la convivencia democrática. La democracia como forma de vida cree en el hombre, en todos los hombres, y en la transformación sustancial de la sociedad. El auténtico comportamiento democrático incluye la crítica permanente del sistema y la cooperación activa para mejorarlo.

Pero es evidente que, si en verdad queremos cosechar unos valores determinados, debemos sembrarlos en la práctica. Si queremos lograr alumnos participativos y críticos, cooperativos, solidarios..., el ejercicio educativo tiene que ser participativo y crítico, cooperativo, solidario... De ahí que el énfasis no puede estar puesto en *educar para*, sino en *educar en*: educar en la democracia, en la participación, en la creatividad, en la cooperación, en la solidaridad. De bien poco va a servir que proclamemos las bondades de la participación e instemos a maestros, padres y representantes y alumnos a participar, si mantenemos una estructura, tanto en la escuela como en el aula, autoritaria y vertical. No lograremos alumnos cooperativos y solidarios, por mucho que proclamemos que es nuestro objetivo, con una pedagogía que promueve el trabajo individual, la competitividad, el éxito personal...

Desgraciadamente, en la actualidad, las escuelas y centros educativos no enseñan a vivir democráticamente ni a construir genuinas democracias porque no lo son. No suelen ser precisamente lugares de participación, cooperación y solidaridad. Son más bien, y aunque pretendamos lo contrario, lugares donde se ejercen mil formas evidentes y veladas de dominación, agresión y exclusión, y donde se aprende y fomenta el individualismo y la insolidaridad. Ernesto Sábato (2.000, 68) plantea que “es crucial que comprendamos que la primera huella que la escuela y la televisión inspiran en el alma del alumno, es la competencia, la victoria sobre sus compañeros, y el más enfático individualismo, ser el primero, el ganador. Creo que la educación que damos a nuestros hijos procrea el mal porque lo enseña como bien: la piedra angular de nuestra educación se asienta sobre el individualismo y la competencia”.

La Educación Popular Liberadora es impensable sin participación y sin cooperación. Evidentemente, las posturas autoritarias e individualistas que

fomentan la dominación, sumisión y dependencia, no tienen cabida en una propuesta de Educación Popular Liberadora que busca empoderar a los excluidos y empobrecidos para que sean sujetos de una vida digna y de una democracia sustantiva. De ahí que la Educación Popular Liberadora entiende la democracia como una cultura, un modo de ser y de actuar, que penetra la mente y el corazón. Por ello, promueve la verdadera participación: no la falsa, la sumisa: padres que acuden a los centros cuando se les convoca y hacen lo que se les pide; alumnos que estudian y obedecen; docentes que cumplen con sus obligaciones y nunca proponen nada. Esto supone, entre otras cosas, descentralizar el poder, reconocer el derecho de alumnos, maestros y profesores, padres y representantes, miembros de la comunidad educativa a involucrarse activamente en la marcha de la escuela, lo que postula estructuras ligeras, abiertas al cambio, descentralizadas, que favorezcan y promuevan la reflexión y la responsabilidad. Esto pasa por superar la dirección unipersonal y autoritaria e ir estableciendo direcciones colectivas y cooperativas, que fomenten la participación y el compromiso de todos en la planificación, coordinación y ejecución de las tareas. Equipos directivos que dinamicen los debates, capaces de criticar y de recibir críticas, que consideren más importante la pedagogía que la burocracia, que no teman a los conflictos, que no creen dependencia y se hagan fácilmente sustituibles, que fomenten el reparto de responsabilidades y la toma de decisiones por consenso.

De ahí la necesidad de concebir y estructurar los centros educativos como comunidades de vida, de participación democrática, de búsqueda intelectual, de diálogo, trabajo y aprendizaje compartido, de discusión abierta sobre las tendencias socializadoras. Comunidades educativas en las que se aprende porque se vive, porque se participa, se construyen cooperativamente alternativas a los problemas individuales y sociales, se fomenta la iniciativa, se toleran las discrepancias, se integran las diferentes visiones y propuestas, se asume y enriquece el clima cultural de la comunidad circundante, se respira un aire que alimenta la amistad, la gratuidad, el servicio, la cooperación, la solidaridad. Si realmente creemos en los beneficios de la cooperación, los centros educativos deberán estructurarse en todos sus ámbitos sobre el trabajo cooperativo.

Los educandos aprenden democracia no recitando sus características esenciales, sino viviendo y construyendo su comunidad democrática de aprendizaje, trabajo y vida. De ahí que el modo de gestión y de organización; las formas de ejercer la autoridad y el poder, que se entiende como poder que empodera a los demás, que los hace crecer; los canales de participación que se abren para que todo el

mundo pueda ofrecer su aporte; la manera en que se resuelven los problemas y se enfrentan los conflictos; la forma en que se tratan los diferentes miembros de la comunidad educativa; el respeto a la diversidad y las diferencias; la responsabilidad y el compromiso con que cada uno asume sus tareas y obligaciones; la defensa de los derechos de todos, en especial de los más débiles; la solidaridad y discriminación positiva que privilegia a los más necesitados y estimula la pedagogía del éxito para todos; los modos de celebración, ocio, trabajo y producción; deben en cierta forma expresar los valores y formas de vida y de organización de la sociedad que buscamos y queremos. Se trata, en definitiva, de transformar profundamente los actuales centros educativos, para que sean semillas y ya también espejos de la nueva sociedad.

Es sobre todo en el aula (Gómez 2001, 686), “donde se juega realmente esta educación democrática: creando un clima de confianza, educando a los alumnos en la toma de decisiones, en su autonomía, en su autoevaluación, en la atención individualizada, en la participación en las decisiones que les conciernen, en la educación del espíritu crítico que sólo se adquiere cuando es el alumno, con la ayuda del educador, el que va construyendo sus saberes, etc. Llevar la democracia al aula supone un desafío de largo aliento que requiere, a modo de síntesis, un replanteamiento de las estructuras organizativas y participativas dominantes, del profesorado, de la mayor o menor autonomía del centro...Pero, en último término, del replanteamiento de la relación profesor-alumno, enseñanza-aprendizaje. El profesor instructor no responde ya a la educación integral para la vida y para la ciudadanía que la sociedad pide a la escuela”.

La democracia en la escuela popular no se agota en la participación, sino que busca que todas sus prácticas reflejen los valores de la genuina democracia: tolerancia, respeto, libertad, responsabilidad, no-discriminación, cooperación, solidaridad..., pues la Educación Popular Liberadora, porque trabaja por la igualdad es igualadora y se opone a y combate las diferencias sociales, de género, raciales, culturales. La Educación Popular Liberadora cultiva en especial la sensibilidad ante la situación, el fracaso y el dolor de los demás. Por ello, educa en la solidaridad, que es educar en el servicio y en el amor eficaz. Toda persona que ama, empieza a sufrir y procura actuar porque le afecta el dolor y el fracaso de los demás, e intenta por ello remediarlos, combatirlos. Cuando empiezan a doler las miserias ajenas, es un signo de liberación personal y social, un comienzo de solidaridad.

Educar en la solidaridad supone despertar la comprensión, el amor, el sentido de justicia **actuales**. Hoy, si somos dignos, debemos indignarnos para dignificar. La solidaridad verdadera nos libera de la demagogia y de la retórica, del narcisismo y el afán de poder y tener, del afán de protagonismo que esteriliza la acción colectiva. Frente a la competitividad y el egoísmo que promueve y cultiva con tenacidad la escuela tradicional, atrevámonos a sembrar la solidaridad, lo que implica también proponer la austeridad y la gratuidad. Si queremos que los bienes alcancen para todos, no podemos malgastar ni derrochar. Hay que atreverse a vivir con sencillez y a compartir lo que se tiene. Como ha escrito Peresson (1999, 103) “quien se libera de lo superfluo y del consumismo ilimitado e irracional de las cosas, lo hace con la conciencia y alegría de que otros van a tener lo necesario con aquello de que se ha liberado. Es precisamente esta alegría la que se experimenta al dar y compartir sin esperar nada a cambio lo que se llama gratuidad”.

III.4.3.-Hacia el perfil de un directivo de un centro educativo popular

La gestación de modelos de escuelas y centros educativos populares, participativos, cooperativos y solidarios, va a requerir de directivos que entiendan el poder no como un medio para dominar, sino como un medio para despertar los poderes de los demás, poder como servicio. Si tradicionalmente el poder es entendido como poder sobre, es dominación, anulación, castración, la Educación Popular (Ubilla, 2000, 53) “instalada sobre una ética liberadora, recurre al concepto de autoridad basado en la confianza. La autoridad crece en la medida que se somete a la crítica y el control. El concepto de poder cambia, transformándose en un poder que despierta poderes. El poder circula, tiene carácter provisorio, reclama constantemente participación activa”. Por ello, en momentos en que el discurso tecnocrático y gerencial ha invadido el campo educativo, debemos plantearnos con creatividad y coraje cuál es el perfil del director de un centro educativo popular, de modo que podamos contribuir a irlo adquiriendo. Aquí voy a seguir algunas ideas de un excelente trabajo del P. Jesús Orbezo (2001).

El director de un centro educativo popular debe ser, en primer lugar, un líder social, que no sólo tiene poder sino autoridad, motivado y motivador, capaz de movilizar y entusiasmar a la gente para que se comprometa en el servicio a los demás. Es una persona que concibe y asume la Educación Popular Liberadora como un medio de realización personal y de vivir a plenitud su vocación de

servicio. Su proyecto de vida coincide con la misión de la Educación Popular Liberadora , y es por ello una persona capaz de leer los acontecimientos y los signos de los tiempos desde los intereses de los más pobres y vive en permanente desestabilización y búsqueda. Se sabe representante de los pobres, defensor de su ética y dignidad. Por ello, promueve un modelo de solidaridad con los pobres que combata la pobreza, no que la reproduzca. Esto supone superar las visiones y prácticas asistencialistas, que alimentan una visión desvalorizadora del pobre, y combatir el pragmatismo de los que consideran que cualquier medio es bueno para obtener recursos.

Hoy que tanto se mitifica a los expertos, el director de un centro educativo popular debe ser sobre todo un hombre o una mujer experto en humanidad, que sabe llegar a los otros, comprenderlos, valorarlos. Dedicar tiempo a escuchar y es capaz de interpretar no sólo las palabras, sino los gestos, los silencios, el malestar...Escucha porque está convencido de que él no tiene toda la verdad, que los otros tienen siempre algo importante que decir. Porque escucha, dialoga, esforzándose por comprender a los demás y lo que expresan con paciencia y humildad. Escucha y dialoga, pero es también capaz de confrontar a cada uno para que supere las excusas e incoherencias y asuma con responsabilidad sus deberes y obligaciones. No acepta que las palabras se transformen en armas para justificar los hechos y sirvan para descargarnos de nuestros actos, más que para responder por ellos.

La confrontación implica temple, pero no autoritarismo. Por eso, el director de un centro educativo popular asume los conflictos como momentos pedagógicos privilegiados para el crecimiento y el desarrollo de los demás.

El director de un centro educativo popular tiene que ser un hombre o mujer de fe. Fe en sí mismo, que se conoce, se valora, se respeta, es consciente de sus fortalezas y también de sus debilidades, capaz por ello de comprender y relativizar los fallos de los demás. Porque es consciente de sus debilidades, vive en permanente proceso de formación para ser cada vez mejor persona. Tiene también fe en el otro, sobre todo en los que se presentan como más débiles y pequeños, a los que es capaz de comprender porque los mira con los ojos del corazón. Cree en el otro, pero con fe crítica, para no idealizar a nadie y crear círculos cerrados de exclusividad o dependencia.

Porque cree en los demás, es hombre o mujer de equipo. Conoce bien sus limitaciones y por ello se rodea de personas que tienen fortalezas y cualidades de

las que él o ella carece. Es muy importante que en los equipos directivos haya perfiles diferentes y complementarios. Si un director se rodea de personas que son como él o de los sumisos y obedientes, nunca va a ser capaz de configurar un verdadero equipo directivo.

Porque cree en los demás, el director de un centro educativo popular confía en ellos y es, en consecuencia, una persona que genera confianza, capaz de promover un clima de estímulo y motivación, donde todos se sienten tomados en cuenta, respetados y queridos, y están abocados a superar las tentaciones de la mediocridad, la instalación y la rutina. Valora la diversidad como riqueza y es capaz de provocar la creatividad de cada uno, de enrumbar las diferencias en una misma dirección. No subvalora a nadie, no pone cargas demasiado pesadas, no crea dependencia, no impide el crecimiento del otro con actitudes personalistas o condescendientes. Cada uno se siente estimulado a realizarse, según sus cualidades, en el servicio a los demás. Es por ello, capaz de mantener el equilibrio entre la eficacia y el crecimiento y la autorrealización del personal, entre las grandes metas y los pequeños detalles, entre lo global y lo concreto.

El director de un centro educativo popular es un militante de la ilusión y de la esperanza, capaz de contagiarla a otros. Porque vive con pasión, despierta pasiones.

Al ser militante de la esperanza, es un hombre o una mujer osado, capaz de soñar y de arriesgarse en la construcción del sueño, capaz de superar la sensatez de los expertos y especialistas, para asumir la osadía de los valientes. Por ello, frente al por qué de los pusilánimes y sensatos, levanta el por qué no de los comprometidos y tenaces.

IV.- Reto del aprendizaje y la productividad.

*“Es una especie de ignorancia”
dijo en el tren a Yeats el viejo cura
“lo que se imparte a diario en las escuelas”.*
(Ezra Pound)

Otro reto importantísimo sobre todo en la actual Sociedad del Conocimiento, que la Educación Popular Liberadora debe impulsar en todas sus propuestas educativas es el reto del aprendizaje y la productividad. Producción de vida, de

calidad de vida. Centros educativos organizados, en consecuencia, como contextos intencionalmente diseñados ya no para reproducir respuestas prefabricadas y contenidos irrelevantes, sino para producir conocimientos, competencias, soluciones, ideas, habilidades y valores según el modelo de persona humana y de país que pretendemos. Producción de aprendizajes en un verdadero diálogo de saberes, que parte del saber y cultura del educando y le ayuda a relacionar la nueva información con los conocimientos previos, le ayuda a desaprender, a modificar concepciones y prácticas.

Esto supone, entre otras cosas, entender y asumir los centros educativos ya no como lugares donde los docentes van a enseñar, los alumnos a aprender y la comunidad llega hasta el portón o entra meramente para recibir las boletas de sus hijos o cuando los maestros les solicitan algún tipo de colaboración; sino como lugares donde todos, alumnos, docentes y comunidad van a aprender a valerse por sí mismos, a organizarse, a resolver sus problemas, a producir propuestas e iniciativas, a crear arte, ciencia y tecnología, a celebrar su cultura y su fe como expresión que les permita decirse y decirle a los demás lo que son, sienten y quieren, y de este modo mejorar su calidad de vida e ir fraguando una sociedad más participativa y más justa. La realidad penetra los currícula y se convierte en la fuente principal del aprendizaje.

Esto debe llevarnos a asumir más creativamente la necesaria integración entre teoría y práctica, trabajo intelectual y trabajo manual, capacitación y formación, saber y saber hacer, formación para la empleabilidad y el aprendizaje permanente más que para el empleo, unión entre empresas y escuelas. Las escuelas deben producir y las empresas enseñar. Se trata de promover una cultura que asume el trabajo –tanto manual como intelectual- y la necesidad de actualizarse permanentemente, como valores esenciales, como medios fundamentales para lograr la propia realización y crear los bienes y servicios necesarios que posibiliten una vida digna a todos.

Detrás de cada milagro económico –llámese milagro japonés, alemán, español...- aparece siempre un pueblo que ha creído en sí mismo y ha hecho del trabajo el medio fundamental de levantar el país. En Venezuela, necesitamos con urgencia una educación que siembre el valor del trabajo, de las cosas bien hechas, de la responsabilidad. El creernos que somos un país rico nos está hundiendo cada vez más en la pobreza. Somos un país muy pobre (¡cómo vamos a considerarnos ricos con cerca del 80% de la población en pobreza, con unos servicios que no sirven, con un desempleo absoluto que ronda por el 16% y casi un 50% de la población dedicada al trabajo informal!). Venezuela es un país potencialmente

muy rico, lleno de posibilidades y recursos. Pero sólo a través del trabajo asumido creativa y responsablemente, convertiremos esas posibilidades en realidades, haremos de Venezuela un país donde todos podamos vivir con dignidad. Esto supone una profunda reculturización, abandonar la cultura del vivismo, el clientelismo y la apariencia y ostentación, por la cultura de la responsabilidad, la eficiencia y la austeridad.

Del aprendizaje de la cultura, a la cultura del aprendizaje.

Pozo (1996) nos invita a pasar “del aprendizaje de la cultura, a la cultura del aprendizaje... La cultura del aprendizaje dirigida a reproducir saberes debe dar paso a la cultura de la comprensión, análisis crítico, reflexión sobre lo que hacemos y creemos...Necesitamos aprendices reflexivos y conscientes de su tarea y no simples autómatas que reproducen mecánicamente conocimientos elaborados por otros”.

En verdad, hoy no tiene sentido alguno una enseñanza que se limita a transmitir paquetes de conocimientos que los alumnos deben memorizar y repetir para pasar exámenes, sino que es necesario enseñar a **aprender, comprender y emprender**, de modo que el educando vaya adquiriendo la capacidad de acceder a un pensamiento cada vez más autónomo e independiente, que le va a permitir seguir aprendiendo siempre.

Evidentemente que, si no hay comprensión no hay aprendizaje. Y si un alumno se aprende de memoria un tema o una lección, es porque no la ha comprendido. Si la maestra o el maestro le ponen una altísima nota porque lo dijo “igual que el libro”, estarán tan sólo premiando su ignorancia y enseñándole el camino para “pasar” o “sacar buenas notas”, y no el del aprendizaje significativo. Toda comprensión supone asimilación y por ello la capacidad de traducir los contenidos a las propias palabras, reconstruyéndolos a partir de los conocimientos almacenados en la memoria, pues siempre que una persona intenta comprender algo, necesita activar una idea o conocimiento previo que le sirva para organizar esa situación y darle sentido.

Las preocupaciones que demuestran la mayoría de los profesores porque los alumnos no se copien en los exámenes indica, antes que otra cosa, que están utilizando la pedagogía de la reproducción y de la repetición, y no la de la reflexión y producción. Evidentemente que si la respuesta es única e igual para todos, podrá ser copiada. Pero si se busca fomentar la producción personal, el

análisis propio, los comentarios, la creación..., será imposible que los alumnos se copien, y el profesor, si lo desea, puede salirse incluso del salón.

Por ello, si realmente queremos fomentar la capacidad de aprender de los alumnos, y pretendemos ejercicios y tareas que buscan alejarse de la rutina, deberán (Pozo 1996, 164):

- “1.-Basarse más en la solución de problemas o tareas abiertas, que en implementar ejercicios cerrados;*
- 2.-que introduzcan al aprendiz a concebir el aprendizaje como un proceso de hacerse preguntas, más que de encontrar respuestas ya acabadas, elaboradas por otros;*
- 3.-fomentando la activación y toma de conciencia progresiva de sus propios conocimientos y la regulación de los propios procesos cognitivos en el aprendizaje;*
- 4.-centrando el aprendizaje en los propios aprendices, de forma que lo perciban como una tarea autónoma de la que deben hacerse responsables, que debe tener como meta principal aprender y profundizar en su propio conocimiento y no sólo servir de vehículo para otras recompensas;*
- 5.-evaluando el aprendizaje de forma divergente, fomentando la diversidad de resultados, en lugar de buscar un rendimiento convergente, homogéneo y uniforme;*
- 6) diseñando el aprendizaje como una tarea de cooperación social dentro de una comunidad de saber, en vez de, como señala irónicamente Carretero, concebirlo siempre como un vicio solitario”.*

La pedagogía del aprendizaje supone el desarrollo de las competencias básicas para aprender, en especial, la comprensión oral, la lectura, la escritura, estimación, cálculo, ubicación espacio-temporal, estadística...; y supone también la creación de un ambiente motivador para poner a los alumnos en “posición de aprendizaje”, capaz de llevarles a superar la inercia de no aprender, de captar la atención y el esfuerzo de los alumnos, y propiciar su reflexión y continuo cuestionamiento. Los alumnos se hacen dueños de su proceso de aprendizaje si son capaces de preguntarse y responderse con sinceridad preguntas como ¿qué sé?, ¿cómo sé que lo sé?, ¿qué quiero saber?, ¿qué estrategia voy a usar?, ¿logré lo que me proponía?, ¿cómo aprendí?, ¿cómo puedo aprender mejor?

IV:1.- Hacer alumnos lectores

Quien no haya pasado nunca tardes enteras delante de un libro, con las orejas ardiéndole y el pelo caído por la cara, leyendo, olvidado del mundo y sin darse cuenta de que tenía hambre o se estaba quedando helado...

Quien nunca haya leído en secreto, a la luz de una linterna, bajo la manta, porque Papá o Mamá o alguna otra persona solícita le ha apagado la luz con el argumento bien intencionado de que tiene que dormir, porque mañana hay que levantarse tempranito...

Quien nunca haya llorado abierta o disimuladamente lágrimas amargas, porque una historia maravillosa acababa y había que decir adiós a los personajes con los que había corrido tantas aventuras, a los que quería y admiraba, por los que había temido y rezado, y sin cuya compañía la vida le parecería vacía y sin sentido...

Quien no conozca todo eso por propia experiencia, no podrá comprender probablemente lo que Bastian hizo entonces. Miró fijamente el título del libro y sintió frío y calor a un tiempo. Eso era, exactamente, lo que había soñado tan a menudo y lo que, desde que se había entregado a su pasión, venía deseando: ¡Una historia que no acabe nunca! ¡El libro de todos los libros!

(Michael Ende, La historia sin fin).

Si queremos realmente enseñar a aprender, debemos esforzarnos por formar alumnos lectores, a quienes les guste leer, que necesiten leer. Si de nuestras aulas salieran alumnos lectores, les estaríamos abriendo la puerta a la sabiduría. La lectura es un vehículo extraordinario para estudiar, alimentar la imaginación y la creatividad, adquirir nuevos conocimientos, acercarse a otros pueblos y culturas, crecer como personas... En palabras de Italo Calvino, “pienso que la lectura no es comparable con ningún otro medio de aprendizaje y de comunicación, ya que la lectura tiene un ritmo propio gobernado por la voluntad del lector; la lectura abre espacios de interrogación, de meditación y de examen crítico, en suma, de libertad; la lectura es una relación con nosotros mismos y no únicamente con el libro, con nuestro mundo interior a través del mundo que el libro nos abre... Quizás el tiempo que podría destinarse a la lectura estará siempre ocupado por otras cosas...Sea como sea, aquel que tiene necesidad de leer, el que encuentra placer en la lectura (y leer es ciertamente una necesidad y un placer), continuará recurriendo a los libros, a los del pasado y a los del futuro. Un gran libro tiene valor no tanto porque nos enseña a conocer a un individuo

determinado, sino porque nos presenta un nuevo modo de comprender la vida humana aplicable a los demás que también podemos utilizar para reconocernos a nosotros mismos”.

Cada día me convengo más y más de que, por mucho que hablamos sobre la importancia de la lectura, no terminamos de asumirla en serio. Para enfatizar el tema de la lectura, me suele gustar repetir que hay tres verbos que no soportan el imperativo: leer, imaginar, amar. De nada sirve que ordenemos: lean, imaginen, amen. Y si es absurdo decir que no se tiene tiempo para amar, es igualmente absurdo decir que no se tiene tiempo para leer. Si obligamos a los niños a leer, nunca haremos lectores. Lo mismo que con el amor, hay que seducir para la lectura, provocar las ganas de leer, contagiar. Lo que pasa es que, como generalmente no sufrimos de ese mal, no podemos contagiarlo. Si los maestros no somos lectores, si no hemos descubierto la importancia y necesidad de la lectura en nuestras vidas, difícilmente haremos alumnos lectores.

Cuando suelo hablar con los maestros de estos temas, siempre sale la excusa de “que los libros están caros”. Yo acepto el comentario, pero suelo decirles que si en verdad quieren saber si son o no lectores, piensen si sienten frente a una librería, la misma atracción que , por ejemplo, frente a una boutique o una licorería ... Si no le jalan los libros y uno no se queda hipnotizado ante ellos, como puede quedarse frente a una vitrina que exhibe una bella cartera, un bolso, una falda, un pantalón..., que aunque uno no tenga dinero, se queda contemplando con admiración y deseándolos, ¿no es un verdadero lector!

Borges solía decir que le resultaba impensable un mundo sin libros y es triste constatar que muchos educadores no son amigos de los libros y pueden vivir perfectamente sin ellos. Nunca han sentido el vértigo de la seducción de un libro maravilloso como sí la sintió y nos la comunicó magistralmente Marcel Proust (1989, 7,8):

Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que creímos dejar sin vivirlos, aquellos que pasamos con un libro favorito. Todo lo que, al parecer, los llenaba para los demás, y que rechazábamos como si fuera un vulgar obstáculo ante un placer divino: el juego al que un amigo venía a invitarnos en el pasaje más interesante, la abeja o el rayo de sol molestos que nos forzaban a levantar los ojos de la página o a cambiar de sitio, la merienda que nos habían obligado a llevar y que dejábamos a nuestro lado sobre el banco, sin tocarla siquiera, mientras que, por encima de nuestra cabeza, el sol

iba perdiendo fuerza en el cielo azul, la cena a la que teníamos que llegar temprano y durante la cual no pensábamos más que en subir a terminar, sin perder un minuto, el capítulo interrumpido...

Las escuelas se suelen dedicar a enseñar a leer , pero no educan para la lectura. Con frecuencia, a juzgar por las metodologías y estrategias que utilizan, educan para aborrecer la lectura. Por ello, no forman lectores, personas que necesitan leer, alimentar su espíritu, su imaginación y pensamiento, tanto como su cuerpo; necesitan expresarse, comunicarse... Personas que abren un libro y se disponen a viajar por mundos desconocidos, a ser protagonistas de la increíble aventura de reescribirlo con su imaginación o su pensamiento. Porque cada lector, como nos lo dice ese extraordinario escritor paraguayo, Augusto Roa Bastos, reescribe el libro, lo resucita, le da vida. Cada lectura es, como en el amor, un acto de mutua posesión y entrega; porque leer es entregar y recibir; es “escuchar con los ojos” (Quevedo) y hablar con el pensamiento; es tomar y ofrecer, es vivir (se) reviviendo constantemente la propia vida que asumimos en la vida de los otros que leemos. Ningún texto se lee independientemente de la experiencia, de la vida, convicciones y creencias del lector. Por ello es imposible leer un libro dos veces igual y nadie lee nunca el mismo libro. Y si la genuina lectura supone entregar algo de sí, cada escritor sueña con un lector ideal, que lo supere, que vaya más allá del libro porque, como decía Sartre, “escribir es a la vez revelar el mundo y proponerlo como tarea al lector”.

La lectura del mundo precede siempre a la lectura de cualquier libro o texto. Es lo que, con tanta insistencia nos decía Freire (1984): “Leer y escribir son actividades comprometidas con el mundo y con la gente. Desgarrados del mundo, los textos no tienen sentido. La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra escrita y la lectura de un texto se prolonga en la inteligencia del mundo. La lectura es un modo de vivir, una manera peculiar de ejercer la conciencia. Leer es pensar, razonar, dialogar, criticar. Leer es ejercer de crítico. No importa la cantidad de textos leídos. Lo que importa es cómo se lee. Aprender a leer es iniciar un proceso de maduración que se prolonga a lo largo de toda la vida. La lectura crítica es diálogo porque supone estar dispuesto a atender tanto los argumentos del texto como los hechos del mundo. El diálogo con la palabra y con el mundo es compromiso vital con el entorno humano y material”.

Ciertamente que la lectura es un diálogo entre el autor del libro o texto y el lector desde su propio mundo cultural. En todo verdadero diálogo hablan dos

personas. Si el lector meramente escucha al libro y no tiene nada que decirle, no es un buen lector. De ahí que la lectura no puede ser meramente un objetivo de los primeros grados de la escuela, sino un reto de todo el sistema educativo. Todos los maestros y profesores, sin importar la materia que enseñen o el nivel que atiendan, deben ser educadores de la lectura. Porque uno nunca termina de aprender a leer. Si en verdad la lectura es un diálogo, cuanto más sabe uno, estará en condiciones de dialogar más profundamente con el autor, de ir más allá que él, de superarlo, de recrearlo, para así comprender mejor el mundo y poder intervenir en su transformación. Y en esto consiste precisamente la genuina lectura.

IV.1.1. La lectura como viaje

Dijimos más arriba que leer es un viaje. La lectura se nos presenta siempre como una aventura, como un desafío frente a nuestras propias limitaciones. Abrir un libro es disponerse a viajar por territorios desconocidos que deben ser descubiertos. Todo país extraño, todo texto se nos presenta como un enigma. El lector es el protagonista de la aventura. No puede permanecer pasivo, camina con las páginas del libro. En palabras de Laín Entralgo, “todo cuanto un hombre lee, es por él personalmente recreado, vuelto a crear”.

a) Función informativa

Como todo viaje, (Gándara 1993), la lectura puede tener una *función informativa*: uno lee para saber nuevas cosas, para encontrar soluciones a inquietudes y preguntas que se había planteado, para orientarse, para seguir una receta. Estudiar significa, ante todo, leer. La lectura se halla en el programa de todas las materias. En consecuencia, debe ser la preocupación de todos los profesores. Luchar contra el fracaso escolar implica obrar de manera plural e interdisciplinaria para que todos los alumnos dominen la lectura.

Hoy, a pesar de que es común la queja de que se lee muy poco, es impensable la vida moderna sin la lectura. El acto de leer es la actividad esencial de la vida cotidiana: leemos para agarrar el autobús o el metro, para comer en un restaurant, para seguir las indicaciones de una medicina, para hacer las compras en un supermercado, para montar un mueble que hemos comprado, para conocer la programación televisiva...Y si a algunos les preocupa que las nuevas tecnologías van a acabar con la lectura, más bien es al revés: sólo los buenos lectores podrán

sobrevivir y navegar con rumbo firme en el océano revuelto de internet Pero leemos siempre o por placer o por necesidad. Sin embargo, en la escuela se lee como imposición, sin objeto, sin proyecto. La lectura en la escuela suele limitarse a un ejercicio mecánico, sin reflexión y razonamiento. Se aprende a leer sobre frases concebidas para aprender a leer, y no para comunicar; se proponen contenidos de lectura o sin significado o con muy escaso que ciertamente no suscitan el interés.

b) Función lúdica.

También podemos viajar para divertirnos, y entonces la lectura- viaje tiene un carácter eminentemente de disfrute y gozo. Leemos para pasarlo bien. De hecho, es imposible llegar a ser un buen lector si uno no ha disfrutado de los libros. De ahí la importancia de iniciar a los niños primero en el hogar, luego en la escuela, en la lectura gozosa, amena, divertida...

El niño entra en contacto con la literatura (Gándara,1993, 86), en especial con la poesía, aun antes de nacer: “Percibe el ritmo a través de la madre; siente el latido de su corazón; el sonido de sus pasos; se balancea en el interior del vientre mediante el movimiento de las caderas. Y, cuando nace, su contacto con ella es continuo. La madre le acuna en los brazos para que se duerma, le mece al tiempo que le canta nanas”. Luego, cuando crece, empiezan los cuentos orales, los cuentos llenos de ilustraciones que la mamá o el papá le leen antes de dormir, en esos momentos que, como nos recuerda Rodari, se vive de un modo especialmente intenso la relación de hijo con los padres:

Mientras el río tranquilo del cuento corre entre los dos, el niño puede finalmente gozar de la madre o del padre a su antojo, observar todos los rasgos de su cara, la boca, la piel...Escucha sí que escucha, pero gustosamente se permite distraerse, por ejemplo si ya conoce el cuento(...) La voz de la madre no le habla sólo de Caperucita Roja o de Pulgarcito: le habla de sí mismo (...) El niño está también interesado en la voz materna, en sus tonos, volúmenes, en su música que comunica ternura, que disuelve los nudos de inquietud, que hace desvanecer los fantasmas del miedo.

Es poco lo que digamos de la importancia de iniciar al niño a la lectura en el hogar, pues el lector nace en la primera infancia. Y es mucho lo que pueden hacer los padres interesados si en verdad quieren tener hijos lectores: leerles cuentos, leer ellos con sus hijos, comprarles libros amenos y divertidos,

interesarse por ellos y preguntarles cuando los ven leyendo, comentar con ellos sus propias lecturas, llevarles a alguna librería o biblioteca, tener un rincón de lectura en la casa, colaborar con el plan de lectura del colegio..., en definitiva, crear un ambiente propicio, motivador de la lectura, de modo que el niño la perciba como algo gozoso y atractivo. Si a los adultos les fascinan los libros, probablemente les fascinarán a los niños con quienes viven. Esto implica también no contraponer nunca la lectura a la televisión, o amenazar a los hijos con el castigo de dejarlos sin ver televisión para obligarles a leer. De este modo, sólo estaremos reforzando la concepción de que leer es algo malo, que se hace por deber y obligación, y terminaremos logrando que los niños aborrezcan la lectura..

Desgraciadamente, son pocos los niños, incluso los que viven en familias acomodadas, que encuentran en su casa un ambiente motivador de la lectura. De ahí que, también aquí, le va a tocar a la escuela y al maestro esta tarea apasionante y tan esencial. Desde el momento en que el niño empieza a leer hasta el tiempo en que va dominando la lectura y encuentra en ella un placer y una necesidad, hay un largo proceso que la escuela debe alimentar y guiar, pero que, desgraciadamente, no siempre lo hace o lo hace bien. El niño que percibe el aprendizaje de la lectura como un proceso largo, difícil, penoso, punitivo, lleno de dificultades y de una sucesiva aplicación de métodos de reeducación, no sentirá placer ni se acercará en forma espontánea a la lectura. Porque el gusto por la lectura no se desarrolla bajo presión ni como obligación, ni con libros y textos aburridos o sin sentido, cuya única utilidad es enseñar a leer : “Pilo pule la pala”, “mamá amasa la masa en la mesa”.

De ahí la ejercitación continua de la lectura pues, cuanto más se lee, mejor se lee. Para ello, será necesario proporcionarles a los alumnos abundantes materiales de lectura, amenos e interesantes, adaptados a sus necesidades y gustos y de una gran variedad: cuentos, poemas, libros informativos, diccionarios, enciclopedias, libros de consulta, periódicos, revistas, catálogos, manuales, recetarios, cancioneros, mapas, guías de teléfonos, textos escritos por los propios niños, libros de adivinanzas, chistes, refranes...Y será necesario que los maestros comuniquen su propia experiencia como lectores y escritores, hablen de los libros que leen, comenten sus propios escritos, lean ellos también cuando se lo proponen a los alumnos. Todo esto exige que cada escuela y cada maestro tenga un proyecto no meramente para enseñar a leer y escribir, sino para hacer de sus maestros y alumnos lectores y escritores cada vez más autónomos e independientes.

Aquí pueden jugar un papel importantísimo las bibliotecas escolares y los maestros bibliotecarios. No podemos confundir las bibliotecas con depósitos de libros, ni sirve de mucho tener buenas bibliotecas si no tenemos buenos bibliotecarios. El maestro bibliotecario debe ser una persona que ama los libros, que conoce los gustos de los niños y concibe su trabajo como el de despertar la afición y el gusto por la lectura, el de guiar a los lectores por parajes apasionantes y desconocidos. Si la lectura resulta agradable, un libro llama a otro libro.

c)Función formativa o humanizadora.

Leo y me abandono, no a la lectura, sino a mí mismo (Fernando Pessoa)

Lo mismo que el viaje, la lectura puede tener una función formativa, de crecer internamente, de cultivar los sentimientos y el corazón, de construir la propia personalidad. En palabras de Maurois, “leer es encontrar la vida a través de los libros y, gracias a ellos, comprenderla y vivirla mejor. Un lector puede salir de un libro totalmente transformado”. Hay libros que son como fuentes de agua viva, donde uno puede lavar sus cansancios y abrevar sus ilusiones, sus ansias de ser y de vivir. Hay libros también que parecen árboles: brindan cobijo, dan sombra, succulentos frutos para alimentar la vida, el alma.

Por ello, a diferencia de la lectura por diversión o placer, en la que uno es libre para saltarse párrafos o incluso páginas, esta lectura implica el lento saboreo, la reflexión, la pausa creativa, el desdoblamiento sobre sí mismo. Italo Calvino lo ha dicho muy bellamente: “El libro es un compañero a la vez elocuente y mudo. Es un amigo que habla y escucha. Es un interlocutor discreto a quien siempre se puede interrumpir, con quien se puede reanudar el diálogo cuando uno quiere, sin que manifieste ningún pesar. Uno puede refugiarse en él y estar con él en una moderada soledad. La lectura no es comparable con ningún otro medio de aprendizaje y de comunicación, ya que la lectura tiene un ritmo propio, gobernado por la voluntad del lector; la lectura abre espacios de interrogación, de meditación, de examen crítico, en suma de libertad....En definitiva, estamos habitados por amigos y por libros”.

IV.1.2.-Leer la realidad

La función formativa de la lectura supone lograr lectores no sólo de libros y de textos, sino del contexto, de la realidad, para saber escuchar y responder a sus gritos desgarradores. Hoy, en nuestro mundo insensible e insolidario, hay muchos especialistas en lectura, que son unos analfabetos críticos, incapaces de leer la vida, la opresión, el sufrimiento. Con frecuencia, los programas educativos evitan la lectura de la realidad, ocultan el bosque con los árboles de los programas, impiden sumergirse en la vida. Todo gira en la trivialidad, en cuestiones sin importancia, en la repetición de conocimientos muertos, que sólo sirven para pasar programas y ascender en un camino educativo, cada vez más alejado de la vida. Frente a los problemas de Afganistán y Oriente Medio, la vieja escuela insiste en los faraones y en los espartanos. Frente a realidades como el sida, el recalentamiento del planeta, la clonación, la miseria y corrupción..., los programas siguen hablando de las fanerógamas, el arte etrusco, las características de la poesía de Garcilaso de La Vega, la sociedad ateniense...No estamos diciendo que no haya que conocer el pasado o el teorema de Pitágoras. Pero debemos conocerlos en cuanto nos ayuden a entender el presente, a comprender el mundo, a entendernos a nosotros.

Por ello, la Educación Popular Liberadora cultiva fundamentalmente la capacidad de ver y comprender la realidad, de imaginar la realidad posible y de comprometerse en su construcción

Educar para leer la realidad implica educar para leer, analizar críticamente y saber utilizar la televisión que cada vez más, en lugar de reflejar la realidad, la crea. Con la pretensión de objetividad y de reflejar la realidad, se nos proponen e imponen maneras de interpretar el mundo y lo que en él sucede. En palabras de Carlos Lomas (1998), “la televisión se está convirtiendo en una ‘industria de la realidad’; ella selecciona, exhibe lo que quiere e ignora y oculta lo que le conviene, pues los medios de comunicación no sólo informan de lo que pasa, sino sobre todo, seleccionan, exhiben e interpretan lo que pasa. Cuentan el mundo desde la visión y versión de los dueños de los medios. Ahora lo real no está fuera del hogar, está dentro de la ventana electrónica del televisor y asomarse a la realidad ya no exige salir a la calle sino, al contrario, quedarse en casa viendo televisión”. Eduardo Galeano (1989, 137) es todavía más contundente: “la televisión muestra lo que ella quiere que ocurra; y nada ocurre si la televisión no lo muestra. La televisión, esa última luz que te salva de la

soledad y de la noche, es la realidad...Fuera de la pantalla, el mundo es una sombra indigna de confianza”.

La televisión, y en especial la publicidad, tratan de dirigir nuestra conducta en un determinado sentido procurando que seamos lo menos críticos posible, es decir, que aceptemos lo que se nos presenta y obremos como se nos indica. La televisión, más que formar a los individuos (Delval, 2000), los “formatea”, tomando la expresión del mundo de las computadoras, lo que les impide la adquisición de cualquier otro formato, es decir, poder ver las cosas desde otra perspectiva: el televidente adquiere un formato que impide la existencia de otros alternativos y produce rigidez. Así pues, la capacidad de cambiar de puntos de vista, contemplar la realidad de otra manera, se ve limitada tras haber adquirido un formato determinado. De ahí la importancia de que las escuelas populares, que deben enseñar a analizar la realidad y a pensar de forma libre, no se queden cruzadas de brazos o meramente lamentándose de la poderosa influencia de la televisión, sino que cuenten con programas de lectura crítica de los medios. Los programas de televisión han de ser objeto de análisis dentro de la escuela para ayudar a entenderlos, analizarlos y criticarlos. El único modo de contrarrestar su influencia, como nos plantea Delval (2000) es “aprender a analizar su funcionamiento, descubrir sus trucos, discutir los mensajes que transmite; en una palabra, poder ver el fenómeno desde fuera, tomando distancia, la que nos proporciona el hecho de desentrañar sus procedimientos y formas de seducir”.

IV.2.- Enseñar a escribir

*De todo lo escrito, sólo amo lo que el hombre ha escrito con su propia sangre
(Nietzsche)*

Si es difícil llegar a ser un buen lector del contexto y de todo tipo de textos (literarios, científicos, técnicos, formativos, informativos, cotidianos...) y soportes (libros, periódicos, anuncios, pantalla telemática, imágenes fijas o en movimiento); resulta más difícil todavía llegar a ser un buen escritor. Para dominar la escritura, hay que leer y escribir mucho, hay que luchar con las palabras y con las ideas, y experimentar prácticamente que es un medio extraordinario para aclarar el propio pensamiento y comunicar a otros las vivencias, ideas, sueños, miedos, deseos e ilusiones.

Desgraciadamente, el sistema educativo no educa para la escritura. Enseña a reproducir más que a producir; a copiar, pero no a pensar ni a crear. Por confundir escribir con copiar, hay alumnos que pasaron nueve años en la escuela básica, dos en el bachillerato, cinco o más en la universidad, e incluso culminaron estudios de postgrado y en muy raras ocasiones escribieron algo propio, ni se les enseñó a escribir realmente, a comunicar de un modo personal su pensamiento o a volcar en un texto hermoso su creatividad. Se limitaron simplemente a copiar y transcribir en miles de páginas las palabras y pensamientos de otros, sin importar si lo hicieron en dictados, copiando directamente de los libros o enciclopedias en esos trabajos tan mal llamados de “investigación”, o previa memorización para responder exitosamente la serie de pruebas y exámenes que debieron sufrir en los años de su escolarización.

La escritura es un medio de comunicación y de creación, pero también lo es para aprender a pensar. Cuando escribimos, meditamos sobre las ideas que queremos expresar, examinamos y juzgamos nuestros pensamientos, reflexionamos, nos vamos aclarando. Y es que, como expresa magistralmente el escritor Julio Ramón Ribeyro, “escribir, más que transmitir un conocimiento, es acceder a ese conocimiento. El acto de escribir nos permite aprehender una realidad que hasta el momento se nos presentaba en forma incompleta, velada, fugitiva, caótica. Muchas cosas las comprendemos sólo cuando las escribimos”. De ahí que, si quieres saber lo que piensas, escríbelo. Detrás de muchas resistencias a escribir, se ocultan las resistencias a pensar.

Ningún texto es ideológicamente inocente. Uno escribe siempre lo que es. Lo que uno es y lo que piensa aparece siempre en lo que escribe. De ahí que sólo escribirá realmente el que sepa leer el mundo y la vida, y atrapar al lector, tocar las fibras sensibles de la persona. El oficio de escribir supone estar atento a la realidad (dentro y fuera de sí mismo), enamorarse de las palabras, y compartirlas con los otros, o sea “expresarse”, echar fuera de sí.

La educación tradicional niega la expresión: el maestro habla, el alumno escucha y tiene que oír sin interrumpir, y luego repetir cuando se le pregunta. De este modo, se aburre, se le condena al quietismo, a la pasividad, a la mera reproducción. Va asumiendo que la escritura es un ejercicio tedioso, ajeno a él. Se le niega la palabra, y con ella la posibilidad de ser. Quien no se expresa, se reprime, se deprime, lo suprimen.

De ahí que, si queremos formar escritores, debemos partir siempre del propio mundo, de la vida e historia de los alumnos; y crear un ambiente de libertad que favorezca la comunicación y la expresión. Formar a los alumnos para que sean capaces de decir su propia palabra como expresión de vida, de compromiso, en un mundo dominado por la propaganda y la palabrería hueca, por las frases y las opiniones hechas. Para, con las palabras-vida, combatir el analfabetismo crítico que tratan de imponernos, la dictadura del pensamiento único, la colonización de las mentes.

El arte de la escritura implica una lucha tenaz con las palabras. Para atrapar al lector, para seducirlo, hay que aprender a corregir, a perfeccionar, a no contentarse con una escritura fácil, sin esfuerzo. De ahí la importancia del silencio para ser capaz de madurar palabras personales. Sólo quien es capaz de escucharse, de escuchar el silencio, de escuchar al mundo y a los otros, será capaz de escribir palabras verdaderas. Escribir supone dudas, miedo, vacío, inseguridades, valor y mucho coraje para vencer mil tentaciones y llamados a hacer otra cosa, a posponer el acto de la creación, el vértigo de la página en blanco. La genuina escritura es 5 por ciento de inspiración y 95 por ciento de transpiración...Escribir es una especie de desangramiento y, como todo acto de creación, una mezcla de placer y sufrimiento.

La escritura otorga al escritor una especie de poder divino. Escribir es crear, recrear el mundo. Las palabras son seres vivos: con ellas podemos acariciar, ofender, dar vida, aniquilar...La creación se alimenta y alimenta. Un libro llama a otro libro. Algunas veces, el poder divino de la creación se posesiona de uno y entonces, el libro se escribe solo: “Se empieza a escribir un libro (Muñoz, 1992) como se emprende irreflexivamente un viaje, o como se viven las primeras horas de un amor. No sabemos lo que ocurrirá en la página siguiente, ni cómo serán las ciudades que visitaremos, ni a dónde nos llevará ese preludio tibio de ternura en el que nos aventuraremos igual que en los recodos desconocidos de una calle nocturna. Lo único que sabe o sospecha el viajero, el escritor, el amante, es que está siendo impulsado hacia un territorio donde no van a servirle sus normas usuales, y que valdrá la pena su temeridad en la medida en que descubra cosas que no pudo imaginar, no sólo paisajes o ciudades exteriores, sino galerías íntimas de su propia conciencia, islas vírgenes de imaginación y de su mirada, incluso de su piel”.

Escribir es comunicar, derramarse en los demás para desatar procesos de creación, de ilusión, de esperanza. Como ha escrito Eduardo Galeano, “uno

escribe, pero el texto se realiza en el lector. Las palabras viajan dentro de él, le pertenecen. La escritura es una forma de buscar al otro, de darse, de entregar el alma. Supone la aventura de la incertidumbre. Es como arrojar botellas al agua con mensajes de amor, de esperanza, con la ilusión de que alguien las recogerá y responderá”.

Por todo lo que hemos dicho, necesitamos escuelas y maestros activamente comprometidos en la educación de la lectura y la escritura. La lectura y escritura se alimentan mutuamente. Nadie se hace escritor sin haber leído mucho, y si hay lectores que no son escritores, es impensable un escritor que no sea un gran lector. Escribir ayuda a leer. Las mejoras en la escritura, disminuyen las dificultades en la lectura. Hacer escritores es invertir en lectores. De ahí que si queremos formar alumnos lectores, despertemos en ellos el deseo de escribir. Si promovemos en las aulas sistemáticamente una escritura personal y creativa, tendremos lectores, hombres y mujeres pensantes, críticos, responsables. Pero el niño sólo se hará escritor y se lanzará a escribir libremente si siente que tiene algo que decir, y lo que cuenta o dice es valorado por los demás. De ahí la importancia de crear en el salón un ambiente motivador, donde los alumnos se sientan deseosos de expresar sus sentimientos, ideas, ocurrencias y vivencias tanto en forma oral como por escrito.

Por reconocer la importancia formadora de la auténtica escritura, la Educación Popular Liberadora cultiva con esmero el arte de la sistematización. Sistematizar las prácticas es aprender de ellas para mejorarlas y cambiarlas. La sistematización busca sacar la teoría que está en la práctica, lograr que los profesionales de la acción se vuelvan también profesionales de la reflexión, de modo que el nuevo aprendizaje se traduzca en cambios cualitativos en su hacer.

Sistematizar supone superar el mero echar el cuento, la descripción del proceso vivido, pues pretende el análisis, síntesis y la interpretación crítica del camino recorrido para aprender de él y superar los errores y problemas.

IV.3.-La alfabetización tecnológica

Educar para la productividad supone también asumir creativamente los nuevos retos del desarrollo y cultura tecnológicos, “inculturar la educación de los pobres, de modo que estos ni sean absorbidos por la nueva cultura tecnológica – como simples y desarraigados usuarios de la cultura moderna-, ni queden

excluidos de ella, por ser incapaces de incorporarse a ese nuevo mundo” (Fe y Alegría 2000, 7).

Las computadoras hoy son imprescindibles, pero nada va a cambiar en serio si meramente nos limitamos a poner computadoras en las escuelas. En la década de los noventa, como plantea Rosa María Torres, los alumnos recibieron del Estado libros y los profesores la capacitación para enseñar a pensar según las bases del constructivismo. El resultado práctico fue que los alumnos han seguido siendo memoristas, repetitivos y rutinarios. En la nueva década, alumnos y profesores recibirán computadoras bajo la expectativa de que así se va a transformar la educación. El resultado podría ser un uso mecánico de la computadora e internet, en formas de asignaturas convencionales del currículo lo que posiblemente familiarizará a los alumnos en la tecnología, pero no les enseñará a pensar ni, en consecuencia, a transformar la realidad. Una educación bancaria con computadoras seguirá siendo una mala educación con aparatos tecnológicos.

Por todo esto, no podemos seguir siendo ni tecnófilos ingenuos, ni tecnófobos miedosos y anclados en el pasado. No podemos creer que la solución de la educación nos vendrá si nos conectamos a internet, pero tampoco podemos tenerles miedo o prescindir de las nuevas tecnologías. Necesitamos con urgencia abrir los currícula a las transformaciones científicas y tecnológicas, alfabetizar científica y tecnológicamente a los educandos, proporcionarles las competencias necesarias para que no queden al margen del trabajo productivo y puedan participar en la comprensión y transformación de la sociedad. El desafío consiste en formar a los educandos con capacidades para imaginar y construir un modelo social alternativo, una sociedad donde la productividad y el crecimiento sean compatibles con la equidad y la justicia

El uso hoy imprescindible y la apropiación crítica de las nuevas tecnologías debe ser, sin embargo, el resultado de una decisión pedagógica global y no meramente una opción técnica. Esto va a suponer tener claro para qué y cómo vamos a usar las nuevas tecnologías, lo que implica, por supuesto, conocer bien su uso y posibilidades. Como ha escrito Daniel Gil Pérez (1984) “el papel de la educación ante las transformaciones científico-tecnológicas, ha de contribuir a hacer frente, de forma global y coherente, al triple desafío que supone el desarrollo de los pueblos (incluido, por supuesto, el desarrollo cultural), el fortalecimiento de los sistemas democráticos y los procesos de integración que resuelvan los inaceptables e insostenibles desequilibrios actuales, respetando al mismo tiempo la diversidad cultural”.

El verdadero reto consiste en apropiarse crítica y creativamente de las nuevas tecnologías, cuya implantación debe ser el resultado de una decisión pedagógica global y no meramente de una opción técnica, de modo de integrarlas a una propuesta educativa que ayude a empoderar a los alumnos. La estrategia respecto a las nuevas tecnologías debe formar parte de un plan coherente de mejoramiento educativo. No podemos olvidar que los beneficios que podrían derivarse de estas herramientas no son inherentes a las herramientas mismas, sino que dependen de la manera en que estas se utilizan.

La estrategia respecto a las nuevas tecnologías debe formar parte de un plan coherente de mejoramiento educativo y verdadera innovación. Pero como nos advierte Rosa María Torres en **“Los espejismos de la innovación”**, si bien *“la innovación educativa está de moda y se proclama en todas partes, poco de lo que uno ve es genuinamente innovador, es decir, genuinamente revelador de un pensamiento y una práctica pedagógica alternativa. Los maestros y padres de esta escuela han sucumbido a los espejismos de la computadora, el inglés, el huerto escolar, el acuario, el reciclaje de la basura..., la biblioteca de aula, el laboratorio, el uso de videos en clase, los rincones de actividades, los temas transversales...No obstante, por debajo de la hojarasca, en escuelas públicas y privadas la pedagogía continúa frecuentemente incuestionada e intocada, anclada en una concepción antigua y superada de lo que es enseñar y aprender, en el memorismo y el enciclopedismo, en la repetición sin comprensión, sin conocimiento. Una educación así, aún y si tiene a disposición computadoras, laboratorios, bibliotecas y una infraestructura de primera, es una educación de segunda, una educación que priva a niños y jóvenes de lo fundamental: el derecho a pensar, a comprender, a ser tratados como seres inteligentes, a desarrollarse plenamente como personas. Una educación que atrofia el sentido y el placer de aprender, que deja huellas indelebles sobre la matriz de aprendizaje de niños y jóvenes, es una educación que hace más daño que bien”*.

V.-Reto de la integración con la comunidad

Es evidente que no es concebible una escuela popular si no está integrada a su comunidad. Un centro educativo-isla, cerrado al barrio y sus problemas, es un contrasentido para la Educación Popular Liberadora. La escuela debe ligarse a las necesidades locales y ser un espacio abierto donde la comunidad se cuestiona a sí misma, va madurando, se va politizando y así se va historizando. En breve,

la escuela debe partir del entorno cultural comunitario, sufrir con la comunidad sus comunes dolores, expresar sus sueños y esperanzas y celebrar sus pequeños triunfos en la tarea de transformar la realidad. Esto supone un cambio de concepción y de actitudes no sólo en los directivos, maestros y alumnos, sino también en los padres y representantes que con frecuencia, consideran que su labor educativa llega hasta inscribir al hijo o a la hija en la escuela. Hoy, y como ya apuntamos cuando hablamos de las dificultades de educar, aunque sólo sea por razones de supervivencia, familias y escuelas están condenadas no sólo a entenderse, sino a cooperar estrechamente. No es posible que en la escuela se busquen y pretendan unos valores que no son compartidos o vividos en la casa. Esto va a suponer que las familias recuperen su papel de primeros educadores, y que se asuman también como educandos, dispuestos a cambiar y transformarse, a involucrarse activamente en la construcción del proyecto del centro educativo, de modo que la escuela se vaya estructurando como un modelo de la nueva sociedad que se pretende.

El cambio necesario sólo será posible si todos los involucrados en el proceso educativo comienzan a entender que la labor de la escuela popular va mucho más allá de transmitir ciertos conocimientos, habilidades, destrezas y conductas, pues implica la búsqueda y construcción colectiva de formas de vida cada vez más humanas.

Integrar la escuela al entorno, a la vida del barrio y de la comunidad, supone un largo proceso que comienza en la misma selección de los contenidos que se van a trabajar en el aula; pasa por un cambio de las reuniones de padres y representantes haciéndolas momentos de reflexión, participación y formación; por la revisión del papel de la junta directiva que sólo suele representarse a sí misma y raramente asume el papel de formadora de la comunidad que representa; de las actividades especiales, que deben encarnarse en la cultura de la comunidad; por la formación sistemática y paciente de núcleos organizados (equipos, escuela de padres, cooperativas, comunidades cristianas de base, madres voluntarias, centros culturales y deportivos...) de modo que, poco a poco la escuela se va convirtiendo en un centro comunitario de producción cultural y de organización comunitaria, en un espacio para enfrentar y resolver colectivamente los problemas que castigan a la comunidad. La Educación Popular Liberadora nos exige a todos, como ya señalamos más arriba, superar esa imagen de escuela como un lugar donde los alumnos van a aprender datos y conocimientos escolares que les van a permitir pasar de un grado a otro, los maestros van a enseñar esos conocimientos y la comunidad llega hasta el portón;

para empezar a concebirlo y estructurarlo como un centro comunitario donde todos (directivos, docentes, alumnos, representantes...) van a aprender a vivir y convivir, a organizarse, a irse haciendo mejores personas, trabajadores responsables y eficientes, y ciudadanos con voz y con poder.

La superación de estos retos va a exigir de los maestros mucha fidelidad creativa para, bien afincados en las raíces de los valores fundamentales, atreverse a volar. “Solo una Educación Popular –escribe Raúl Leis (2.000, 59)- con raíces y alas, podrá responder a los desafíos presentes y venideros. Las raíces es la revalorización de la memoria y los procesos históricos; de las identidades y culturas; de los compromisos originales con los excluidos; del género, la edad y la etnia; de la participación y la ética. Las alas significan la capacidad de renovar e innovar, el asumir las nuevas tareas creativa y audazmente; escapar de dogmas estigmas; y del miedo a volar”.

De ahí la necesidad de formar verdaderos maestros. Tenemos muchos licenciados, profesores y magisters, pero escasean cada vez más los maestros: hombres y mujeres que encarnen estilos de vida, ideales, modos de realización humana. Personas orgullosas y felices de ser maestros, que asumen su profesión como una tarea humanizadora, vivificante, como un proceso de desintalación y de ruptura con las prácticas rutinarias. Que buscan la formación continua no ya para acaparar títulos, credenciales y diplomas, y de esta forma creerse superiores, sino para servir mejor a los alumnos, capaces, por ello de liberarse de la seducción de los papeles y de la enfermedad de la titulitis (Hoy, en este mundo donde proliferan los estudios de postgrado, casi siempre emprendidos para ascender y no para mejorar las prácticas, los buenos maestros lo seguirán siendo a pesar de las maestrías; los malos maestros serán peores por su maestría).

Maestros “que ayudan a buscar conocimientos sin imponerlos, que guían las mentes sin moldearlas, que facilitan una relación progresiva de la verdad y viven su tarea como una aventura humanizadora en colaboración con otros” (Barrero 2001, 702). Maestros comprometidos con revitalizar la sociedad, empeñados en superar mediante la educación la actual crisis de civilización, capaces de reflexionar y de aprender permanentemente de su hacer pedagógico, y que se responsabilizan por los resultados. Maestros preparados y dispuestos para liderizar los cambios necesarios, que se esfuerzan cada día por ser mejores, y por mejorar la educación y la sociedad.

Maestros que se conciben como educadores de humanidad, no ya de una materia, sino de un proyecto, de unos valores, de una forma de ser y de sentir. Habitados por la ilusión, la esperanza y la responsabilidad. “Sin estos maestros (Mardones 2001, 660) con esperanza en el ser humano, actitud abierta y solidaria, compasión efectiva, sentido crítico frente a lo dado y búsqueda de un ejercicio de la libertad responsable, no hay esperanza para la educación”.

Si ninguna otra profesión tiene, a la larga, consecuencias tan importantes para el futuro de la humanidad como la profesión de maestro, la sociedad debería abocarse a considerar esta profesión de un modo tan especial que los mejores ciudadanos la sientan atractiva.

EPILOGO PARA EDUCADORES CRISTIANOS

SEGUIR A JESÚS HOY

Los educadores cristianos asumimos la educación como una propuesta evangelizadora-liberadora para que los alumnos puedan desarrollar todas sus potencialidades y realizar a plenitud su misión en la vida. Esto implica el cultivo de su espiritualidad, de modo que el alumno pueda abrirse a la vivencia de una fe que se expresa en el servicio solidario de los más débiles y pequeños, y en el empeño tenaz por colaborar en la construcción del Reino de Dios en la tierra.

Asumimos que la espiritualidad tiene que ver con la manera de ser cristiano hoy, en tiempos de globalización y también de brutal exclusión, donde el individualismo más feroz y la codicia se presentan como virtudes fundamentales, y donde el seguir proponiendo la solidaridad, el servicio, la justicia, el amor eficaz, la opción por los perdedores..., aparece cuando menos como algo anacrónico, *demodé*, completamente trasnochado.

Si la espiritualidad consiste en seguir a Jesús y es un caminar según el Espíritu, no podemos dejar de contextualizar ese seguimiento, ese caminar, en un mundo (Pérez Gómez 1998) de absoluto relativismo cultural y moral, donde se impone cada vez con más fuerza la ética del todo vale, la tolerancia superficial entendida como ausencia de compromiso y orientación, la competencia salvaje, el individualismo egocéntrico junto al conformismo social, el reinado de las apariencias, de las modas, del tener sobre el ser, la exaltación de lo efímero y cambiante, la obsesión por el consumo, consecuencias lógicas de una forma de concebir las relaciones económicas, que condicionan la vida de los seres humanos, reguladas exclusivamente por las leyes del mercado. El mundo se ha convertido en un gran supermercado que nos ofrece saciar todos los caprichos que el mismo mercado nos recrea permanentemente. Por eso, abunda también la religión a la carta, según el gusto del consumidor. En el bazar de las creencias, todo vale por igual: horóscopos, tarot, astrología, gurús, pentecostalismo, libros de autoayuda, sectas.. En palabras del jesuita centroamericano Benjamín González Buelta, “cuando la Iglesia Latinoamericana ha comenzado a mirar

hacia abajo, el imperio nos está invadiendo de sectas que nos invitan a mirar hacia arriba”.

Tenemos así la proliferación de una religiosidad hecha a nuestra medida, muy cómoda, sin exigencias ni prójimo, con el único DIOS MERCADO, que nos ofrece una felicidad reducida a los meros niveles del consumo y rebaja los sueños a conseguir objetos de marca que nos distingan y nos siembren la ilusión de que somos superiores y mejores. La esperanza anda desrumbada y agónica. Nieva mucho y fuerte en los corazones que buscan calor llenándose de cosas.

Seguir a Jesús hoy

Los cristianos debemos comenzar por preguntarnos qué significa seguir a Jesús hoy, a comienzos del siglo XXI, no vaya a ser que nos suceda como a los discípulos de Emaús (Lucas 24, 13 y ss) que no lo reconocieron a pesar de que caminaba a su lado. Ellos buscaban al Jesús muerto, al Jesús de sus ideas y recuerdos, no al Jesús vivo, al resucitado. Tal vez también nosotros no estemos reconociendo a Jesús porque seguimos empeñados en buscar a un Jesús que ya no existe, el Jesús de nuestra infancia, el Jesús de ayer, el que nos propone una religión acomodaticia y poco exigente.

De ahí la necesidad de leer la realidad de los tiempos que vivimos, en lo que se ha venido a llamar “crisis de civilización”, a la luz del evangelio, para que seamos capaces de leerla con el corazón de Dios y seamos fieles y eficaces en el seguimiento al Jesús vivo, que continúa caminando a nuestro lado.

Para los cristianos, Jesús nos hizo una doble e importantísima revelación: en primer lugar, nos reveló cómo es Dios, pues los hombres se habían hecho una imagen falsa de El y lo estaban presentando como un Ser lejano e inaccesible, como un Tirano, como Dios de la violencia y de la guerra...Había sucedido lo que tan acertadamente expresara Feuerbach: Según la Biblia, Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza; y los hombres le pagaron con la misma moneda: se hicieron un Dios como eran ellos: pequeño, mezquino, vengador...Jesús acabó con tanta confusión y nos reveló a Dios como Padre, un Dios-Amor, un Dios Solidario que se conmueve ante el clamor del desvalido, del huérfano, de la viuda, del pobre, y en la locura de su pasión por los más necesitados, nos envía a su Hijo para que nos enseñe el camino de la filiación y de la vida plena. Por eso, en segundo lugar, Jesús nos reveló también lo que significa ser hombre. Cuando nos invita a seguirle, no nos ofrece una vida

insípida e incolora, sino que nos está proponiendo el camino hacia la plenitud, a la auténtica realización como personas. Jesús no vino a enseñarnos un conjunto de doctrinas, mandamientos y leyes, sino una forma de ser plenamente hombres y mujeres. En palabras de Castillo y Estrada (1994) “Ser cristiano es una forma de ser hombre o mujer según Jesús”. Jesús es la respuesta a todas las preguntas esenciales, esas preguntas que nos enfrentan al misterio de la existencia y de la vida que hoy evade la humanidad, porque si se las planteara con responsabilidad y se atreviera a responderlas con sinceridad, tendría necesariamente que cambiar de rumbo.

Jesús es camino para ir al Padre, para reconocer al otro como hermano y para, al vivir las exigencias de la filiación común, fundamento de la fraternidad, encontrar la plenitud. Es, por ello, **meta y camino** al mismo tiempo: realización ya lograda y camino para lograrla. Jesús, vida plena, nos mostró un camino de vida para vivir plenamente. Su doctrina nos hermana, nos impulsa a vivir como quiere el Padre que nos convoca a vivir la solidaridad efectiva, que haga posible la fraternidad. De ahí que frente a todo intento de dualismo que ha entendido la espiritualidad como oposición a carnalidad, o como huida del mundo, vivir espiritualmente o según el Espíritu, debe significar la manera en que los seres humanos se trascienden a sí mismos hasta alcanzar las posibilidades últimas de la existencia. Como tal, la espiritualidad implica a la vez el conocimiento del significado más profundo de la existencia humana y el compromiso de hacerlo realidad. Si realmente creemos que Dios es Amor y que todos somos amados incondicionalmente por El, debemos convencernos de que nacimos para la felicidad. Dios quiere para todos y cada uno de nosotros vida, vida en abundancia. Como Padre infinitamente bueno quiere que todos disfrutemos de condiciones de vida dignas y vivamos felices. Además nos mostró el camino para alcanzar la felicidad. Todos decimos que queremos ser felices pero no buscamos la felicidad, o no la buscamos donde Jesús nos indicó que estaba. La confundimos con su mero reflejo y la buscamos en las cosas materiales. No nos atrevemos a caminar con radicalidad el camino de Jesús, nos da miedo vivir como El, nos cuesta identificarnos con sus valores y experiencias. Por ello, nos aferramos a pensar que la felicidad consiste en conseguir el objeto de nuestro apego y no queremos entender que la felicidad está precisamente en la ausencia de los apegos, y en que ninguna cosa se adueñe de nuestro corazón. Como ha escrito magistralmente Frei Betto, “todo ser humano es un peregrino de lo Absoluto. Exceptuando a Dios, nada nos sacia. Y como Dios habita en la profundidad del Amor, tanteamos en busca de ilusorios consuelos, incurriendo en la ambición que nos hace confundir las cosas”.

Ahora bien, si realmente creemos que Dios es Amor, creemos que todos somos incondicionalmente amados por El y creemos que estamos llamados a amar a Dios, a amarnos nosotros y amar a los demás, debemos transformar el amor en **servicio, en solidaridad**, nuevo nombre de la caridad. El amor es esencialmente acción. Es la fuerza dinámica del servicio práctico. El que ama de verdad, no sólo está dispuesto a darlo todo, sino que está dispuesto a **darse**. Amar al prójimo como a mí mismo me exige querer para él la misma educación, vivienda, modo de vida que quiero para mí y para los míos y comprometer mi vida en hacer eso posible. La defensa de los derechos humanos, se convierte en la obligación de hacerlos posibles. En definitiva, el amor es un principio de acción, una entrega comprometida a cambiar y combatir todo lo que niega o impide la vida humana de los demás, especialmente de los hermanos más débiles y pequeños, los pobres, los excluidos, los despreciados, los ancianos y desvalidos, los indígenas, los sin techo y sin escuela, todos aquellos con los que Jesús se identificó y por los que nos juzgará en la hora definitiva: **“Lo que hicieron a uno de esos hermanos más pequeños, me lo hicieron a mí”**(Mateo 25, 40). . Seguir a Jesús implica, por consiguiente, un compromiso con el pobre, con el excluido, con el necesitado, con el débil, con todos aquellos a los que se les niega la vida , en los que Dios se oculta y al mismo tiempo se revela. Traduciendo todo esto al campo educativo, seguir a Jesús es optar por el alumno más necesitado, más débil, más problemático, viendo en él al propio Jesús. El amor se transforma en servicio, en solidaridad, como expresión de la genuina libertad cristiana y como camino para vivir la plenitud humana y alcanzar la felicidad. Dicho con los versos de R. Tagore:

Yo dormía
y soñaba
que la vida era alegría.
Desperté
y vi que la vida era servicio
Serví
y vi que el servicio era la alegría.

El seguimiento supone un encuentro previo con Jesús y una conversión

Para seguir a alguien, es preciso haberse encontrado primero con él. El encuentro con Jesús, un encuentro buscado por El, es el fundamento de toda espiritualidad cristiana. **“No me han elegido ustedes a mí, sino que yo los he elegido y los he**

puesto para que vengan y den fruto” (Juan 15, 16). El ser sujetos de la predilección de Dios, sujetos de su elección, el captar la gratuidad de su amor especial, el sabernos elegidos como educadores para continuar su misión recreadora y humanizadora del mundo, debe llenarnos de agradecimiento, alegría y estímulo para tratar de vivir las exigencias de esa predilección especial. Por mucho que uno dé, nunca podrá devolver ni siquiera una mínima parte de lo mucho que hemos recibido. Porque se nos ha dado mucho, debemos mucho a los demás pues Dios nos eligió para hacerse presente por nuestro medio en ellos. Todos somos hijos de Dios, pero somos pocos los que lo sabemos y lo experimentamos, y por eso tenemos el deber de enseñarlo con nuestra palabra y vida a los demás.

El encuentro con Jesús, el ser encontrado y elegido por El, la invitación a seguirle, implica caminar a su lado, no tanto hablar o reflexionar sobre el camino. Una profesión de fe sin seguimiento sirve de muy poco. Seguir a Jesús es (Peresson 1999) “proseguir su obra hasta conseguir el Reino”, lo que exige, sobre todo, ser solidario: “Jesús fue un hombre solidario y todo su mensaje y acción viene a ser anuncio y realización de una solidaridad sin fronteras”. Los evangelios nos presentan a un Jesús tierno y comprensivo que se conmueve ante el dolor y siempre está abierto a las necesidades de los demás. Jesús sintió compasión, es decir, padeció con, compartió la pasión de los que sufrían. Sintió como suyo su dolor. Y la compasión le comprometió a actuar: dio de comer a los hambrientos, curó a los enfermos, consoló a los afligidos... La práctica inclusiva de Jesús no permite que sus seguidores tengan prácticas excluyentes por razones de género, raza, cualidades, condición social...

Jesús (Peresson, 1999) “invirtió completamente las estructuras de la sociedad: en lugar de acumulación de riquezas injustas, planteó el compartir en solidaridad; en lugar del poder absoluto y aplastante, propuso el servicio; en vez del prestigio excluyente, reconoce y valora en cada persona su dignidad de hijo e hija de Dios, y la igualdad fraternal; y sustituyó el peso aplastante de los preceptos y leyes humanas por el primado del mandamiento nuevo del amor que nos hace libres”. Como Buen Samaritano, Jesús rompió con la lógica religiosa, con la lógica social, con la lógica legal y se comprometió hasta el final con el herido que encontraba en su camino. Por ello, el seguimiento de Jesús exige una profunda **conversión**, una ruptura con el modo en que el mundo ve la realidad y entiende la vida, la felicidad, la plenitud para aceptar la locura de que el único modo de ganar la vida es perderla, locura de incluir en el corazón y en el proyecto de vida a los excluidos que son los predilectos de Dios.

Los seguidores de Jesús debemos atrevernos a mirar la realidad con los ojos de los pobres para ver las cosas como son y no aceptar las explicaciones y análisis de los que buscan que todo siga igual y nada cambie. Desde los pobres, como ha escrito Jon Sobrino, “se ve mejor el mundo como es, no se aprisiona su verdad. Pero como esa realidad es pecado y como el pecado busca siempre ocultarse, pasar desapercibido o incluso hacerse pasar por lo contrario, llegar a ver el mundo desde los pobres es también conversión; objetivamente, en contra de las apariencias, y subjetivamente, en contra del propio interés que busca hacer coincidir la realidad con lo deseable para uno. La opción por los pobres es, pues, antes que nada, una opción por la verdad, por ver la realidad de este mundo tal cual es, una conversión epistemológica radical y una apuesta –verificada después- de que desde los pobres se transparenta mejor la verdad del mundo”.

Por todo esto, el seguimiento a Jesús o caminar según el Espíritu, la espiritualidad, no puede ser entendida como una especie de arrobamiento o embeleso, que nos aísla del mundo y de los demás, sino que debe expresarse en frutos de vida (amor, paz, justicia, solidaridad...), y en oposición al pecado, es decir, a toda actitud y conducta que niega e impide la vida (egoísmo, desprecio, explotación, codicia, idolatría...), en especial al pecado **mortal**, que consiste precisamente en aquellas acciones que causan la muerte de los demás o los condenan a formas de vida inhumanas. Renunciar a la carne y vivir según el Espíritu es estar siempre disponible para Dios en el servicio a los demás. Ofender a Dios es negar al hermano.

La conversión no se hace de una vez por todas, sino que implica un esfuerzo permanente por ser fieles al Espíritu de Jesús, por seguir caminando a su lado en el servicio a los demás, sobre todo a los más pobres y necesitados. Esto implica aceptar las propias debilidades como propuestas de superación continua, sabiendo que Dios conoce nuestras flaquezas y traiciones y las perdona antes y más profundamente de lo que lo hacemos nosotros mismos. Dios parece hablar el lenguaje de los waraos que, para decir perdón, dicen **olvido**.

Por constatar lo difícil de un caminar contracorriente, tachado como locura o absurdo por el mundo, y constatar la fragilidad de una conversión siempre amenazada por los halagos de una cultura que cuelga sus baratijas en nuestras flaquezas, necesitamos hoy mucho de la oración. Para vivir y hacer vivir, para amar y hacer amar, para reír y hacer reír, necesitamos espacios de soledad y de oración. Necesitamos encontrarnos con nosotros mismos, y dejarnos encontrar

por Dios, para que El señale los pasos de nuestra vida y nos dé la fortaleza para andarlos.

La oración no puede ser sustituto del caminar, del seguimiento, pero no es posible seguir adecuadamente a Jesús sin oración. Una oración que transforme la vida, que dé fruto, que se traduzca en disposición a cambiar, en fuerza para seguir, en cercanía a los demás. Necesitamos orar mucho para ser fuertes, para comprometernos verdaderamente en vez de hablar tanto y tan bonito del compromiso. La oración proporciona fuerzas para perseverar, para seguir firmes a pesar de los fracasos. Sólo con una vida de oración es posible mantener viva la esperanza, reavivar la utopía, permanecer fieles en la solidaridad. Una oración que no mueva al servicio, que no se traduzca en cercanía con el prójimo, es una oración estéril. En vez de ser una súplica humilde y confiada o un diálogo con el Dios de Jesús para conocer sus pasos y tener la fuerza de seguirlos, es un monólogo narcisista con uno mismo.

Seguir a Jesús implica aceptar la cruz y anunciar la esperanza de su resurrección.

Si hoy sólo se puede ser cristiano en el servicio eficaz a los más pobres y aceptamos que vivimos en un mundo donde impera la muerte pues niega la vida, o una vida digna a las mayorías, seguir fielmente a Jesús pasa necesariamente por aceptar también su cruz. El rechazo de la pobreza desde la solidaridad con los pobres, el optar por los cristos rotos de Latinoamérica, el entender la fe como un compromiso de ayudar a bajar de la cruz al pueblo crucificado, implica estar dispuesto a correr la propia suerte de ese pueblo. Jesús sigue crucificado en los crucificados de nuestra historia. Pero está en la cruz gritando por la vida y por la resurrección. “Jesús de Nazareth, solo entre el cielo y la tierra, clavado en la cruz de todas las injusticias, de todos los egoísmos y pecados, clavado en la cruz de todos los crucificados de esta tierra, nos entrega su vida para que seamos hombres y mujeres de esperanza. También hoy es posible decir ‘todo está cumplido’, ante el juicio del mundo que sigue clavando a hombres y mujeres en las tantas cruces de cada día, porque a través de nuestras muertes podemos creer en la esperanza, en la utopía, en la vida a pesar de que parece que sigue imperando la muerte. Desde la cruz, Jesús nos grita que sí es posible la vida, que es posible la resurrección. Nos está gritando que su causa, la causa de Dios, no ha muerto y debemos continuarla” (Martínez, 2001).

Para los cristianos, la cruz no es la última palabra. Es paso, es pascua, a la vida. El Padre resucitó a Jesús y quedaron derrotados la muerte y sus heraldos. El verdugo no triunfó sobre la víctima. Por eso, el cristiano vive su espiritualidad como esperanza, y frente a las antiutopías del presente que niegan el futuro, afirma con pasión el Reino y entrega su vida a hacerlo presente. Seguir a Jesús y aceptar a Dios como Padre es vivir abierto al futuro, aferrado a la esperanza, sin la cual no se concibe el amor. Esperar (Bazarra, 1999), “es ir por el mundo sembrando, arriesgando. Ser hijo es tener siempre una esperanza, algo por lo que luchar, por lo que vivir”. La fe nos obliga a ser utópicos. Jesús nos ordenó que buscáramos el Reino, la fraternidad, y nos dijo que, al buscarlo, de algún modo ya se hacía presente entre nosotros. Los educadores cristianos debemos ser sembradores de esperanza y trabajar con pasión por la transformación profunda del mundo que vivimos. Es urgente, en consecuencia, que recobremos nuestra vocación profética para denunciar los ídolos que causan la muerte (violencia, opresión, avaricia, corrupción, injusticia...) y anunciar con valor al Dios de la Vida.

Seguir a Jesús como educadores cristianos. La parábola del buen samaritano: el excluido se hace prójimo.

Los educadores cristianos tenemos en la parábola del buen samaritano un modelo claro y concreto de la pedagogía de Jesús (Burone s.f.)

En esto un jurista se levantó y, para ponerlo a prueba, le preguntó:

-Maestro, ¿qué debo hacer para heredar vida eterna?

Jesús le contestó:

-¿Qué está escrito en la Ley?, ¿qué es lo que lees?

Replicó el jurista:

-Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma, con toda la mente, y al prójimo como a ti mismo.

Jesús le respondió:

-Has respondido correctamente: hazlo y vivirás.

El jurista, queriéndose justificar, preguntó a Jesús:

-¿Y quién es mi prójimo?

Jesús le contestó:

-Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Tropezó con unos bandoleros que lo desnudaron, lo cubrieron de golpes y se fueron dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo.

Lo mismo un levita, llegó al lugar, lo vio y pasó de largo. Un samaritano que iba de camino llegó a donde estaba, lo vio y se compadeció. Le echó aceite y vino en las heridas y se las vendó. Después, montándolo en su cabalgadura, lo condujo a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al posadero y le encargó: Cuida de él, y lo que gastes te lo pagaré a la vuelta. ¿Quién de los tres te parece que se portó como prójimo del que tropezó con los bandoleros?

El jurista contestó:

-El que lo trató con misericordia.

Y Jesús le dijo:

-Ve y haz tú lo mismo. (Lucas 10, 25-37)

Primera lección: Los valores no se recitan: se viven

El jurista sabía perfectamente lo que había que hacer para heredar vida eterna: amar a Dios y al prójimo. Jesús reconoció que su respuesta era correcta, pero enseguida le añadió que, si quería tener vida, debía practicar lo que sabía. El saber lo que hay que hacer no sirve de nada si no se practica. No se trata de recitar el catecismo, dar excelentes clases de moral, o proponer una serie de valores si no se viven. Por eso, cuando el jurista le pregunta “¿quién es mi prójimo?”, Jesús no le da una lección teórica, sino que le echa un cuento para que descubra quién se hizo prójimo en la acción práctica del servicio solidario. No se trata de enseñar teorías, definir valores, sino de hacerse prójimo.

El educador cristiano, que trata de seguir a Jesús Maestro, debe practicar la pedagogía del testimonio, de modo que sus alumnos lo perciban como una persona que se esfuerza por vivir lo que propone, de modo que puedan encontrar en él un modelo para sus vidas. Jesús siempre vivió lo que decía y proclamaba. Su palabra fue siempre acción. A Jesús se le sigue cuando uno comienza a tomarse en serio el compromiso que supone vivir como El. Por eso, se puede ser un doctor o un erudito en cuestiones de cristianismo y un gran profesor de pastoral y no ser cristiano. Se conoce y enseña una teoría que no se ha hecho vida, compromiso. Criticando la falta de radicalidad de la mayoría de los cristianos, Nietzsche llegó a decir que “el único cristiano murió en la cruz”. Si bien la expresión es sin duda injusta con los muchos que siempre han tratado de seguir con radicalidad a Jesús, apunta a la tibieza con que actuamos la mayoría de los que nos proclamamos cristianos

Segunda lección: vio y se compadeció

Hay que ver las heridas de los demás, pero no basta con ver. El levita y el sacerdote vieron al hombre golpeado y herido, pero siguieron de largo. Pensaron que ese no era su problema. No lo vieron con ojos misericordiosos, no lo miraron con compasión, no se compadecieron de él. Compadecerse significa padecer con, implica sentir, sufrir con el otro, sentir sus dolores. El samaritano sí lo hizo, y por eso se acercó a ayudarlo.

Muchos ni siquiera hoy ven los dolores de los demás. Viven aislados, lejos de los rostros dolientes de los pobres, lejos de tanta miseria, tanta carencia, tanta vida desgranada y rota...Incluso han puesto barreras y murallas para no ver...

El educador cristiano ve al alumno golpeado, humillado, necesitado y no pasa de largo porque lo ve con ojos misericordiosos. Es capaz de escuchar e interpretar sus gritos de rebeldía, su supuesto desinterés, sus profundos silencios... Y se acerca a ayudarlo.

Ve y escucha y enseña a ver y escuchar con ojos y oídos de misericordia. Por eso, educa los ojos, la mirada del educando y su sensibilidad para ver el rostro doliente de los otros, el sufrimiento de los débiles y excluidos de esta sociedad y moverle el corazón para participar en la superación de los problemas. Educa también la ternura, sin la cual no es posible la solidaridad. En palabras de Peresson, “sólo cuando se llega a compartir la vida y el sufrimiento de los demás, puede surgir la verdadera solidaridad. El dinamismo de la verdadera solidaridad comienza cuando el otro deja de ser extraño y entra a formar parte de nuestra propia vida, de nuestros sentimientos y afectos”. Tenemos que sentir el hambre de los otros como nuestra hambre, la falta de trabajo de los otros como nuestro desempleo, el fracaso de los demás como nuestra propia derrota. La educación a la solidaridad nace de un contacto vital con los más necesitados, con los alumnos más débiles, con los golpeados por la vida, por la miseria, por las carencias, por el desamor. Donde los demás pasan de largo, el educador cristiano se detiene, encuentra en el abatido y golpeado al propio Dios y corre en su ayuda.

Sanó sus heridas

La solidaridad no es sólo compasión, sino acción. Es servicio, ayuda eficaz para que el débil y el golpeado recobren la salud y la vida. Por ello recurre a todos los

medios a su alcance, utiliza las posibilidades del desarrollo científico y tecnológico para ayudar al mayor número posible de personas. Los educadores cristianos debemos esforzarnos por hacer todo lo posible por sanar las heridas de los alumnos más golpeados, lo que implica mantenernos permanentemente actualizados y en búsqueda para poder realizar nuestra labor sanadora con mayor eficacia. Y trabajamos también por convertir los centros educativos en verdaderas escuelas de solidaridad, de ayuda mutua, de atención privilegiada a los más débiles y pequeños. Si no podemos cambiar el mundo, sí podemos imaginar cómo querríamos que fuera y empezar a construirlo en nuestras aulas y en nuestras escuelas.

Para terminar, les ofrecemos este bellissimo poema de Monseñor Leonidas Proaño, quien fuera en su diócesis de Riobamba (Ecuador) un gran defensor y fiel amigo de los indígenas. El poema viene a ser un excelente resumen de lo que, con muchas más palabras y menos sabiduría, hemos tratado de decir nosotros:

SOLIDARIDAD

*Mantener siempre atentos los oídos
Al grito del dolor de los demás
Y escuchar su pedido de socorro
Es SOLIDARIDAD.*

*Mantener la mirada siempre alerta
Y los ojos tendidos sobre el mar,
En busca de algún náufrago en peligro...
Es SOLIDARIDAD*

*Sentir como algo propio el sufrimiento
Del hermano de aquí y del de allá,
Hacer propia la angustia de los pobres...
Es SOLIDARIDAD*

*Llegar a ser la voz de los humildes
Descubrir la injusticia y la maldad,
Denunciar al injusto y al malvado
Es SOLIDARIDAD*

*Dejarse transportar por un mensaje
Cargado de esperanza, amor y paz,
Hasta apretar la mano del hermano
Es SOLIDARIDAD*

*Convertirse uno mismo en mensajero
Del abrazo sincero y fraternal
Que unos pueblos envían a otros pueblos
Es SOLIDARIDAD*

*Compartir los peligros en la lucha
Por vivir en justicia y libertad,
Arriesgando en amor hasta la vida,
Es SOLIDARIDAD*

*Entregar por amor hasta la vida
Es la prueba mayor de la amistad:
ES VIVIR Y MORIR CON JESUCRISTO
LA SOLIDARIDAD.*

Cuando ya había escrito estas líneas que consideraba últimas, tuve la ocasión de viajar a El Salvador invitado por algunos compañeros de Fe y Alegría. El último día, cumplidas ya las jornadas formativas, me invitaron al Bajo Lempa, zona castigada por el huracán Mitch y por los terremotos, a la inauguración de un centro de formación profesional. La inauguración, sencilla y emotiva, me conmovió. Una hermana religiosa, sin poderse sacudir su acento norteamericano, repetía una y otra vez que el amor en acción es la solidaridad. Lo decía entre sudores y sonrisas, y el pueblo que asistía asentía con convicción. Y allí estaba el centro educativo nuevo, fruto de muchos esfuerzos y solidaridades, como un testimonio de que el amor es más fuerte que todas las desgracias. Y de repente, un coro imposible empezó a entonar con una fuerza inusitada la canción SOLIDARIDAD que yo no conocía. Eran tres ancianas, dos señoras ya maduras, una joven vizca y un guitarrista menudo, con el rostro rasgado por una enorme cicatriz. Yo los miraba y trataba de adivinar de dónde salía tanta fuerza, tanta convicción. Hasta que comprendí que no estaban meramente cantando, sino contándonos su vida. Era una canción-testimonio, escrita con dolor, compromiso y esperanza. Ellos eran la canción:

SOLIDARIDAD

*Solidaridad, solidaridad, manos y fuerza que se unen
En una vida y un solo caminar. Solidaridad, solidaridad.*

*Solidaridad es palabra que nos une, Dios nos reta a vivir un compromiso.
Solidaridad es la fuerza que transforma un mundo de injusticia y opresión.*

*Solidaridad es torrente que da vida, es mil pueblos unidos al andar.
Solidaridad es camino de esperanza, es proyecto de nueva sociedad.*

*Solidarios los hombres y mujeres, son aquellos que luchan por forjar
Una tierra, una sociedad distinta, de familia de Dios que viva en paz.*

*Iglesia solidaria con los pueblos, es aquella que encarna en su misión.
Será buena noticia cuando asuma de los pobres su causa y su dolor.*

BIBLIOGRAFÍA

- Amodio, Emanuele (1988), **Cultura 1**. Orealc, Santiago de Chile.
- Barrero, Joaquín (2001), “La escuela y su misión evangelizadora”. Sal Terrae, Septiembre, Madrid.
- Bazarra, Carlos (1999), **Muéstranos al Padre**. San Pablo, Caracas
- Burone, Leonel (s/f), “**El desafío de los predilectos**”. AVEC, Materiales de Apoyo, Documento 61, (mimeo).
- Carbó, Joseph M. (1999), “Dieciséis tesis sobre la disciplina”. Cuadernos de Pedagogía, N. 284, Barcelona.
- Carvajal, Leonardo (1999), **Educación y constituyente**. Cuadernos de discusión N. 6, Centro Gumilla, SIC, Caracas.
- Castillo, J.M. y Estrada, Juan (1994), **El proyecto de Jesús**. Sígueme, Salamanca.
- Colmer, I. y Camps, A. (1996), **Enseñar a leer, enseñar a comprender**. Celeste Ediciones, MEC, España.
- Cortina, Adela (2001), “Educación y Sociedad”. Sal Terrae, Septiembre, Tomo 89, Madrid.
- Cortés de Aragón, Lourdes y Aragón, Jesús (1999), **Autoestima, comprensión y práctica**. San Pablo, Caracas.
- Cumbre Latinoamericana de Educación Básica (2001), Miami, Florida, (mimeo).
- Charmeux, Eveline (1985), **Cómo fomentar los hábitos de lector**. Ceac, Barcelona.
- Delval, Juan (2000), “Amigos o enemigos: la televisión y la escuela”. Cuadernos de Pedagogía, N. 297, Barcelona.
- Escudero, Juan M. (1999), “La calidad de la educación: grandes lemas y

Serios interrogantes”. Acción Pedagógica, Vol 8, n.2, ULA, Mérida.

Fe y Alegría (2000 A), **Escuela Necesaria, proyecto para la acción en Fe y Alegría**. Centro de Formación P. Joaquín, Caracas, Maracaibo.

Fe y Alegría (2000B), “Educación, tecnología y desarrollo”. Revista de la Federación Internacional. Caracas.

Freire, Pablo (1979), **La educación como práctica de la libertad**. Siglo XXI, México.

Freire, Pablo (1980), **Pedagogía del oprimido**. Siglo XXI, México.

Freire, Pablo (1984), **La importancia de leer y el proceso de liberación**. Siglo XXI, México.

Freire, Pablo (1994), **Cartas a quien pretende enseñar**. Siglo XXI, México.

Freire, Pablo (1996), **Cartas a Cristina, Reflexiones sobre mi vida y trabajo**. Siglo XXI, México.

Freire, Pablo (1997), **A la sombra de este árbol**. El Roure, Barcelona.

Galeano, Eduardo (1989), **El libro de los abrazos**. Siglo XXI, Madrid.

Galeano, Eduardo (1998), **Patatas arriba. La escuela del mundo al revés**. Siglo XXI, Madrid.

Gándara, Alejandro (1993), **Los bordes de la experiencia**. I Congreso Nacional del libro infantil y juvenil, Memoria, Avila.

García, Beatriz (2001), “La Escuela Necesaria. Por la construcción de la calidad educativa para todos”. Ponencia presentada en el Encuentro de Educadores Populares, Valencia (mimeo).

García Roca, Joaquín (1994), “Las constelaciones de los jóvenes. Síntomas, oportunidades, eclipses”. Cristianismo y Justicia,

Barcelona.

Gebara, Ivonne, (s/f), **“El gemido de la creación y nuestros gemidos”** y **“Jesús desde una perspectiva ecofeminista”**. Ediciones El Pueblo, Caracas.

Gervilla, Enrique (1993), **Postmodernidad y educación**. Dykinson, Madrid.

Gil, Daniel (1998), “El papel de la educación ante las transformaciones científico-tecnológicas”. Democracia, desarrollo e integración. Troquel, Buenos Aires.

Gómez B., Hernando (1998), **Educación: la agenda del Siglo XXI. Hacia un desarrollo humano**. PNUD, Tercer Mundo, Bogotá.

Gómez del Manzano, Mercedes (1985), **Cómo hacer un niño lector**. Narcea, Madrid.

Gómez Llorente, Luis (1998), “Principios de la Escuela Pública”, en **Por la Escuela Pública**. Fundación Educativa, Madrid.

Gómez Parra, Sergio (2001), “La educación de los niños venideros: océano de incertidumbres, archipiélago de certezas”, Sal Terrae, Septiembre, N. 686, Madrid.

González Lucini, Fernando (1996), **Sueño, luego existo. Reflexiones para Una Pedagogía de la esperanza**. Alauda/ Anaya, Madrid.

Klein, Naomi(2001), **No logo. El poder de las marcas**. Paidós, Barcelona.

Kolvenbach, Peter Hans (1998), “Los desafíos de la educación cristiana a las puertas del tercer milenio”, Arequipa, Perú (mimeo).

Leis, Raúl (2000), Educación Popular: raíces y alas”. La Piragua, N. 18, II, Santiago.

Lesourne, Jacques (1993), **Educación y sociedad. Los desafíos del año 2000**. Gedisa, Barcelona.

- Lomas, Carlos (1998), “Textos y contextos de la persuasión”. Cuadernos de Pedagogía, N. 262, Barcelona.
- Mardones, José María (2001), “Sentido mediador de la educación”. Sal Terrae, Septiembre, Madrid.
- Martínez Munárriz, Angel (2001), “**Visión humana de la vida**”. Maracaibo (mimeo).
- Medellín (1968), Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, “Presencia de la Iglesia en la actual transformación de América Latina”, Medellín, Colombia.
- Merino, Paciano y Alonso, José Luis (1992), **El placer de la lectura**. Ediciones de Librería Estudios, Santander.
- Ministerio de Educación (1995), **Plan de Acción**, Caracas.
- Muñoz, Miguel (1992), **La poesía y el cuento en la escuela**. Consejería de educación y cultura, Madrid.
- Orbegozo, Jesús (2000), “Notas sobre Fe y Alegría y la educación pública”, Caracas (mimeo).
- Orbegozo, Jesús (2001), “El perfil del gerente social desde la Educación Popular” Caracas, (mimeo).
- Peresson, Mario (1999), **Educación para la solidaridad planetaria**. Indo American Press y Librería Salesiana, Bogotá.
- Pérez Esclarín, Antonio (1997), **Más y mejor educación para todos**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, Antonio (1998), **Educación valores y el valor de educar. Parábolas**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, Antonio (1999), **Educación en el tercer milenio**. San Pablo, Caracas.

Pérez Esclarín, Antonio (2000), **Nuevas parábolas para educar valores**. San Pablo, Caracas.

Pérez Esclarín, Antonio (2001), “La Educación Popular en tiempos de globalización”, Documento preparatorio para el XXXII Congreso Internacional de Fe y Alegría, Antigua, Guatemala.

Pérez Gómez, Angel I. (1998), **La cultura escolar en la sociedad neoliberal**. Morata, Madrid.

Powell, John (1996), **Plenamente humano, plenamente vivo**. Sal Terrae, Santander.

Pozo, Juan Ignacio (1996), **Aprendices y maestros**. Alianza Editorial, Madrid.

Pozo, J.I., y Moreno, Carlos (2001), “Y estas dos competencias se encierran en dos”, Cuadernos de Pedagogía, n. 298, Barcelona.

Proust, Marcel, (1989), **Sobre la lectura**, Pretextos, Valencia.

Puebla (1979), Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”, Puebla de los Angeles, México.

Sábato, Ernesto (2000), **La resistencia**. Seix Barral, Barcelona.

Sáez Ortega, Pedro (2001), “Familia y escuela: desencuentro o diálogo”. Sal Terrae, Septiembre, Madrid.

Sánchez Torrado, Santiago (1985), **Educación en democracia**. Marsiega, Madrid.

Sinea (Sistema Nacional de Medición y Evaluación de los Aprendizajes 1998). “Informe para el docente”, Ministerio de

Educación, Caracas.

Sobrino, Jon (s/f), **Opción por los pobres** (mimeo).

Solé, Isabel (1992), **Estrategias de lectura**. ICE, Barcelona.

Tamayo, Eduardo (2000), “De la década perdida a la década de la exclusión social”. **Grito de los excluidos**. Ginebra (mimeo).

Tedesco, Juan Carlos (1995), **El nuevo pacto educativo**. Santillana, Madrid.

Ubilla, Pilar (2000), “Los desafíos de la Educación Popular para el Siglo XXI”. La Piragua, N. 18, II, Santiago de Chile.

INDICE

Presentación	2
I Parte: Crisis de civilización y crisis de educación	4
I.1.-El llamado a la ilusión	5
I.2.-Importancia de la educación y crisis del sistema educativo	14
I.3.-Las dificultades de educar hoy	20
I.3.1.-Es muy difícil educar en una cultura que promueve el relativismo ético	20
I.3.2.-Es muy difícil educar en un mundo que le teme al futuro	23
I.3.3.-Es difícil educar en un mundo intoxicado de información	25
II Parte: La Educación Popular Liberadora	28
II.1.-¿Qué entendemos por Educación Popular?	29
II.2.-La Educación Popular como Educación Liberadora	30
II.3.- La Educación Popular Liberadora como propuesta ética, política y pedagógica para la transformación	35
II.4.-Opción por una globalización de la esperanza y la solidaridad	38
III Parte: Educación para globalizar la esperanza y la solidaridad: Retos de la Educación Popular Liberadora	42
III.1.- Reto de la inclusión y de la atención privilegiada de los más débiles	43
III.1.1.-La discriminación positiva	44
III.1.2.-Las expectativas positivas de los maestros	46
III.1.3.-Escuelas organizadas para provocar la felicidad, creatividad y el trabajo cooperativo de los alumnos	49
III.1.4.-La necesaria revisión de la concepción y el modo de evaluar	51
III.2.-Reto de una educación pública de calidad	55
III.3.-Reto de la formación de sujetos autónomos, capaces de vivir en plenitud	62

III.3.1.-Ser persona	62
III.3.2.-Atreverse a vivir	67
III.3.3.-La conquista de la libertad	70
III.4.- Reto de la convivencia y la solidaridad	74
III.4.1.-Competencias para la convivencia	75
III.4.2.-La escuela democrática	77
III.4.3.- Hacia el perfil de un directivo de un centro educativo popular	81
IV.-Reto del aprendizaje y la productividad	84
IV.1.-Hacer alumnos lectores	87
IV.1.1.-La lectura como viaje	90
IV.1.2.-Leer la realidad	94
IV.2.-Enseñar a escribir	95
IV.3.-La alfabetización tecnológica	99
V.-Reto de la integración con la comunidad	101
Epílogo para educadores cristianos: Seguir a Jesús hoy	104
Bibliografía	117